SOCIÓPATA SOCIETY



UNA NOVELA DE

JOSÉ VIERA

SOCIOPATA SOCIETY

Una novela de

JOSÉ VIERA CÁNDIDO

1. ESTADO MENTAL

2. SITUACIÓN

3. REACCIÓN

4. TEXXAS

5. COSAS QUE PASAN

6. CADENA ALIMENTICIA

7. PEQUEÑAS MALAS ACCIONES: INFLUENCIA

8. AUTOAYUDA

9. TERRITORIO

10. LA DISTANCIA

11. PEQUEÑAS MALAS ACCIONES: URGENCIAS

12. FRAGILIDAD

13. RELATIVIDAD

14. VIAJE

15. NIGHTCLUBBING

16. LA BALA MÁGICA

17. LO OPUESTO

18. DE COMPRAS

19. SPARRING

20. ELECCIÓN

21. PEGAR

22. FIGURAS DE LICHTENBERG (I)

23. LIMPIEZA

24. FIGURAS DE LICHTENBERG (II)

25. FIN DE LA ESPERA

26. LA POLLA

27. LA PALABRA “DERROTA” AL REVÉS

28. GENTE CHUNGA

29. ORACIÓN AL TRUENO

30. SUERTE

31. VERDADES INCÓMODAS

32. ALGO PARECIDO A BREAKING BAD

1. ESTADO MENTAL

Cuando jodes bien jodido a unos cuantos hijos de puta el mundo se vuelve un lugar un poquito más justo.

La cosa se complica si tenemos en cuenta que los criterios para determinar quién es un hijo de puta merecedor de ser jodido y bien jodido son relativos y subjetivos.

Luego están las preguntas a las que todo el mundo contesta de forma distinta dependiendo de sus propios intereses y circunstancias personales: ¿Puede una buena persona joder bien jodido a un hijo de puta? (dejemos en el aire, por ahora, el debate sobre cuáles son los criterios para determinar quién es bueno o qué significa ser bueno).

Respuestas:

Sí, porque la razón, la verdad y la bondad te dan fuerzas. Gracias a ellas y a un poder superior de origen desconocido, pero definitivamente real, podrás hacer frente a cualquier mal, ya sea persona, animal o cosa, que te ponga a prueba.

No, porque no está en tu naturaleza joder a nadie. Es como si hubiesen borrado de tu ADN la capacidad de hacer daño. Como si hubieses nacido con (o te hubiesen inculcado, que es peor) unos valores morales tan férreos que hacen de barrotes mentales y eres incapaz de atravesarlos. Básicamente, tú solo te prohíbes cualquier ápice de pensamiento o comportamiento poco honorable.

Puedes conformarte con una de estas dos alternativas o inventarte muchas más, a conveniencia.

Creo que la respuesta correcta es la segunda. He llegado a esa conclusión basándome en mi propia experiencia a lo largo de cuarenta años de vida. Soy una buena persona, genéricamente hablando. También soy incapaz de joder bien jodido a nadie, por muy hijo de puta que sea. Lo sé porque me he cruzado con demasiados hijos de puta que me han jodido a diestro y siniestro y todos ellos se han ido de rositas. No cabe duda, es algo empíricamente probado.

No había pensado en todo esto hasta que me crucé con CIUDADANO Z. Hasta ahora había vivido en una burbuja, con la cabeza metida en un hoyo bajo tierra, limitándome a poner la otra mejilla y conformarme. La vida es así, me decía. Sigue por el buen camino, trabaja duro y tu esfuerzo acabará dando sus frutos. La suerte te sonreirá porque te lo mereces.

Ha tenido que llegar un tipo como CIUDADANO Z para que abra los ojos, para darme cuenta de lo evidente: he pasado más de la mitad de mi existencia útil siguiendo unos principios que son puras memeces. Los hijos de puta han ido y venido en mi vida constantemente, con distintas caras y palabras, pero siempre han estado ahí, jodiéndome bien jodido en todas las variantes imaginables e impidiéndome llegar a la meta. Poner la otra mejilla y trabajar duro no me ha servido de nada. Al final siempre se me adelantaba uno de estos sujetos usando artimañas que yo, aunque las pensase, jamás usaría.

También me he dado cuenta de que si no he mostrado oposición real no ha sido por bondad, sino por falta de agallas. En el fondo soy un cobarde y mis principios morales son una excusa para no hacer frente a mi más que triste, penosa, realidad.

Matchball. Si quiero sobrevivir a esta vida de mierda con un poco de dignidad necesito una solución.

Pero me miro y sé que cambiar es inviable: ya no tengo remedio. Soy demasiado viejo, demasiados vicios adquiridos y demasiados escrúpulos para dar la cara, así que me decanto por la otra opción, que se muestra con meridiana claridad: a un hijo de puta sólo le puede joder bien jodido otro hijo de puta.

Necesito de un hijo de puta que haga el trabajo sucio.

Alguien como CIUDADANO Z.

Ahora está oscureciendo. Estoy apoyado en el muro de la terraza comunitaria que corona el edificio donde vivo. El bloque de enfrente, diseñado por un arquitecto con el gusto estético en el culo, me impide ver cómo se pone el sol. Sé que despertar no es nada malo. Aun así, no puedo evitar sentir miedo. Prefiero llamarlo vértigo.

- Si pudiera escapar me iría a vivir a Noruega – digo.
- ¿Por qué Noruega?
- No sé.
- ¿Qué hay en Noruega?
- Frío, silencio, noche.

- ¿Y qué más?

- Nadie que me conozca.

Esa habría sido la breve conversación si CIUDADANO Z hubiese estado allí, conmigo, en aquella azotea. Después, me habría mirado y habría suspirado.

2.SITUACIÓN

Casi siempre empieza así.

Ese sentimiento de…

Ese vacío de...

Asfixia. Se llama Asfixia.

Te asfixias casi todas las mañanas, sin excepción.

Aguanto todo lo que puedo en la cama. Llevo abriendo y cerrando los ojos más de dos horas pero me cuesta levantarme. La primera vez que suena la alarma del móvil es a las cinco en punto. Leí en algún sitio que los triunfadores madrugan más que los fracasados, incluso más que los ganadores de medio pelo, pero creo que es mentira, ahí hay truco. Intentando no variar mucho de postura, saco un brazo por un lateral, toco con los dedos la pantalla táctil y vuelvo a encogerme. A los diez minutos vuelve a sonar la alarma y repito el gesto. Ahora son las siete y cuarto y este juego insano se ha repetido catorce veces.

Desnudo en el cuarto de baño me afeito, me ducho, me cepillo los dientes y en todo ese tiempo no dejo de tener arcadas. Hasta secándome me sacuden los espasmos, aunque no tengo nada que vomitar. Me retuerzo y también toso. Es tan ruidoso que es imposible que no lo oigan los vecinos.

Me pongo los calzoncillos, los calcetines, la camisa, los pantalones, los zapatos, la corbata y la chaqueta, por ese orden, y las arcadas no han cesado.

Voy a salir de casa y entonces sí, ahí cesan. En cambio, empiezo a asfixiarse. La asfixia no deja lugar a nada más. Dura unos segundos, lo justo para recordarme que el nivel de ansiedad que soporto está muy por encima de lo tolerable. Demasiado. Podría llegar hasta a desmayarme.

Pero no lo hago.

Me sobrepongo.

No sé bien cómo lo logro. Llevo haciéndolo meses y ya es algo casi mecánico. Es abrir la puerta y cesa la asfixia. La cuestión es lograr abrirla. Hacer el gesto y salir al rellano.

Después de eso ya puedo fingir que me encuentro dentro de los parámetros emocionales estándar durante al menos catorce horas.

En la calle todavía es de noche. Casi siempre es de noche.

Mañana más.

3. REACCIÓN

Y te dices: frena en seco, corta, desgarra, haz lo que debas, pero soluciónalo.

CIUDADANO Z bien podría haber tenido, años atrás, problemas de falta de confianza y autoestima a los que sobreponerse. Si se le preguntase, ahora lo negaría. Un hijo de puta no puede admitir que una vez tuvo miedos e incertidumbres pues la fama se iría por el desagüe, y cuando se trata de ser un hijo de puta de los buenos, la fachada es más que importante.

CIUDADANO Z me hablaría con seriedad, seguridad, firmeza y hasta dureza, mordería y no soltaría hasta que la presa se hubiese rendido o muriese desangrada, actuaría y sobreactuaría como un bróker pasado de vueltas, por encima del bien y del mal, sin dejarse avasallar y jodiendo si te tiene que joder bien jodido: un capullo sin escrúpulos pero simpático.

Sobre todo caería simpático.

Es fácil, me diría CIUDADANO Z, si tienes un problema, soluciónalo. Si te intentan chulear, saca la bota a pasear. Acción frente a reacción. Y sonríe. No dejes de sonreír. La primera vez piensas que no podrás hacerlo, pero cuando ha pasado, y lo logras, te sientes realmente bien. Después es más fácil, como montar en bici. Todo es cuestión de práctica.

Imagina que vas por la calle. ¿Cuántas veces te ha pasado que te cruzas con una o varias personas en la misma acera y tienes que

variar tu postura y desviarte aunque sea unos milímetros para evitar el contacto? ¿Cuántas veces ha sucedido que el otro ni ha hecho el gesto? Apuesto a que hasta te disculpas.

Deja de hacerlo.

La próxima vez reacciona. Mantente firme, erguido, mirada al frente, a un punto más allá de esa puta masa de carne que se te viene encima y no tiene intención de ser educada. Aprieta los dientes, endurece tu cuerpo como un muro y deja que haya contacto. De hecho, provócalo. Asegúrate de que el imbécil de turno se lleva la peor parte del encontronazo, que se tambalee y si es posible, que caiga.

Seguramente te insulte.

No hagas caso, no frenes, no aceleres. Sigue tu ritmo con paso firme, sin mirar atrás.

Que se joda, así aprenderá a apartarse la próxima vez como hace la gente decente.

Créeme, te sentirás bien contigo mismo. Te sentirás muy bien.

4. TEXXAS

Tengo cuarenta años y no sé muy bien qué hacer con el resto de mi vida.

Más allá de la extrema ansiedad que me produce la desastrosa gestión del área laboral, más allá del vacío en el pecho tras varias relaciones sentimentales infructuosas que me han dejado sin ganas de repetir, más allá de las inevitables interactuaciones familiares, de la falta de dinero, de la ausencia de fe en la gente y sus dioses, de los ratos de silencio, con el teléfono apagado, leyendo, viendo series de televisión, jugando a la Playstation, leyendo cómics, consumiendo porno de forma compulsiva y desahogándome, está esa necesidad física llamada sexo que no siempre se va tras el desahogo.

Hace demasiado tiempo desde la última vez que me desnudé para alguien y de que alguien se desnudó para mí. También hace mucho tiempo que no me siento capacitado para relacionarme más allá de lo estrictamente necesario con hembras. Me limito a mirarlas desde lejos, fantasear. Poco más.

Se supone que estamos en este mundo para intentar hacer realidad nuestros sueños, y dentro de esos sueños hay un apartado muy importante dedicado a nuestras fantasías. Fantasías de todo tipo, al menos las que se puedan cumplir, moralismos aparte.

Hoy me he propuesto tachar una de la lista.

Abre la puerta una mujer de unos sesenta años y accedo a un vestíbulo en penumbra. Al fondo del pasillo, dos figuras me observan bajo el marco de una puerta.

La mujer me pide que la acompañe. Subo las escaleras tras ella, y cuando llego a la primera planta se abre una puerta por la que aparece una joven. Está desnuda. Tiene su pelo negro liso recogido en una coleta y la piel le brilla por el sudor. Sus pequeños pechos tienen los pezones puntiagudos y duros. Su pubis tiene vello negro. Me sonríe. Lleva en sus manos un ovillo de papel higiénico arrugado. Avanza y desaparece en otra habitación.

Entro en una estancia y la mujer madura me dice que espere. La habitación está sobriamente amueblada: una cama de matrimonio con dos toallas extendidas, una mesilla de noche, una lámpara, un perchero y un espejo en la pared. Al rato llegan otras dos chicas. Son un poco mayores que la de las escaleras y llevan lencería sugerente. Una tiene mechas rubias en el pelo y la otra, rosas. Elijo. La de las mechas rosadas abandona la habitación y cruzo varias palabras con la madura. Es algo mecánico, en plan comunicación de indios y vaqueros. Tras entregarle cincuenta euros más un plus de veinte por el anal me deja solo con la elegida.

Nos desnudamos, me ofrece unas chanclas y me lleva al servicio. Hace que me siente en el bidé, me enjabona la polla, los huevos y el ano, frota y aclara. Después hace lo propio con su coño y su culo. Está depilada y tiene tatuajes a cada lado del costado.

De vuelta en la habitación, se arrodilla y se mete mi polla en la boca. Se afana, traga, succiona, saliva, suave y fuerte, me lame los huevos, se los mete también en la boca, pero no se me levanta.

Cambiamos de postura. Me siento en la cama, me tumbo, le agarro la cabeza y busco profundizar en su garganta mientras miro nuestras formas en el espejo. Pero no es lo mismo si no la tengo dura. Ella le pone empeño. A veces se detiene unos segundos para limpiarse con papel higiénico la saliva que le resbala por el mentón. Busco con mi mano su coño y le froto el clítoris. Me enfunda dos dedos con un condón y los hundo en su vagina. Los entro y los saco, hago círculos en su interior, ella gime un poco sin dejar de chupar. Pero nada.

No se resigna y me enfunda la polla flácida. Se tumba encima de mí y le como las tetas. Son grandes, generosas para una asiática. Las estrujo, las aprieto, las lamo, le muerdo los pezones mientras frota su coño con mi cuerpo, con mi pene. Gime, finge que disfruta, intenta excitarme. Lo estoy, pero hoy mi polla va a su aire.

Le pido anal. Me vuelve a enfundar los dedos con otra goma y se pone de rodillas en la cama, dándome la espalda. Abre sus nalgas, las separa con las manos y le introduzco un dedo en el culo. Lo meto y lo saco reiteradamente, follándole el culo con el dedo, mientras me masturbo con fuerza intentando funcionar. Es mi polla la que debería estar dentro de su culo, no mi dedo.

En otra habitación otra polla sí que debe estar funcionando porque oigo gemidos. Son como pequeños chillidos de rata. Mi acompañante también los oye y gime mecánicamente mientras yo me esfuerzo. Al final me canso, me doy por vencido.

Quedan unos minutos del tiempo acordado. Me tumbo en la cama. Estoy completamente sudado. Ella se tumba a mi lado. Un poco más

allá, en el pie de la cama, hay un montón de papel higiénico usado.

Me pregunta de dónde soy. Le miento. Me dice que si he bebido alcohol o me he metido una raya. Hace el gesto de esnifar. Hay hombres que no funcionan cuando se pasan con ciertos consumos. Le digo que no. Su castellano es limitado, primario.

Permanecemos en silencio. Allí, tumbados, imagino que tenemos una conversación: ¿Son chinas todas las chicas de la casa? Ella me diría que no y que su padre es japonés y su madre es norteamericana. Sus pechos grandes serían herencia de su madre. Diría que nació en Texas. De ahí a cómo acabó chupando mi polla flácida iría una larga historia. Mentiría en toda la conversación si la tuviéramos, por supuesto. Es sabido que cuanto más raro o exótico sea el origen de la puta más fuerte es la fantasía del putero.

Me lleva de nuevo al cuarto de baño. Mientras me ducho para quitarme el sudor, ella se sienta en el bidé. La observo enjabonarse, frotarse, secarse. Después me seca a mí, mi espalda, mi pene, mis testículos.

Volvemos a la habitación, nos vestimos y me acompaña a la salida. Me da un pico y me dice que vuelva otro día.

5. COSAS QUE PASAN

CIUDADANO Z y yo empezamos a quedar de forma asidua sin proponérnoslo. Al principio fueron encuentros casuales. Luego, se convirtieron en encuentros rutinarios, un par de veces a la semana, misma hora, mismo bar, misma barra, distinta bebida. Yo tomaba café y él, cerveza. Nunca le vi tomar otra cosa. Decía que la vida era demasiado jodida para soportarla sin alcohol y demasiado bonita para ensuciarla con bebidas de mierda, haciendo referencia a esos whiskies, rones y gins de moda que te ponen ahora en cualquier garito y que los guays de turno bebían confiados sin tener la certeza, y sin importarles siquiera, de qué coño se estaban metiendo realmente. Con la cerveza y con el vino eso no pasaba y él era más de cerveza.

En nuestros encuentros charlábamos del día a día, de cómo nos había ido y cómo esperábamos que nos hubiese ido, realidad e intenciones que solían no coincidir cayendo la balanza normalmente del lado negativo. Las cuentas apenas salían.

También nos contábamos anécdotas, historias sobre personas que conocíamos, habíamos conocido o habían sido brevemente famosas por algo que habían hecho, generalmente cosas malas. Lo bueno no trasciende, pero lo malo sí que es noticia. El problema de eso es que lo malo llama a lo malo y las noticias trágicas a las trágicas, el morbo lo favorece y al final no hay ni una sola noticia buena, por lo que la gente piensa que el mundo está fatal y que no hay solución posible, lo piensa y se lo acaba creyendo,

cayendo en un hastío, un pesimismo y una indiferencia que alimentan todo lo anterior. La cuestión es que se equivocan. El mundo no está tan mal como piensan. Está peor, mucho peor, pero hay noticias que jamás trascienden y se ocultan por los gobiernos y los medios de comunicación.

Una de esas historias que no se pudieron ocultar fue la de un conocido que se largó a liarla a Madrid porque hacerlo en Cáceres no habría tenido la misma repercusión mediática.

Se metió en un mitin de un partido de izquierdas y se cargó a cincuenta y siete personas, incluidos todos los políticos del escenario. El invento no le salió bien del todo, porque la bomba estalló unos minutos antes de tiempo y también le pilló a él de lleno.

Se emitió en casi todos los telediarios y fue tema de interés durante una semana.

Los medios de comunicación hicieron lo que se esperaba de ellos: contar la noticia, cada uno barriendo para casa, a su manera.

Empezaron con su mensaje encontrado en una nota entre sus ropas: “¡Iros a tomar por culo!”. Eso desconcertó a todo el mundo porque no sabían a lo que atenerse.

Si hubiese gritado “¡Dios es Grande!” estaría claro que se trataba de un fanático religioso, tras lo que se empezaría a investigar sobre qué tipo de fanatismo, porque… ¿de qué Dios estamos hablando? Alá es un dios, y Yahvé es otro dios, y Odín, y

Ra, y hasta Dios es un dios. Y si se refería al dios cristiano, ¿cómo saberlo? ¿No habría sido mejor gritar "¡Jesucristo es grande!"? Más que nada para evitar malentendidos.

Luego habrían seguido las especulaciones sobre el contexto religioso del atentado: ¿Musulmán? Era la opción más probable, cosas de acostumbrarse al día a día. ¿Judío, jedi, budista? No tendría sentido una reclamación fundamentalista de esas religiones en tierras españolas. ¿Cristiano católico? Imposible. ¿Dónde se había visto que existieran cristianos radicales?

Continuarían con una disección de la vida del sujeto: soltero, funcionario jubilado, compraba la lotería y hacía la quiniela, simpatizante del F.C. Barcelona hasta que le tocaron la moral con lo de querer largarse a no sé dónde, por lo que se pasó a la competencia, no al Real Madrid, lo cual habría sido de chaqueteros, sino al Atlético, que estaba en auge. Solitario, frecuentaba los mismos establecimientos todos los días, nada de drogas, cinco o seis vasos de vino de pitarra antes de comer, hipoteca pagada y casa libre de cargas. ¿Fundamentalista cristiano? Tampoco iba a misa. Aun así, reporteros de los programas más amarillos y hasta rosas entrevistarían al párroco y a los feligreses que salían de la iglesia de su barrio con cara incrédula a la par que compungida. "Es imposible", dirían, "nuestra religión es amor, nada de violencia, la historia así lo demuestra. El mundo se va a la mierda sin moral, sin un fin mayor, sin virtuosismo, sin fe, blablablá. No se puede entender la existencia de vida sin un Creador. Dios es el camino, Jesús es el

sendero. Una sociedad sin fe está perdida, es decadente, es Roma derrumbándose y negarlo es traicionar al propio ser humano y su origen divino. Todos aquellos que niegan a Dios traicionan al mundo". Varios Obispos y hasta el Papa condenarían el atentado en ese mismo sentido y eso que no le conocían. También el Presidente del Gobierno y sus barones dirían unas palabras. La oposición se uniría en su pesar pero no dejaría pasar la oportunidad de llamar a ese mismo Presidente inepto, incompetente, irresponsable y a la vez responsable de que estas cosas pasasen porque las políticas que hacía eran muy malas para el país y que hacía falta tener más mano dura contra el terrorismo de no se sabe aún quién pero seguro que terrorismo y vigilar más a la gente y meter a más policía en la calle y hasta al ejército si hacía falta y varias cosas un poco nazis más. Hasta los futbolistas twittearían su repulsa: el fanatismo no diferenciaba entre religiones, o lo que es lo mismo, hay tontos en cada casa.

Las pruebas se amontonaron y la sociedad empezó a asimilar el horror, porque la realidad era que no hallaron ningún vínculo con grupos radicales religiosos o antisistema. No se sabía por qué lo había hecho y eso era peor que saberlo porque no tienes hacia dónde apuntar el dedo acusador.

De su vida privada poco se sacó. Más allá de lo ya explicado, no tenía vida.

Autodidacta en eso de ser terrorista pero terrorista al fin y al cabo.

Me contó lo que iba a hacer, allí sentado en un taburete, apoyado en la barra, mientras bebía vino. Son todos iguales, políticos de mierda, te roban con una sonrisa y esto ha llegado a un punto insoportable, por eso hay que hacer algo. Voy a cargarme a todos esos hijos de puta, sentenció.

No tienes huevos, le dije.

Va a ser que sí los tuvo.

Finalmente, todos acabaron aceptando la teoría del lobo solitario de extrema derecha atentando contra los comunistas, hasta que varias semanas después la policía descubrió que el terrorista tenía un trastero a nombre de una abuela fallecida veinte años atrás y que en ese trastero había más bombas de fabricación casera y propaganda de todos los partidos políticos del país, de centro izquierda, de centro derecha, de izquierdas, de derechas, de centro, de los extremos y hasta de Pacma, y eso daba más miedo todavía porque tampoco resultó ser un fanático político, sino sólo un ciudadano cualquiera, como la inmensa mayoría, salvo que éste se había cansado de verdad de que le tomasen el pelo.

Pasado casi un año, me sigo tomando un vinito diario o dos a su salud. También me sigo preguntando quién coño le dio las bombas, porque saber hacer una tiene miga y... Coño, Hermenegildo no sabía hacer la o con un canuto.

6. CADENA ALIMENTICIA

Fui niño…

… Y siendo niño, maté.

Instintivamente, inconscientemente, sin tener la menor idea del poder en mis manos, sin sospechar el sufrimiento que causaba.

Veía una hilera de hormigas, un escarabajo, una mosca, un pequeño insecto en el zaguán… Por placer, porque molestaba, por inercia, porque sí, por nada, tiraba de fuerza, de tamaño, hacía valer mi condición de especie dominante, de ogro de cuento, y me deshacía del ser inferior de turno.

Había otros niños y ellos también mataban.

Algunos iban más allá y tenían escopetas de balines. Para pájaros, o gatos.

Nunca fui de “caza mayor”.

Lo más lejos que llegué fue cuando, siendo adolescente, me deshice de un hámster. Tras intoxicarlo me arrepentí. Al instante. La gente que regala hámsters sabe muy bien lo que se hace. Te ponen a prueba, a ver lo que dura vivo el bicho. Es una forma de descubrir si hay un pequeño psicópata en ti o algo parecido.

Después de eso no he vuelto a matar conscientemente.

Pero otros niños sí mataban. Siguieron matando ya crecidos, cuando no se podía negar que eran conocedores de las consecuencias, sabiendo perfectamente el sufrimiento que causaban.

Ya no mataban animales, al menos no en público. Habían dado un paso adelante y se habían girado contra su propia especie. Sacaron los dientes y empezaron a asesinar. De otra forma. Ahora aniquilaban, destrozaban, hundían, ahogaban sentimientos, emociones, ilusiones, alegría.

Y lo siguen haciendo.

Sin necesidad de sangre. Ni una gota.

Las lágrimas son más preciadas.

Yo no podía ser una excepción y también me crucé con ellos. Con sus dientes. Todos se cruzan con ellos. Están en todas partes.

No supe defenderme. Nunca fui un buen luchador. Yo, que creía en la honestidad del ser humano, fui presa fácil.

Miro este atardecer desde la terraza. Sólo miro mientras medito en silencio.

Hay una hormiga en el muro donde estoy apoyado. Se acerca a mi brazo.

Extiendo la mano y la aplasto con el dedo de forma consciente y premeditada, sabiendo que he acabado, porque sí, con una vida minúscula. A alguien en algún lado seguro que le importará. A otra hormiga, supongo.

Una hormiga.

Una puñetera hormiga.

Aplastas una hormiga y empiezas a pensar en el siguiente escalón de la cadena alimenticia.

Por algo hay que empezar, me diría CIUDADANO Z.

7. PEQUEÑAS MALAS ACCIONES: INFLUENCIA

Pido café con leche fría. También pido un vaso de agua. CIUDADANO Z pide lo mismo pero con leche caliente y sin vaso de agua.

Las camareras hablan entre sí.

Una está contando cómo en navidades se gastó casi toda una paga en regalos para su novio.

Es una pena que tenga novio, pienso, porque está buena. Pienso en estrujar sus tetas y en apretarle la cabeza de pelo corto y negro contra mí para que se trague la polla lo más hondo posible.

Sigue contando que su novio también se ha gastado una pasta en regalos para ella.

La segunda camarera le dice algo así como que está hasta las narices de novios. Da a entender que no le va bien con el suyo.

Me alegro al oírlo porque tampoco me importaría follármela. De hecho, me pone muy cachondo. Es más pequeña que la primera. Pequeñita y manejable. Quisiera agarrarla de la coleta rubia y morderle el cuello, hacer que me monte para poder acariciar y lamer sus diminutos pechos. Imagino unos hermosos, grandes y jugosos pezones.

La morena me pone el café con leche fría y se olvida del vaso de agua.

Un cliente que está sentado al final de la barra le dice que tiene suerte, que no todas las parejas se quieren igual ni dan tantas señales de cariño en forma de regalo.

Oculta algo, dice CIUDADANO Z.

Las dos camareras y el cliente del final de la barra le miran.

Oculta algo, repite. Si un tío te hace muchos regalos es porque tiene remordimientos. Algo ha hecho y tú aún no lo sabes.

No digas eso, hombre, comenta el hombre del fondo. Se quieren y eso es bueno. Ya quisiera yo que me hiciesen tantos regalos.

¿Y tú se los haces a tu mujer?

No.

Porque no tienes nada que ocultar.

La camarera rubia se ríe y la morena le amenaza con no servirle la próxima vez.

Mientras, a mí sigue sin ponerme el vaso de agua.

No seas malo, dice la rubia. Su novio se acaba de ir un par de días a Madrid. Sigue riéndose.

Entra más gente. Un grupo de jubilados de una excursión. Se hospedan en el hostal de al lado y se preparan para visitar la ciudad.

Las camareras empiezan a moverse mecánicamente. Trabajan con rapidez pero empiezan a agobiarse superadas por el elevado número

de sexagenarios. En cuestión de minutos se han olvidado por completo de nosotros.

Cuando voy a tirar de monedero CIUDADANO Z me sujeta la mano. Nos vamos sin pagar aprovechando el descontrol del momento.

Nunca antes lo había hecho.

Esa noche me masturbo pensando en la rubia y la morena, en lo que les haría, sus tetas, las grandes y las pequeñas, sus coños. Imagino que están depilados. Casi todas las chicas jóvenes se los depilan, al igual que yo me afeito los huevos. Me gustan los coños depilados porque al comerlos no pillo pelos, igual que a ellas les gustan los huevos afeitados por la misma razón. Que se te metan pelos en la boca no es agradable.

Después de correrme duermo del tirón hasta el día siguiente.

En otro lado de la ciudad, la camarera morena no puede pegar ojo. Piensa en los regalos de su novio y en lo que estará haciendo en Madrid. Pasa la noche y su cabeza no deja de dar vueltas. Empieza a temer que le esté ocultando algo.

8. AUTOAYUDA

De esto va la charla:

La vida tiene un sistema de funcionamiento fácilmente comprensible. Es un reloj, así de simple. Como buen reloj, sus manecillas dan vueltas y vueltas, en círculos, una y otra vez, repitiéndose, hasta que se queda sin pilas. Entonces, el reloj muere.

Funcionamos por ciclos y no todos son buenos. Se mezclan, se reemplazan, cambian de uno a otro, como los partidos políticos en el gobierno. Etapas buenas dejando atrás, con esperanza, etapas malas, y etapas malas echando por tierra todo lo logrado en la etapa previa, manifiestamente mejor.

Así es y será, todos lo saben.

El problema surge cuando el reloj empieza a funcionar defectuosamente y enlazas una etapa peor tras una mala, seguida de otra pésima y de otra funesta. El ciclo se ha jodido, alterado peligrosamente, y tu vida se tuerce encaminándose inexorablemente a lo que cualquiera llamaría "una mierda gigantesca".

Para sobrevivir a ese momento crítico, crucial, para no ahogarte, debes saber identificar tus problemas. Salir de tu cuerpo, mirarte desde fuera, usar otros ojos.

Porque si una puerta se cierra, se abre una ventana, pero estamos tan descolocados, tan frustrados y agotados, que no vemos la ventana.

Y si no puedes salir de tu cuerpo, si no lo puedes hacer solo, pide ayuda. Deja que otro mire el cuadro completo por ti.

Por ejemplo, usted, joven, cuéntenos, ¿qué es lo que le abruma?

Ahora es el momento en el que el gurú guay capta clientes. El mensaje es básicamente éste, aunque con términos más técnicos, intelectuales y rimbombantes que vienen a transmitir lo mismo pero con una envoltura más vistosa para paletos. Se dirige a uno y a otro, a tantos espectadores como pueda, les dirá tres o cuatro frases estereotipadas con un probado efecto reconfortante, el resto del público aplaudirá y habrá asegurado la venta de un buen número de ejemplares de su nuevo libro. Quizás también alguien que pague por sesiones privadas de meditación y crecimiento interno personal. Es la hora de hacer caja. No esperamos a que acabe. Nos levantamos y nos vamos.

Se ha hecho de noche y estoy agotado, pero no quiero volver a casa. Necesito hacer tiempo, despejar mi cabeza. Tampoco CIUDADANO Z tiene pinta de dejar que me largue. Entramos en un pub de moda. Ha abierto hace poco y apenas hay gente. Pedimos una cerveza y una coca cola. La mayoría de los clientes bebe gin, como los abuelos hace treinta años. CIUDADANO Z pide más cerveza y yo rechazo otra cola porque me queda la mitad de la primera. Mientras CIUDADANO Z razona con mil ejemplos por qué charlas como la de antes son una pérdida de tiempo, yo me dedico a observar. La camarera pone música indie bailable. No tengo muy claro cómo encajan ambas palabras, me recuerda a Dover cuando dejó de ser Dover. Hay tres

chicas a varios metros a mi derecha. Una de ellas es preciosa: morena, pelo corto, alta, ojos oscuros, pecho de talla media y un vestido azul marino que la hace apetecible. Tiene un tatuaje en la muñeca. CIUDADANO Z va al servicio, momento que aprovecho para armarme de valor, ahora que nadie me ve. Le doy un trago a la coca cola, me digo que por qué no y le hablo. Ella se acerca y me pregunta que qué he dicho, que no me ha oído. Bonita clave de sol, repito mientras le cojo la muñeca donde tiene el tatuaje. Es clave de fa, responde. Miro a la muñeca y tiene razón. Mi vista me ha jugado una mala pasada. Cuatro años de solfeo y dos de guitarra en el Conservatorio a la mierda.

No digo nada y ella regresa con sus amigas.

CIUDADANO Z vuelve del servicio y acaba la segunda cerveza de un solo trago. Se dispone a pedir una tercera pero le freno. Le doy otro trago a la cola y nos vamos. Insisto para lograrlo. No quiero volver a verla. No quiero que vuelva a verme.

Camino de casa, paso al lado de la Biblioteca donde se celebraba la conferencia del gurú guay. El gurú guay charla animadamente con gente que tiene cara de haber visto la luz. Reparte sus tarjetas de visita entre ellos. Todos llevan un ejemplar de su libro a cuestas.

No necesito tu libro de autoayuda, no necesito tus palabras amables, me digo, sólo necesito un jodido buen día. Entonces me acuerdo de Texxas. Así he bautizado a la asiática. Sus ojos mirando a mis ojos mientras chupaba mi polla flácida, sus fingidas ganas de satisfacerme. Necesito tener la oportunidad de resarcirme

conmigo mismo. Aprovecharla. Demostrarme que no estoy jodido. O al menos, no jodido de esa manera. Sólo necesito no tener miedo a un gatillazo. Me doy cuenta de que tengo una erección. A buenas horas.

Llego a casa, me acuesto y sueño con Texxas. La escena se repite una y otra vez. Mientras, en otro lado de la ciudad el gurú guay está bebiéndose un gin mientras habla de las propiedades terapéuticas de la música con la chica del tatuaje en la muñeca.

9. TERRITORIO

En otra ocasión, CIUDADANO Z me contó la historia verdadera de un anciano que iba al parque que había cerca de su casa. Era algo así:

Un anciano sentado en un banco observa a un grupo de yonquis en la otra punta. En el grupo de yonquis hay varios hombres y una mujer. Pasan las mañanas insultándose mutuamente y bebiendo briks de vino tinto o litronas. Cuando se calientan los insultos son más salvajes y sus palabras son gritos. Nada nuevo.

El anciano lleva varios días observándolos.

Llama a la mujer, no muy alto, gesticulando con la mano, lo suficiente para que no sólo la chica se percate del requerimiento, sino también sus compañeros. Hablan entre ellos y al final ella se acerca. Aún no se tambalea, no como otros días, al menos.

Quién es tu novio, pregunta el anciano antes de que ella llegue a su altura.

Y a ti qué te importa.

Quién es tu novio, insiste el anciano. Su tono de voz no es amable. De repente ya no parece tan viejo, su cara se torna afilada y su mirada oscura.

La mujer vacila unos segundos que parecen eternos, mira al grupo, le mira a la cara, vuelve a mirar al grupo y acaba señalando al más bajo y esmirriado de todos.

Cuánto le quieres.

La mujer no sabe de qué va la cosa pero contesta igualmente. Mucho, por eso es mi novio.

Cuánto.

Que mucho.

Cuánto dinero le quieres.

La mujer no responde. Mira al anciano con cara torcida, labios apretados y ojos vidriosos.

Él saca su cartera de un bolsillo y le ofrece un billete de diez euros.

Eres un pervertido. No chupo pollas de viejos, dice la yonqui tras un rato de observar el dinero.

No quiero que me hagas nada, añade, y saca otro billete de diez euros.

La mirada de ella es cada vez más brillante. Él saca más dinero.

Qué quieres que haga.

Que beses en la boca a uno de tus amigos. A uno que no sea tu novio.

Y una mierda.

El anciano saca otro billete y luego otro más. Ya va por los setenta euros.

¿Estás segura? Extiende el brazo, acercando el fajo a la mujer.

Ella se relame. Todos se relamen, piensa el viejo. Ella se vuelve a relamer.

Más, acaba diciendo con voz casi inaudible.

Sigue pidiendo hasta que llega a la cifra de cien. Ni un céntimo más, dice el viejo.

La cara de la mujer se arruga. Parece como una tortuga metiéndose en su caparazón, replegándose la piel de su cuello sobre sí misma. Piensa en cuánto alcohol y cuánta droga puede comprar con ese dinero y piensa que puede compartirla con su novio y piensa que su novio va a comprender que un beso no es nada si viene seguido de un suculento botín y se lo va a acabar agradeciendo.

Intenta coger el dinero, pero el anciano es más rápido y lo retira de su alcance.

A la mañana siguiente, mientras tomaba café y leía el periódico, el anciano escuchaba cómo los clientes y los camareros se contaban unos a otros cómo un grupo de drogadictos se había enzarzado en una pelea por una tía y uno de ellos había clavado una navaja en el cuello a otro y herido de diversa gravedad a dos más antes de que llegase la policía. El afortunado que recibió el navajazo en el cuello se fue rápido, los dos heridos seguían en el hospital, al novio celoso lo hospedaron en un hotel sin puertas y la mujer se largó de allí corriendo. No la han encontrado aún.

Los servicios municipales tardaron todo el día en limpiar la sangre, y aunque no había ni una sola señal de lo que había pasado allí, ningún padre con niños se acercaba a la zona, ni siquiera para curiosear. Eso agradaba al anciano, que se sentó tranquilamente en su banco favorito a disfrutar del sol sin un solo niño repelente alrededor.

Así fue hasta que murió, no hace mucho.

¿Cómo sabes que la historia es cierta?, pregunté a CIUDADANO Z, a lo que él respondió:

¿Por qué no debería serla?

10. LA DISTANCIA

Mido la distancia en bocanadas de aire. Doce bocanadas para veinticinco metros. Si eso lo multiplicamos por diez salen ciento veinte bocanadas en doscientos cincuenta metros.

No soy un gran nadador.

En la mitad de las calles un centenar de alumnos sigue las instrucciones de dos profesores que ni se mojan. En el resto de la piscina hay de todo entre los que van por libre. Yo soy de los que hace lo que puede.

Ningún estilo depurado, ninguna clase, poca resistencia y un bañador que me queda pequeño.

Pero mientras estoy dentro todo da igual.

No piensas nada.

Nada de trabajo, nada de llamadas que nadie contesta, nada de cabreo ni frustración, nada de plazos ni obligaciones, nada de sentir que no estás haciendo lo suficiente, que debes ser más duro, o simplemente duro, que el dinero por delante o te vas a tomar por culo, nada de hacer favores y nada de dejar que...

Just breathe.

Como la canción de Pearl Jam pero sin dirigírsela a seres queridos.

Just breathe.

Quédate conmigo, tú, esa parte de mí que nunca hace caso de las buenas maneras y se encabrona y da un puñetazo a una mesa y grita que aquí mando yo.

Just breathe.

Quédate conmigo, mucho más de lo que lo haces.

Just breathe.

Te necesito.

Me sumerjo, uso los pies para impulsarme con la pared y me deslizo bajo el agua unos metros. Empiezo a nadar a braza. Uno, dos, tres, cuatro, saco la cabeza por mi lado derecho, cojo aire y vuelvo a contar. Saco siempre la cabeza por el lado derecho. Me han recomendado que alterne los lados porque el abuso de postura me acabará molestando muscularmente, pero cuando lo intento por el lado izquierdo me cuesta más, así que vuelvo a lo fácil. Me prometo que lo cambiaré, pero no hoy.

Uno, dos, tres, cuatro y de nuevo saco la cabeza. En poco menos de un segundo soy consciente de la luz, la música de mierda, las instrucciones de los profesores, la vida alrededor. En poco menos de ese segundo vuelvo a tener la cabeza bajo el agua y regreso al vacío.

Al silencio.

Al nada más.

Y vuelvo a contar.

Mido la distancia en bocanadas. He aprendido a calcularla para saber cuándo debo extender el brazo para amortiguar mi llegada a la otra punta.

Sólo una cosa en la cabeza: doce bocanadas en veinticinco metros. Nada más.

Ojalá todo fuese tan fácil.

Sin resto del mundo, sin gente a quien odiar ni ganas de...

Ciento veinte bocanadas y doscientos cincuenta metros. Ésa es la distancia que me separa, cada día, de dejar de ser normal. Recorrerla cansa, agota y relaja a mi animal.

A veces el remedio para evitar algo peor es sencillo. Ojalá todo fuese sólo eso, respirar. Nada más.

11. PEQUEÑAS MALAS ACCIONES: URGENCIAS

El cartero, que tenía prisa, no se aseguró de que la carta quedaba debidamente depositada y a mí me llevó apenas un segundo estirar los dedos, agarrar la punta del sobre que sobresalía, sacarlo de la boca del buzón y meterlo en el bolsillo de mi chaqueta.

Ya en casa, lo revisé: Servicio Extremeño de Salud.

Interesante.

Se trataba de una cita para Oncología.

Volví a meterla en el bolsillo de la chaqueta.

Al día siguiente me crucé con el destinatario. Y al otro. Y casi cada día. Era mi vecino, al fin y al cabo. Miraba cada mediodía el buzón. Nunca decía nada, pero parecía inquieto.

El hombre nunca me había hecho nada malo. Todo lo contrario: era simpático, cordial, estaba siempre dispuesto a ayudar y nunca tenía el volumen de la televisión a un nivel excesivo.

Era una buena persona, pero a las buenas personas también les ocurren cosas inesperadas.

Mi vecino... Era.

Todo es culpa de la Administración: este tipo de comunicaciones debe ir siempre certificado, sobre todo si son urgentes.

Antes del fatal desenlace le enseñé la carta a CIUDADANO Z. Me sentía mal. No debí haber seguido ese impulso destructivo e innecesario.

¿Todavía la tienes?, me dijo. No dejes evidencias. Jamás.

Allí mismo rompí la hoja y el sobre en tantos pedacitos como me fue posible y pedí una coca cola. CIUDADANO Z se rió. Me dijo que me vendría mejor una copa de vino, que me lo había ganado.

12. FRAGILIDAD

Esto tiene que ver con...

Mojo la brocha en el cuenco lleno de agua y se la restriego por la cara; después, vuelvo a mojar la brocha y la paso por el jabón de afeitado. Empiezo a restregarla, esparciendo la espuma, en la cara de mi abuelo.

No dice nada. Se deja hacer, mirando al frente, casi sin pestañear. Un culebrón le recorre parte de la espalda, el hombro y el brazo derechos y no puede valerse por sí mismo. Su mirada, cristalina, es también vidriosa.

Cuando paso la cuchilla, noto los pliegues de su piel, como dunas en un desierto. Un montículo tras otro. Cada uno de ellos sumando años.

Es una actividad mecánica, como afeitarse uno a sí mismo pero con otra cara, y de repente en vez de un rostro lo que tengo delante es un espejo.

Mi abuelo era una persona fuerte. Mi abuela y él sacaron a cuatro hijos adelante en la época en la que era difícil sacar a los hijos adelante. Venían de un tiempo en el que era todavía más difícil sobrevivir, pero lo lograron.

Mi abuelo era una persona débil. También. No se puede ser fuerte todo el tiempo. Creer lo contrario es de necios.

Cuando conoces tu debilidad, puedes actuar de dos maneras: o luchas contra ella o la abrazas. Él abrazó tantas veces la suya

que llegó un momento en el que no supo cómo enfrentarla, y vivir así tiene un precio.

Recuerdo que me escondía de un ogro cuando era pequeño. No me escondía solo, sino acompañado de un amigo. El ogro llegaba a casa y mi amigo y yo buscábamos refugio en el trastero, en la azotea, en cualquier esquina. Mi amigo llamaba “padre” a ese ogro, y ese ogro tenía la misma debilidad que mi abuelo.

Yo nunca llamé ogro a mi abuelo.

Nunca fue un ogro conmigo.

Y menos ahora.

Miro al interior del espejo y me reconozco en el reflejo. No en su debilidad. No es la misma que la mía. Pero sí en su forma de afrontarla. He abrazado demasiadas veces mi propia debilidad, aunque todavía sé cómo hacerle frente... O eso creo.

Acabo de afeitarle. Le he hecho un pequeño corte en la barbilla. Cuando le limpio la cara queda una marca de sangre en la toalla. El corte en su piel se confunde con sus pliegues, con sus arrugas, y si no te fijas bien ni siquiera parece un corte. En un par de días, ni eso.

Ahora nos miramos cara a cara. Su piel llena de años y mi piel que empieza a tener surcos.

Sus ojos cristalinos y vidriosos me sonríen. Sus labios también.

Me aparto un poco y miro su cuello, su torso en una camiseta interior de tirantes, su brazo dolorido e inmovilizado.

No poder hacer lo que siempre has hecho es una putada, aunque sólo se trate de un simple afeitado.

Sé que le jode. A mí me jodería.

Me haría sentir frágil, como sé que se siente él.

No quiero ser frágil.

No puedo ser frágil.

13. RELATIVIDAD

Seguir las normas es importante, pero… ¿las de quién?

14. VIAJE

No recuerdo el frío de la mesa de operaciones, pero sí los temblores al despertar. Se me había congelado hasta el alma. Puta anestesia. Dependiendo de lo que estés pensando en el momento de caer, así será el viaje.

Luego escuchas voces. Está todo casi en negro, un mar azul oscuro, un ambiente turbio, un yo no sé dónde estoy y las voces que te llaman.

Como sirenas.

Lejanas hasta que dejan de serlo y de repente estás ahí, desorientado, desnudo bajo una sábana verde, diciendo cosas incoherentes sobre una experiencia que no recuerdas.

Alguien borró ese momento de tu cabeza y te impidió traerlo de vuelta contigo a esta realidad.

Ese alguien te deja sin sueños, aterido de frío y tiritando.

Pedazo hijo de puta ese alguien.

Te deja sin nada y sin saber dónde estás.

Pero lo importante no es dónde estás, sino dónde has estado todo ese tiempo de caída, en esas oscuras y turbias aguas de tu memoria.

Porque donde has estado has aprendido a ser feliz, o a tener miedo, o a luchar, o a amar, o a ser más listo y menos

inteligente, o a odiar, quizás. Lo has aprendido y te han obligado a olvidarlo, a despertar.

Y ya no se puede volver.

15. NIGHTCLUBBING

Recuerdo mi vida por episodios, fragmentos sueltos que sé situar perfectamente en el tiempo, aunque acudo a ellos obviando descaradamente el orden cronológico que me obligaría a repasar todo lo bueno y lo malo hasta llegar al momento exacto que quiero revivir. Nuestra memoria ya no es una cinta de casete o de vhs, ya no tenemos que pulsar el fast forward o el rewind. Es lo bueno que tiene el futuro, que se acaba haciendo presente y nos trae, entre otros lujos, el regalo de la inmediatez. Abrimos en nuestra cabeza una pantalla virtual en la que se despliega un menú y un listado bastante pormenorizado y así, a la carta, podemos abrir el archivo temporal que nos interese.

Esos archivos son de tipos variados: audio, vídeo, imágenes que parecen fotografías polaroid, hasta olores, y en los casos más sofisticados, térmicos.

Somos, cada vez más, ordenadores.

Llevo una larga temporada viviendo más en el pasado que en el presente. En el futuro intento no fijarme. Se aventura oscuro. Ahora que soy consciente de que con toda probabilidad he atravesado el ecuador de mi vida (salvo que resulte ser un caso raro de longevidad, lo cual no es ni remotamente probable si nos atenemos a las estadísticas), dedico una porción poco saludablemente elevada de mi tiempo libre a revisitar esos instantes en los que o fui muy feliz o metí la pata con dramáticos resultados. Acudir al resto de momentos, que son la inmensa

mayoría, adornados con emociones binarias, es absolutamente innecesario e inútil, una total pérdida de tiempo, teniendo en cuenta que prefiero perderlo en aquellos que me hagan sangrar o sonreír.

Y para qué negarlo, me detengo más en el drama. Al fin y al cabo, mis errores, más que mis aciertos, han sido los condicionantes que me sitúan donde estoy, este lugar físico, económico y emocional que en teoría no debería ocupar atendiendo a mis habilidades y conocimientos, pero como todo no es teoría y había en juego factores que por mi juventud desconocía, ignoraba o menospreciaba, pagué las consecuencias de ese desprecio a veces intencionado a veces no. Me creía inteligente y no fui lo suficientemente listo para protegerme de las inclemencias de la vida, aprovechar la fuerza del viento y, más importante aún, saber leer las intenciones y acciones del resto de congéneres con los que interactuaba.

Así que fracasé.

Otros dirían que no, que no he fracasado y que decir eso con sólo cuarenta años es adelantarme demasiado teniendo en cuenta lo que me queda por jugar, las vueltas que da la vida y todo ese blablablá que te suelen soltar para animarte, aunque en realidad les da lo mismo. Bastante tiene cada uno con sus movidas como para preocuparse de las de otros que no estén en su círculo de relaciones e influencias más íntimo. Es puro protocolo que todos aplican para evitar situaciones y silencios incómodos, como el

“qué tal estás” y el “bien” que respondemos aunque estemos jodidos.

Insisto: fracasé, y ese pensamiento no me lo va a quitar nadie. Finalmente, para colmo, es también habitual en nuestra especie tener la sensación de que como nos vemos a nosotros mismos es como nos perciben los demás, por eso muchos mienten e intentan transmitir una imagen para nada acorde con su realidad interior y mantienen esa visión durante un tiempo determinado hasta que no pueden sostenerla (por su debilidad mental) y se destapa el pastel. Otros son más prácticos, saben que son feos por dentro y les da lo mismo, porque esa fealdad es el ingrediente esencial con el que construyen su fachada de triunfador macarra e hijo de puta. Sí, la inmensa mayoría de los denominados “triunfadores” son unos auténticos macarras hijos de puta sin escrúpulos que maquillan su careto interior, ese que decíamos que es feo, con lujos y un afán acaparador frívolo y materialista más propio de alguien con Síndrome de Diógenes, pero como tienen casas enormes donde meter todos los trastos que adquieren, es como si no se notase. Al final, tener una casa grande o pequeña también te acaba definiendo frente a la sociedad, la cual los acaba admirando y envidiando en lugar de tratarlos como enfermos a los que, por su propio bien, habría que privar del uso de sus tarjetas de crédito.

Y eso que son feos de cojones.

Pero volvamos a mi caso: había fracasado, y asumirlo es más difícil que decirlo.

Yo no estaba hecho de la pasta con la que se hornea un triunfador. Lo había intentado, me fijaba continuamente en la cara de esas putas ratas engominadas y en cómo pedían café, su prepotencia, sus trajes impolutos perfectamente planchados, sus carteras abultadas y su forma de andar, estirados como para rozar el cielo. Me había fijado también en sus hembras. Quería una de esas para mí. Que una pija de aquellas te la chupe tiene que ser una experiencia mística, ver cómo se arrodilla en agradecimiento por la vida que le estás dando, llena de bolsos caros y carente de preocupaciones porque no necesita trabajar. Ya lo haces tú por ella. Sólo tiene que ir al gimnasio dos horas al día a correr en la cinta para mantener ese cuerpazo que dios le ha dado y tenerte sexualmente satisfecho, siempre con una sonrisa de oreja a oreja. Se arrodillan y la chupan salvajemente porque va su supervivencia en ello. Como si se tienen que disfrazar de conejitas de playboy para follar o ponerse un collar para perros y decir “soy tu esclava”, o tu puta, tu golfa, tu zorra, mientras les tiran de la cadena del collar hasta la polla. Satisfacción absoluta, ese es su lema. Como si se dejan dar por culo a petición del respetable. De hecho, no me cabe la menor duda de que todas ellas se dejan dar por culo. Las miro, allí sentadas al lado de sus triunfadores, y me las imagino desnudas, a cuatro patas, con la cabeza apoyada en la almohada y abriéndose las nalgas con las manos, ofreciendo su ano en sagrada ofrenda a su amo y señor. Las imagino, a todas.

Luego imagino la forma de conseguir a una de estas jacas para mí. No tiene que ser muy difícil. Ni siquiera tienes que ser un triunfador, sólo parecerlo. La engañaría el tiempo suficiente para

que tenga una cita conmigo. Para cuando se quiera dar cuenta de que no la puedo llevar de vacaciones a Ibiza, ya se habrá tragado mi semen y le habré jodido el culo.

Me repito que no puede ser muy difícil: salir de casa bien peinado y afeitado; hablar bajo y no levantar la voz, lo cual fuerza a tu interlocutor a prestarte más atención y no distraerse con el entorno para saber lo que estás diciendo, que seguro que es importante; vestir trajes caros y cuidados, lo que me obligará a destinar una parte de mi presupuesto a tintorerías; usar siempre corbata, pero evitar las corbatas demasiado coloridas que parecen traídas de Honolulu; llevar gafas de sol siempre que pueda, lo que me dará un aire inquietante; tener limpios los zapatos, brillantes, por lo que no hay que dudar en utilizar los servicios de un limpiabotas, experiencia que es una gozada a disposición de muy pocos y con la que cumples con tu yo solidario dando de comer a un estómago hambriento y satisfaces a la vez al clasista racista blanco hetero que llevas dentro, porque en estos tiempos de corrección extrema hay quien se ha empeñado en decir que el trabajo de limpiabotas tiene algo de humillante (la solución pasaría por prohibirlo y dejar sin trabajo a esa pobre gente que prefiere comer a proteger su dignidad) y es un oficio acaparado por minorías étnicas, generalmente gitanos, que no saben hablar apenas pero que frotar frotan como nadie, sobre todo los viejos. No verás nunca a un gitano limpiabotas menor de sesenta años. El resto se ganan la vida vendiendo bragas en el mercado o pasando cocaína, esa sustancia tan apreciada por las clases sociales de alto standing, políticos, artistas y controladores aéreos; y

finalmente no hablar demasiado, contener la verborrea y evitar dar datos innecesarios. La información adicional no solicitada puede volverse en tu contra. Un triunfador no cuenta más de lo debido, no habla más de lo estrictamente necesario y mantiene un aura misteriosa en lo concerniente a su vida privada que atrae a sus futuras putitas como la mierda a las moscas. Se trata de crear una ilusión lo suficientemente potente como para que todo el mundo se gire a mirar cuando entras en un bar sin necesidad de que hayas dicho una sola palabra. Todos tienen miserias, por supuesto, pero los triunfadores de verdad las dejan en casa, para después de haber disfrutado del culo de su nueva putita y de haberles empujado la polla hasta la campanilla, y la mayoría tampoco las descubre después de eso. Siguen escondiendo sus miserias incluso en casa, que ni sus hembras las conozcan. En realidad, es pura desconfianza, tienen miedo de que les hagan un Dalila mientras duermen.

Una vez definida mi nueva imagen, tendré que cambiar de lugares que frecuentar, no sólo en los días laborales sino también en las noches de ocio. No es una cuestión baladí, porque si hay algo que define y separa los distintos estratos sociales son precisamente los bares, generalmente distribuidos por zonas dentro de una misma ciudad y claramente identificables. Desde la tasca de barrio obrero con los abuelitos jubilados jugando al dominó donde sirven buen vino de pitarra a precios populares hasta la discoteca de moda con doscientos “chinos” (definiendo como “chinos” a todos esos jóvenes confusos y maleables entre los diecisiete y los treinta y cinco años, porque la franja temporal que cubre la

palabra “juventud” es cada vez más amplia, vestidos como clones y peinados al estilo patentado por grandes iconos culturales que leer no han leído un libro en su puta vida pero dar patadas a un balón y tener novias florero en eso sí que son buenos) que se mueren de frío veinte minutos en la calle en pleno invierno para poder entrar, previo visto bueno de un “portero” con antecedentes penales y pago de una entrada que te da derecho a una copa con alcohol de dudosa procedencia, para acabar escuchando algo llamado trap que pretenden hacernos creer que es música en una estancia en la que ya no cabe un alfiler y si intentas levantar el brazo para darle un sorbo al cubata es muy probable que roces algún culo o entrepierna masculina sin quererlo o queriendo. Y todo eso mientras los jubilados están calentitos en su tasca con su vino peleón y su partida de dominó.

Ahí quedaría la cosa si no hubiese otros locales en los que no hace falta portero o, si lo hay, te trata de forma exquisita. Cuando cruzas el umbral de uno de estos, encuentras salas con un aforo debidamente moderado para que no parezca que el negocio no tiene éxito pero que tampoco estés hacinado como un gorrino en un camión camino del matadero. Hay gente guapa bebiendo gin, pero no un gin cualquiera, sino uno azulado, o rosa, o verde, o de cualquier otra tonalidad radiactiva. Ellos charlan sobre bolsa, caza, toros y coches que alcanzan los doscientos cincuenta kilómetros por hora. Ellas bailan canciones interpretadas por intelectuales, en su mayoría sudamericanos, que le deben la vida al autotune.

Si sigues recorriendo el local, llegarás a un patio adornado con plantas perennes en el que podrás disfrutar de tu gin Larios (porque eres un clásico como los héroes de antaño) tirado en un puf o en un reservado bajo una luz tenue y mortecina preparada para crear un ambiente íntimo, ideal para meterte una raya o dos de esas que te vende tu gitano favorito (o en su defecto tu payo venido a menos) sin que te vean o sin que a nadie le importe y mucho menos le extrañe.

Es allí donde se cuece lo bueno, un lugar privilegiado en el que o te hacen notar enseguida que no encajas o te ignoran porque no mereces un segundo de atención. Es fácil entrar, es fácil tomarse algo, es fácil pasar dos horas gastándote el dinero en copas raras al ritmo de un gilipollas que canta como si le estuviesen estrujando los huevos. Lo que no es fácil es interactuar y más difícil es interactuar con la persona adecuada, pero cuando lo haces, cuando lo logras, felicidades, estás dentro: ya te estás codeando con triunfadores.

En el fondo sabes que no quieres eso, me dijo CIUDADANO Z.

Fue en uno de esos locales un jueves por la noche tras el trabajo. Al día siguiente debía levantarme muy temprano, pero la semana había sido tan emocionalmente agotadora que necesitaba desconectar, así que llegué a casa, paseé a mi perro, le di de cenar, le dejé acostado en su sofá favorito, comí un sándwich de atún regado con un vino de dos euros y nueve céntimos que sentaba mejor sólo por el hecho de venir en una botella de cristal en vez de en un brik, me desnudé, me afeité, me di una ducha, me lavé los

dientes, me eché colonia infantil Nenuco, me puse traje negro con camisa negra y corbata negra, me volví a echar más colonia infantil Nenuco, en abundancia, me puse unos zapatos nuevos que me habían costado treinta euros, abrí la puerta y salí a la calle.

Para cuando atravesé el parque de Cánovas y llegué a la zona de la marcha ya me dolían los pies y seguramente tenía heridas en los talones. Cada paso significaba un pinchazo y mi forma de andar me transformaba en un monstruo de Frankenstein vestido de boda.

Había bares, pubs y tascas de todo tipo: desde pequeñas cafeterías intimistas y familiares especializadas en productos ecológicos degustables al son de flamenco y canciones populares, pasando por bares que igual abrían a las cuatro de la tarde para que se pudiese jugar al parchís con una consumición e igualmente cerraban pasada la medianoche tras repasar canciones pop, rock y heavy difícilmente escuchables en otros sitios de la ciudad, hasta pubs en los que treintañeros y cuarentones de vidas gastadas hacían cola para meterse una raya en los servicios al ritmo de música tecno e indie que realmente nada les interesaba.

Y luego estaba el sitio al que yo me dirigía, al fondo de la calle, casi en un callejón.

Al intentar entrar, un señor bajito enchaquetado que parecía salido de Liliput me dijo amablemente que esperase un par de minutos a que saliese alguien puesto que, a pesar de ser jueves y una hora no muy tardía, el local ya estaba bastante lleno.

Llegué como pude a una barra situada al fondo, esquivando los cuerpos que reían, charlaban, bailaban y bebían como si fuesen un

campo de asteroides y, tras quince minutos viendo cómo un camarero se lo tomaba con mucha calma para atender a los clientes por orden aleatorio y nada cercano al cronólogico de llegada, pagué nueve euros (precios populares) por un gin de lo más fashion y me puse a deambular.

Lo más jodido de estar en un sitio nuevo es no saber dónde ponerte, sin tener ni idea de qué hacer con las manos. Te apoyas un par de minutos en una esquina, miras el móvil, te mueves con suavidad hasta la otra esquina pero no en línea recta, sino yendo por los bordes, como si fueses buscando a alguien entre los pufs y las plantas perennes y los palés de madera transformados en sofás, pero como no encuentras a ese alguien que no existe te apoyas en cualquier sitio apartado otros dos minutos, consultas las noticias en twitter y vuelves a pasearte. Nadie te está haciendo caso, pero tienes la sensación de que todos saben que eres un pardillo. Es como cuando vas al cine solo. Ahora ya te da igual, pero admite que hubo una larga temporada, cuando las entradas no eran numeradas, que no dejabas de mirar hacia atrás fingiendo esperar a un acompañante ficticio porque es muy incómodo ir al cine solo porque piensas que la gente va a pensar que no tienes amigos, hasta que apagan las luces y puedes respirar pensando que nadie se ha dado cuenta cuando en realidad todos se han percatado pero les importa una mierda. Luego te haces mayor y te sientes a gusto yendo solo y te molesta la gente que va acompañada porque normalmente hablan entre ellos y lo hacen en un tono elevado para poder oírse por encima del volumen de la película y se ríen con el comentario ocurrente de sus acompañantes y para rematar sorben la

coca cola por la pajita de forma estruendosa y mastican descarada y desconsideradamente las palomitas y chucherías varias y abren las bolsas de patatas fritas y tú ya estás desquiciado porque llevas veinte minutos de película con los ruiditos de los cojones y decides que la única manera de disfrutar del cine como es debido es estar solo, pero solo del todo, sin nadie más en la sala, y como eso sólo es posible si tienes tanta pasta como para tirarla comprando todas las entradas de la sesión cada vez que te interese una película, buscas otra alternativa, que no es sino acudir a los videoclubs de toda la vida, que alguno existe y sobrevive a duras penas a internet, pero allí tampoco encuentras satisfacción, porque las películas llegan con varios meses de retraso y para entonces algún gilipollas ya te ha destripado el contenido y si es buena o mala o merece la pena alquilarla, o peor aún, que siendo buena nunca hay ninguna copia libre y no vas a quedarte esperando como un panoli a que alguien llegue en la hora siguiente a devolverla, y finalmente está lo de hacer cola, agotándote ese ritual que todos se han puesto de acuerdo en observar consistente en preguntar al dependiente qué tal está la peli, contestando el mismo que no la ha visto pero que tiene pinta de ser chula o que sí la ha visto, y en ese caso te miente y la pone por las nubes porque no te va a decir que es una mierda pues en ese caso no te la llevas y aquello es un negocio en el que para que ellos sigan abriendo tú tienes que llevarte una cinta, sea la que sea. Es entonces cuando el cliente sigue la conversación argumentando que no sabe él, que la semana pasada también le dijo que era buena y

luego ni fu ni fa, zanjando el dependiente la conversación con un sencillo “pues a mí me moló”.

Tras la charla, que se repite en bucle con todos y cada uno de los clientes, llega el momento de buscar la cinta de vhs (que algunas quedan), dvd o blu-ray, meterla en una caja, introducir la caja en una bolsa y dispensar toda una serie de productos complementarios que no pueden faltar, léase palomitas de maíz, chocolatinas, pipas, regalices y refrescos en formato de dos litros, sacar otra bolsa, meter todos los productos en ese bolsa, colocarla al lado de la bolsa de la película y ya, por fin, cobrar, que lamentablemente también es una tarea lenta porque el cliente tiene que buscar el monedero, sacar un billete que inicialmente no da, sino que se pone a contar las monedas que lleva encima por si tuviese bastante y así quitarse calderilla, y eso que está casi seguro de que no va a tener monedas suficientes, por lo que al final acaba soltando el billete que sacó al principio y… ¿Lo adiviná is? No sé por qué ya no me sorprende que el dependiente no tenga cambio y diga que esperemos un momento y sale corriendo al bar de al lado a pedirle un favor al camarero, volviendo varios minutos después porque el camarero tenía que poner primero dos gins preparados a clientes preferentes.

Para cuando llega tu turno, has perdido más de media hora de tu vida, se te ha hecho tarde y no vas a poder ver la película de una sola vez porque te va a entrar sueño y, para colmo, te estás meando y no hay servicio para clientes en el videoclub.

Por todo ello, acabas hasta la polla y te pasas al bando de los piratas caseros de medio pelo y tiras de internet para descargarte vídeos para uso exclusivamente particular, y si bien en el noventa por ciento de los casos la calidad de la descarga es manifiestamente deficiente, al menos estás en casa en pijama calentito al brasero y no tienes que soportar colas, risas, conversaciones innecesarias y demás mierda.

Pues lo mismo estaba pensando en el patio de aquel bar, rodeado de gente, con una copa en la mano, diciéndome que en casa estaría muy a gusto jugando a la play con una serie de fondo y bebiendo algo que habría comprado personalmente en el supermercado, lo cual me daría la supuesta tranquilidad de saber que no estoy dándole al garrafón, cuando me di cuenta de que no era el único: había al menos veinte hombres como yo, entrados en los cuarenta, calvos, con tripa digievolucionada y con apariencia de lobos feroces venidos a menos y evidentemente desubicados, en solitario o en dúo o en grupos de tres o cuatro, con poder adquisitivo a juzgar por sus ropas pero con nulas dotes sociales, cuchicheando entre ellos y siguiendo con la mirada a jovencitas apetitosas recientemente veinteañeras, todas ellas con un denominador común: la juventud, sagrada diosa primaveral. Y todas ellas bailando alrededor de otros hombres más jóvenes algunos y más viejos otros con otro denominador común: tener más pasta que los que miraban. Por lo demás, la tripa y la calva seguían allí. No así la desubicación y la pinta de lobos feroces venidos a menos.

Me acerqué a la barra y pedí otro gin. De perdidos al río, pensé. Podría haberme ido, pero entre volver a casa con la perfecta excusa de tener que levantarme temprano y aguantar otra hora con cara de idiota y asumir la derrota, opté por la segunda opción.

Llevaba cerca de quince minutos esperando mi turno aunque no sabía cuál era realmente porque el camarero seguía saltándose el orden, creo que porque atendía primero a los más guapos, que le atraían como un faro en noche cerrada, cuando alguien a mi lado, acercando su cabeza a la mía para que le escuchase por encima de la música, me dijo: ¿Eres italiano?

Le miré. Se trataba de un hombre también de unos cuarenta años, sin arrugas, por lo que alguien más joven podría haberle echado treinta y tantos, con pelo rapado, gafas de pasta negra, zapatillas y vaqueros negros y camisa también negra con los dos primeros botones abiertos dejando ver un pecho peludo. Salvo por sus ojos vivos y su sonrisa sardónica, que contrastaba con mis ojos tristes y mi sonrisa que no era sonrisa porque se torcía hacía abajo por mucho que intentase educarla ante el espejo, nos parecíamos.

Mentira, me dije luego. Ya me gustaría parecerme a este tío.

Decía que me preguntó si era italiano, a lo que contesté que no, se disculpó y yo volví a prestar atención al camarero concentrándome para conseguir que él me la prestara a mí de una vez.

Otros quince minutos después ya estaba disfrutando del gin en un reservado al que me había dirigido para observar y envidiar a los que tuviesen pinta de pasárselo bien.

Allí estaba cuando el tipo de la barra me volvió a hablar. Yo llevaba un rato con el piloto automático puesto, mirando al frente sin mirar, ni siquiera pensando, en babia, como se suele decir, y no me había percatado de que se había acercado hasta mi posición. Le acompañaba una mujer que bien podría haber sido doble de Hale Berry en la película “El último Boy Scout”, joven y con todo en su sitio.

Perdona que te insista, me dijo. ¿No has estado en Italia la segunda quincena de agosto?

No.

¿Estás seguro?

Sí.

¿En serio que no has estado en Venecia?

No.

¿Pero nunca?

Que no.

Pues me parece importante que sepas que tienes un doble gondolero.

Me reí.

El tipo le dijo algo al oído a la chica, que se fue despidiéndose con un beso en la mejilla, y me pidió permiso para sentarse a mi lado.

Es necesario que todos sepamos dónde hay un doble de nosotros, siguió hablando. Imagínate que tienes uno cerca y ese doble comete un crimen, siendo que hay cámaras que lo graban. Imagínate que el doble consigue huir y las autoridades deciden difundir el vídeo y todo el mundo te señala a ti porque te pareces demasiado. Sería desafortunado, pero podría pasar. Por mucho que estadísticamente sea casi imposible, no deja de ser una bola metida en un bombo enorme y la suerte a veces es muy puñetera. El que tengas un doble en Venecia es circunstancial. El saberlo es una ventaja. Si ese doble la lía, al menos, cuando vengan a por ti, podrás alegar que estabas en otro país. Por eso es importante llevar una agenda detallada en la que se debe apuntar dónde y con quién estás en cada momento, no sea que a tu doble le apetezca venir a España y a Cáceres por culpa del reclamo turístico que ha sido la grabación de Juego de Tronos, se comporte como un hooligan inglés, regrese a su país y te deje a ti la tostada.

Discurso demoledor, pensé. Me ha convencido para que me compre una agenda. Ahora sólo falta que me diga que trabaja en una papelería y que me vende una.

Me reí.

Por cierto, me llamo CIUDADANO Z, dijo tendiéndome la mano.

Un placer, soy CIUDADANO A, respondí con un apretón.

Para entonces, la chica que se parecía a Hale Berry había regresado con dos tercios. CIUDADANO Z se bebió de un trago lo que quedaba del que tenía y aceptó el que ella le daba. Más adelante me contaría que fuera de casa jamás bebía otra cosa que no fuese cerveza, pues el riesgo de sufrir del mal del garrafón era más elevado de lo que la gente pensaba.

Bueno, no te molesto más. Se levantó. Por cierto, me voy a permitir darte un consejo: No pierdas el tiempo. En el fondo sabes que no quieres eso – escupió la palabra “eso” señalando con la cabeza a los demás clientes – créeme. Lo que tú necesitas es ser otro tipo de gente. Y ya de paso… Tío, es acojonante que no te acuerdes de mí.

Le vi marcharse del local mientras Hale Berry se agarraba a su cintura.

Y no, no sabía quién era, así que lo de intentar recordar o situar a este tarado en un momento determinado de mi vida ya era demasiado pedir.

Apuré la copa de gin y fui tan gilipollas que en vez de irme pedí otra.

Sufrí las consecuencias a la mañana siguiente.

16. LA BALA MÁGICA

Sufrí las consecuencias a la mañana siguiente.

Y a la otra.

Y a la que vino después.

Así se fueron sucediendo los días a lo largo de seis meses de mierda en los que viví subido a una montaña rusa emocional en la que todo lo que podía salir bien acababa mal. A cada giro y voltereta se me salía el monedero del bolsillo y caía en la mano sinvergüenza y me gastaba lo que no tenía. Y ya ni te cuento cuando estaba boca abajo, que me bebía lo que no debía porque la gravedad jugaba en mi contra y me echaba encima todas las cervezas y bebidas espirituosas habidas y por haber.

Fueron seis meses locos, oscuros y deprimentes que recorrí sin perder la sonrisa. Nunca he creído en el cielo y el infierno, pero definitivamente, pasado este tiempo, me he convertido en un fiel seguidor de la teoría de los infiernos particulares, únicos y personalizados, de esos en los que caes tú solito en vida sin necesidad de haberte muerto antes.

Este tipo de infiernos es una putada pues tienen forma de agujero de gusano. Una vez entras no sabes ni dónde ni cómo ni cuándo vas a salir o si vas a enlazar agujero tras agujero y cuando por fin crees que ya has tocado fondo y que empiezas a mejorar llega la borrachera definitiva, el huracán perfecto que no

esperabas ese día y pasas de la cerveza a los gins que tanto criticas y acabas…

Chaval, esto no ha hecho más que empezar y tienes que seguir cayendo.

En picado, tanto y de forma tan vertiginosa que casi no te das cuenta de lo que está pasando.

Hasta ahora minimizabas los daños, decías que era algo temporal, esporádico, casi anecdótico. Básicamente te engañabas convenciéndote de que era una mala racha y que en cualquier momento soplaría el viento a favor, que era imposible que con todas las horas, esfuerzo y ganas que le estabas echando no se viesen los resultados.

Cuando no ves esos resultados pasado un tiempo prudencial… El barco hace aguas y algo falla.

La parte buena es que sabes qué es lo que falla.

La mala, que no eres capaz de solucionarlo.

Llegado a este punto te has transformado en un oso muy grande que ha perdido dientes y garras, en fase de hibernación. Lo único que quieres es dormir y eso es otro problema porque cuanto más duermes menos tiempo tienes para resolver el gran lío que tienes montado.

Siguen pasando los días.

Te levantas tarde, aunque no tan tarde como para lamentarlo. Eso se lo debes a tu perruno ángel de la guarda. Si no estuviese

allí para acercar su hocico a tu puta cara no recordarías que no te gusta limpiar meados y heces del suelo de tarima.

Ya en el trabajo haces cuatro cosas rutinarias y el sofá de la sala de espera adquiere vida propia y empieza a llamarte de forma insinuante, que es peor que insistente. Ni a Ulises le engatusaron tanto las sirenas. En este punto del día te encuentras en medio de un libro de multiaventura y tienes que elegir a qué página ir: si decides tumbarte en el sofá y cerrar los ojos hasta el mediodía, pasa a la página 1; pero si escoges huir buscando el aire fresco de la calle diciéndote que sólo vas a dar un paseo pero sabiendo que acabarás en un bar cercano bebiéndote cuatro vinos, escuchando la emisora Rock Fm y preguntándote por qué el puto sofá sí cobra vida y te habla y te provoca y te quiere llevar al huerto y los libros y expedientes de la mesa, los mismos que deberían requerir tu inmediata atención, guardan un silencio cómplice y traicionero, pasa a la página 65.

Es tu cabeza. No hace falta estar drogado para tener un mal viaje.

La mañana siguiente al huracán te levantas con una resaca de la hostia y recuerdas que es miércoles. Pasaste todo el martes intentando matar a base de gins tus miedos, fantasmas, inseguridades, frustraciones y el recuerdo de determinadas personas específicamente definidas y tatuadas en alguna parte de tu interior. Mala jugada, porque no ha dado resultado. Todo sigue allí y además te explota la cabeza.

Te levantas como puedes y te miras en el espejo.

Ahora sí, chaval. Ahora sí que has tocado fondo.

¿Y qué hace un niño bueno cuando toca fondo?

Se va al médico a que le den su medicina: te sientas delante de la doctora, que procura mostrarse comprensiva y asiente varias veces con la cabeza a medida que le vas contando tus síntomas y cómo te encuentras y cómo te puede una ansiedad que se ha sentado en tu silla favorita y que no la va a desalojar sin pelear. Al final te manda Lorazepan en dosis suficientes para que las cosas te importen un poquito menos pero no demasiada cantidad como para que te importen una mierda y lo mandes todo al carajo y te explica que así estarás más tranquilo y menos nervioso y podrás pensar con lucidez salvo cuando las pastillas estén haciendo efecto a saco, que ahí la lucidez se transformará en somnolencia. Te dice que vuelvas en unos veinte días a ver si hemos (sí, pronuncia la palabra “hemos”) podido controlar la situación antes de que vaya a más. No le pregunto sobre las probables contraindicaciones del medicamento, sobre la ausencia de apetito sexual y la libido por los suelos. Recordaba haber leído en alguna revista que estas pastillas te jodían cualquier intento de erección. Realmente tampoco estaba para muchos trotes, pero nunca sabes cuándo te van a dejar echar un polvo.

Me sorprendió que no me hiciese la pregunta mágica.

Me la imagino sentada delante de mí, poniéndose muy seria:

¿Has tenido alguna vez pensamientos…?

¿Impuros?, diría yo, no dejando que acabase la frase.

No. Pensamientos de… ¿Te harías daño a ti mismo?

¡Ah, de suicidio! Pues no, para nada, señora. No me va ese rollo.

La conversación habría ido más o menos por ahí. Yo me habría largado con las recetas y ella se habría quedado satisfecha por el buen trabajo realizado.

Por supuesto, habría mentido. Suelo mentir para que la gente se quede tranquila y no se preocupe por mí. Por eso y para que me dejen en paz. No tengo claro el porcentaje de ocasiones en las que miento con un objetivo y en las que lo hago con el otro. A veces hasta creo que ambos motivos son compatibles.

La verdad es que me siento tan cansado que he sopesado quitarme de en medio usando yo que sé, por ejemplo, la caja de Lorazepan que me acaba de recetar, tragarme todas las pastillitas de una sola vez, mandar todo a tomar por culo de verdad y que otros se coman el marrón, pero luego pienso en las personas que no tendrían más remedio que tirar del carro y, aparte de romperles el corazón, les estaría haciendo una putada muy gorda que no se merecen y que no me perdonarían jamás. Cómo les miraría a la cara luego.

Esa noche me tomo la primera dosis y me tumbo, tieso, en la cama. Saco un pie fuera del colchón. Me doy la vuelta. Me giro hacia el otro costado y…

Estoy dormido y estoy soñando.

Todo es oscuridad salvo una única luz a lo lejos. Estoy en una especie de sala sin límites definidos a la que no veo final por ninguno de sus lados. Bajo esa única luz hay una figura que tiene una pistola en la mano. Se enciende un foco que ilumina una diana que ha aparecido en el lado derecho a un metro de distancia de mí y la figura levanta la pistola. Me doy cuenta de que apunta a la diana y no a mi cuerpo, así que, cuando dispara, doy un paso al lado para ponerme delante esperando, deseando con todas mis fuerzas, que me dé, pero la bala desvía su trayectoria para esquivarme y se pierde en la oscuridad. Quieres que te impacte, lo estás deseando, pero ni por esas.

Recuerdo la teoría de la bala mágica tan bien explicada por Kevin Costner en aquella película sobre el asesinato de J. F. Kennedy.

No puedes suicidarte ni en tus propios sueños.

Despierto ocho horas después con una sensación de calma total. Hacía mucho que no me sentía así.

Normalmente no recuerdo lo que he soñado la noche anterior, pero esta vez sí.

Recuerdo también que no acababa cuando la bala hacía lo que le daba la gana y eludía todo contacto conmigo, sino que la figura se me acercaba y me decía al oído: esto va de sobrevivir, gilipollas, de esquivar las balas, de soportar los golpes, de permanecer en pie y de pegar tú, porque si tú no pegas, lo demás no tiene gracia. Estás en un puto ring recibiendo hostias por todos lados y ni siquiera te has dado cuenta.

Tras meses de caída libre es la primera vez que tengo la sensación de que he tocado fondo de verdad de la buena y que ya es hora de incorporarse y empezar a escalar.

Me tomo otra pastilla. El tío al otro lado del espejo no tiene tan mala cara como esperaba.

17. LO OPUESTO

Encontrarte una cartera sin dinero y devolverla, ayudar a un ciego a cruzar la acera, no mentir en el curriculum vitae, recoger las heces de tu perro, dirigirte con educación a los trabajadores del sector servicios, pagar los impuestos que realmente te corresponden por mucho que joda, no descargar música ni películas ni series en modo pirata, avisar cuando te devuelven más cambio de la cuenta, no poner los cuernos a tu pareja con un brasileño por muy bien que mueva el culo, decir la verdadera edad cuando te la pregunten, avisar cuando estás acabando, no colarte en la fila del pan ni hacer trampas a las cartas, dar el precio justo cuando compras algo en un zoco de Marruecos esperando no ser tú el timado, no meterte con aquellos que tienen la capacidad de sonreír y que su boca parezca el teclado de un piano, respetar el límite de velocidad, pensar en el bien general, llevarte de forma educada con la familia política, decir la verdad cuando te pregunte si ese vestidito de Ágata Ruíz de la Prada le sienta bien, no dejar nada en el plato cuando eres el invitado de la mesa, no robar aunque te lo pongan en bandeja y nadie se dé cuenta, hacerse revisiones médicas de forma periódica, no quitarle condones a tus padres, repartir proporcionalmente y no llevarte la parte más grande del pastel, pagar tus deudas, no comprarte cosas que no te sirven de nada, no tener televisor, contrastar las noticias y comparar cómo las cuentan en cada medio de comunicación, sentir pena por Cristiano Ronaldo, leer, viajar más allá de Andorra y Portugal,

asearte a diario y controlar las flatulencias delante de los demás, procurar no perjudicar a terceros si no es estrictamente necesario y sólo si no hay más remedio.

Cosas sencillas que cualquiera puede poner en práctica en su día a día, aunque a casi todos nosotros se nos daba bien hacer todo lo contrario.

De hecho, hay muchas más personas que hacen todo lo opuesto en referencia a un listado de acciones y opciones infinitamente más grande y casi interminable. Parece ilógico, pero es lo habitual. Está tan socialmente aceptado como que esnifen cocaína de tu polla antes de follar.

Tan socialmente aceptado como que cuatro subnormales del curso superior, repeinados con gomina y futuros votantes de Vox, vayan durante los recreos a tu aula a meterse con el pelirrojo de tu clase, ese que viste chándales celestes y no se junta con nadie porque nadie se junta con él con la excusa de que esos chándales son feos de cojones. Pasan de cinco a diez minutos insultándole y pegándole mientras el crío se defiende a duras penas dando patadas al aire a lo Karate Kid. No acierta un solo golpe pero las recibe todas. Cuando los cuatro trogloditas se largan, el pelirrojo sigue en pie, con los puños en alto y respirando entrecortadamente, sin haber derramado una sola lágrima. Lleva tanto tiempo viviendo esta pesadilla en bucle que se ha acostumbrado. No le gusta, pero ya no le duele tanto como al principio. Lo que no te mata te hará más fuerte o te dejará lo suficientemente traumatizado como para no olvidar en tu vida a esos cuatro nazis y pensar que lo único que

puedes hacer cuando se cruza un nazi en tu vida es matarlo. Sería como un acto de compasión, liberarlos de su miseria y barrer la basura del trocito de mundo que te ha tocado habitar.

Ya se han ido pero volverán. El chico pelirrojo varía su postura defensiva, baja los puños y empieza a respirar más armoniosamente. Nos mira, a sus compañeros, a esos cobardes que cada día hacemos lo opuesto a lo que deberíamos hacer y nos limitamos a disimular. Nos mira de reojo y no dice nada. En su cara se dibuja una mueca parecida a una sonrisa e imagina un futuro en el que se vuelven las tornas. La vida es muy larga y él se ha quedado con sus caras. Para siempre.

18. DE COMPRAS

Llego a casa tarde. A pesar de estar medicado, me he tomado cinco copas de un vino de una marca que no me suena de nada. Dentro de un rato me tragaré otro Lorazepan y adiós muy buenas. Con este calor es difícil dormir hasta drogado.

Voy al frigorífico, pillo una botella de, leo textualmente, *"Attelea de las Bodegas Ruiz Torres, Tempranillo Tinto Roble 2016, Ribera del Guadiana, denominación de origen"*. No sé lo que me costó o si me lo regalaron y me importa una mierda. Lo abro y me preparo para darle munición pesada a la droga.

Hay ciertos líquidos que sientan mejor si sabes que no es el momento de probarlos.

Con media botella despachada decido irme de compras.

Gracias a la bendita globalización puedo adquirir el producto que me dé la real gana sin moverme del sofá. Una vez pulsado el botón izquierdo del ratón, en algún punto impreciso de la geografía mundial se activa un mecanismo y unas manos de rasgos imprecisos cogen el objeto, lo meten en una caja, le ponen una peqatina que sale de una impresora del pleistoceno y la colocan en un armario que ya no es de su competencia. Ahí es donde empieza el trabajo de los mensajeros, ángeles custodios de nuestros futuros juguetes sexuales.

Un bate de béisbol de madera de pino en Aliexpress cuesta doce dólares y treinta y seis centavos americanos. No un bate

cualquiera, sino uno etiquetado como “profesional”. Conforme a la descripción, tiene cincuenta y tres centímetros de barra dura, sólida y poderosa gracias a un diámetro de cinco centímetros. El mango está envuelto con una goma para manos de alta calidad que absorbe el sudor y tiene una firme sensación de agarre, siendo más cómodo de usar al tener propiedades antideslizantes y resistencia al desgaste. Con un fino lijado de trescientos sesenta grados, la barra tiene en proporción un sesenta y tres por ciento de suaves líneas doradas. Para rematar, la base del mango tiene un diseño redondo también antideslizante nada fácil de romper tras golpear.

Comprar un bate de béisbol en un país que no sea Estados Unidos o Cuba debería ser inmediatamente una acción objeto de seguimiento por los servicios de inteligencia de cada país. Nada bueno se puede hacer con un bate de béisbol donde eso de correr de una base a otra no significa lo que crees que significa. Y si ya compras un bate mientras escuchas el “Black eyed” de los Placebo… Mala cosa, el demonio mata moscas con el rabo y a veces usa tridente. Es una lástima que los tridentes sean prohibitivos para mi bolsillo.

Como ya he ingerido casi todo el vino y el cuerpo y la cabeza hacen cosas raras, no compro un solo bate, sino tres. Mejor que sobre a que falte.

Siento una extraña euforia difícil de controlar cuando la operación finaliza con éxito y un texto me indica que mi cesta de la compra ya está en camino. Es como un jodido chute de endorfinas. Como si hubiese ligado por accidente con aquella chica

tan mona del collar de perro y hubiésemos acabado en su cama follándonos a pelo toda la noche hasta que se hiciese de día, momento en el que me vestiría haciendo el menor ruido posible para no despertarla y volvería a mi casa bajo la lluvia de una mañana gris saltando sobre los charcos, cantando y bailando a lo Gene Kelly pero sin chubasquero ni paraguas.

La resaca del día siguiente vino acompañada de un vacío de horas en mi memoria, por lo que no recordaba haber hecho la compra, así que cuando tres meses después el cartero dejó en mi casa un paquete de grandes dimensiones fue como si hubiesen llegado las Navidades y mi cumpleaños a la vez.

19. SPARRING

Antes de iniciar una pelea tienes que saber de qué pasta está hecho el contrario. Si te enfrentas a un boxeador, palabra que ya de por sí hace presuponer que es duro de cojones, entonces lo que tienes que tener claro es de qué pasta estás hecho tú. Estar seguro de que puedes con él, con o sin trampas, porque aquí no hay medallas de oro ni podios ni nadie que te eche la bronca o te quite puntos por infringir las reglas del juego. En una pelea de verdad las normas no cuentan. Lo importante es hacer que el rival baile al son de tu música y no al revés. Si tienes dudas o mentalmente has perdido de antemano, no lo hagas, por muchos bates de béisbol que compres.

La noche anterior, mientras velaba las armas, no dejaron de temblarme las manos y no pude pegar ojo. Eso me dio mucho tiempo para pensar, quizás demasiado, y decirme:

No eres un púgil.

No tienes planta, ni agilidad, ni fuerza.

Por no tener, no tienes ni el talento para que te rompan la cara con gracia.

Como en cualquier combate de boxeo que se precie, hay numerosos factores que pueden hacer que el enfrentamiento sea desproporcionado: desde la diferencia de peso, pasando por ser diestro o zurdo, paticorto o un magnífico bailarín, hasta esconder

herraduras en los guantes o, simplemente, ser menos miope que el otro. El haber entrenado algo también tiene un poquitín que ver.

Pero a pesar de todo esto, hay algo que siempre te define, te guste o no, y eso lo sabes, lo reconoces, en cuanto te subes al ring.

Tú lo sientes hasta sin pisarlo.

No eres un púgil.

Eres un sparring, y todos los putos sparrings del mundo pierden.

Te has pasado media vida peleando creyendo que estabas en el cuadrilátero del Madison Square Garden cuando en realidad te hallabas en los bajos fondos siendo el protagonista involuntario de peleas callejeras que se desarrollaban en las esquinas más oscuras y sucias. Creías ganar cuando en realidad cada batalla era una concesión a alguien que se aprovechaba de que tenías un punto ciego visual. Te han estado quitando los dientes a hostias y no te has enterado hasta que ha sido demasiado tarde. Ahora ya no puedes morder y, la verdad, ¿cómo piensas ganar sin morder ya que se te da tan mal usar los puños? Porque para ganar en este mundo hay que ser un cabrón, tener mala leche, ausencia de escrúpulos, haber sufrido y haber pisoteado. Olvídate de ser buena persona, honesto, bien intencionado y toda esa mierda. Déjalo para los corderos de Dios, que sigan pensando que poner la otra mejilla es la llave para ganarse el reino de los cielos, que sigan creyendo en el sueño americano. Honestamente, sale más rentable construirse una dentadura de acero porque a estas alturas ya no hay second

chances, no para los que están mutilados física o emocionalmente, por su puta culpa o por la de otros. Se acabó lo que se daba: si fallas, la sociedad te aísla, te aplasta, te destruye, te engulle y se asegura de que no olvides que un día, una vez, te equivocaste. Y lo que es peor, se asegura de que no te perdones, porque mientras no te perdones continuarás creyendo que estás en las cloacas, en los callejones sucios y oscuros, en las peleas callejeras, donde seguirás perdiendo dientes, hasta los que ya no tienes, y donde habrá más posibilidades de que vuelvas a equivocarte. Eso de que metas la pata les encanta.

Pero si te perdonas…

Entonces vuelves al ring y tienes que demostrarte que sigues teniendo un buen juego de piernas, así que empiezas a bailar y entre golpe que das y golpe que esquivas o recibes intentas mantener una respiración rítmica y que no se dispare tu pulso, porque la pelea va a durar más de doce asaltos y sólo tienes un rato entre cada uno de ellos, sentado en tu esquina, bebiendo agua, secándote el sudor y recibiendo instrucciones de Poli Díaz, hasta que suena la campana y vuelves a incorporarte y ya te da igual si es el último asalto o no porque piensas aguantarlo, porque eres más resistente que tu rival y se va a agotar antes, le costará respirar, se moverá más lento, será menos fuerte y más fácil de abatir.

Entonces comprendes que has ganado el combate, que sabes cómo hacerlo a partir de ahora, pero también te das cuenta de que eres adicto a esa adrenalina, que a pesar de las magulladuras y

moratones por dentro estás como nuevo y reluces y ya no estás estropeado y quieres más de esta mierda que te hace sentir tan bien. Ha resurgido de las cenizas una versión mejorada de ti, una versión que no tiene miedo de fallar otra vez, porque sabe que cuando falles, que lo harás, volverás a por más, mil veces rehecho, con más rabia, con más odio, deseando que el odio sea recíproco, porque lo mejor de odiar a alguien es saber que es recíproco. Disfrutas más haciendo daño a quien se lo pasaría bomba pegándote.

Hasta te lo imaginas.

El cabrón de turno intentaría minar tu voluntad, tu confianza y tu autoestima. Te diría: No tienes estómago. No tienes estómago para hacerlo.

Tú le responderías: Tripas, me gusta más hablar de tripas o de agallas, como los putos peces.

Y él replicaría: Prefiero estómago. Es más anatómicamente humano. Además, cuando sientes la presión, las arcadas, vomitas. Tras el puto vómito no queda nada. Como mucho, quizás más arcadas sin sentido.

Cierto, admitirías. Quizás solo quedasen arcadas, pero tras las arcadas… Tras las arcadas ya no tengo excusas para no hacerlo.

El qué.

Lo que sea.

Y con tu puto odio de mierda hacia él, subido al cuadrilátero, le ganarías. Le pegarías una y otra vez y cuando ya

estuvieses cansado seguirías con ganas de seguir zurrándole. Le darías la paliza de su vida. A él y a su puto odio de mierda hacia ti, dándolo todo con tu puto odio de mierda hacia él, porque ya no serías un sparring.

20. ELECCIÓN

CIUDADANO Z: ¿A quién eliges?

CIUDADANO A: ¿Cómo?

CIUDADANO Z: Que a quién eliges. No has comprado los bates de béisbol para jugar al béisbol, digo yo.

CIUDADANO A: Pues… No sé. No lo había pensado.

CIUDADANO Z: Mentira. Seguro que tienes a cientos de personas a las que te gustaría romper estos bates en la cabeza.

CIUDADANO A: Vale, pero que lo piense no significa que lo vaya a hacer.

CIUDADANO Z: Entonces los has comprado para nada.

CIUDADANO A: No.

CIUDADANO Z: Ni se te ocurra decirme que tu intención es colgarlos de adorno en la pared.

CIUDADANO A: No, pero…

CIUDADANO Z: No me vengas con gilipolleces. ¿A quién eliges?

CIUDADANO A: No sé. Si fueses tú, ¿a por quién irías?

CIUDADANO Z: Fácil, a por el que no se acuerde de mí. Eres buen tío, pero se ve a la legua que no eres firme y confías demasiado en la gente. Hueles como todos esos pardillos que llevan toda la vida currando y han sido timados mil veces. Esos que se han dejado más dinero en el camino que el que jamás han tenido en el banco.

Han realizado trabajos que no han cobrado y no han ido detrás de sus deudores a morderles las pelotas y no soltar hasta que aflojasen la pasta. A eso hueles. Estás domesticado, eres pacífico, te riges por las normas, no haces trampas, no te sales del sistema y todos lo saben. Demasiado legal para tanto sinvergüenza. Mientras sigas así no habrá cambios.

CIUDADANO A: Vete a tomar por culo con tus sermones. No me conoces, hostias.

CIUDADANO Z: ¿En serio? Te jode que te diga las cosas como son, ¿no? Mira, si le das una lección al último que te ha tomado por tonto, sabrán que has sido tú. Te recomiendo que te fijes en alguien que ni se acuerde de que existes.

CIUDADANO A: No se me ocurre nadie.

CIUDADANO Z: Piensa un poco, coño. Remóntate a los primeros años, a alguien que se fuese contento por el resultado pero que luego se olvidase de volver con la cartera.

CIUDADANO A: Eso no era así.

CIUDADANO Z: Lo era.

CIUDADANO A: ¿Y por qué lo tienes tan claro?

CIUDADANO Z: Porque yo fui uno de los primeros que te la jugó.

21. PEGAR

Pegar a otra persona no es fácil si nunca lo has hecho antes. No dar una torta, que eso se aprende viendo concursos de fornidos y bien radiactivamente alimentados ciudadanos de la antigua Unión Soviética con barba espesa y puestos hasta el culo de vodka; o en el recreo del colegio, donde el noventa y cinco por ciento de los niños se especializa en dar sardinetas mientras que el otro cinco por ciento desarrolla por obligación una inusual resistencia a la humillación que le vendrá bien en los años venideros para soportar lo que se avecina en sus vidas, por lo que acabarán sacando ventaja a ese noventa y cinco por ciento que no va a saber aguantar una mierda y se desmoronará llorando en cuanto les pongan una navaja al cuello y les digan “Boo, que es broma, tontaina, pero dame el puto móvil”.

Tampoco se trata de dar puños a un saco de boxeo. Ahí partes la pana y dejas los restos pensando que le cascas a todos los gilipollas que conoces. Te los imaginas en fila, avanzando de uno en uno hasta tu posición, poniéndose firmes y apretando los dientes esperando a recibir lo suyo. Por eso están los gimnasios llenos de trabajadores autónomos cansados, pero sobre todo de empleados rasos: vasallos quemando la ira, la frustración, sudando la rabia de no poder contestar como se merece al hijo de la gran puta de su superior jerárquico, que para colmo es un niñato al que sacan más edad y más experiencia y más todo, pero como el niñato es un enchufao, se tienen que morder la lengua, metérsela en el

culo y no soltarle las cuatro hostias bien dadas que se merece. La gente sale de trabajar y se mete en un puto gimnasio a correr en la cinta, a hacer spinning, aerobic, running acuático, yoga o cualquier otra actividad que les tenga una hora ocupados y sin pensar en ese puto superior jerárquico y en la reunión de mañana en la que se va a cuestionar si ha llegado al mínimo exigido y exigible en lo concerniente al objetivo empresarial del mes. Esa gente no va al gimnasio a fardar de músculos ni a levantar muchos kilos. Va a olvidarse de todo lo que pueda entre trago y trago de bebida isotónica. De ahí el éxito de tanta cadena deportiva: el grueso de la clientela no está obsesionada con el culto al cuerpo, sino con llegar a casa muy sudados y cansados, con las fuerzas justas y necesarias para meterse en la ducha, cenar una whopper con orfidal y meterse en la cama. Llegar a casa y no tener energía para coger un cuchillo y cortarse las putas venas, para lo que se gastan una media de cuarenta euros al mes a pesar de saber que faltarán más del ochenta por ciento del tiempo que realmente podrían aprovechar, sin contar el importe de la cinta fluorescente y elástica para que el sudor de la frente no se meta en los ojos.

Y luego están los sacos de boxeo: cuestan mucho menos, los cuelgas de una viga y son igualmente funcionales, listos para recibir toda tu mierda hasta que te canses y te hayas desahogado y ya no te rajes, pero aun así la gente se sigue apuntando a los gimnasios porque es creencia popular que es muy complicado colgar un saco de boxeo de ochenta kilos de una viga que perfectamente aguantaría el cuerpo inerte de un pardillo que antes ha hecho un nudo a una soga. Eso y el apartado estético: un saco de esos en el

salón de tu casa no queda muy bien cuando vienen visitas, y como no tienes otro sitio donde meterlo, porque no tienes garaje ni trastero ni ático ni sótano ni espacios personales donde ser creativo y colgar fotos de tus enemigos con una diana pintada en la frente, porque vives en una colmena llamada edificio con todas las celdas en vertical y no puedes ni tender la ropa sin que se queje la vecina del cuarto pero al mismo tiempo tienes que escuchar al sordo del sexto ver películas porno dobladas al rumano… Pues que no lo compras, y eso lo saben los directivos de los gimnasios low cost.

Así que te quedas sin saber pegar de verdad, lo que es un hándicap muy difícil de superar cuando has sido siempre políticamente correcto y conciliador y no has estado nunca metido en peleas físicas y siempre has preferido las películas de Gregory Peck a las de Clint Eastwood, cuya única actuación que te gustó fue la de “Los Puentes de Madison”. Con ese currículum, cuando llega la hora en la que tienes que hacerlo, es decir, pegar de verdad, hay algo que te detiene, una parte de tu cerebro que primero te dice que eso que vas a hacer no está bien y que cuando se da cuenta de que la carta de Matahma Gandhi ya no funciona te recuerda que te puedes hacer daño, y ese segundo argumento sí que te frena, y lo hace justo cuando vas a soltar el puño.

Estás ahí, de pie frente al receptor, sabiendo que es un claro, evidente y obvio merecedor de tu ira. Cierras el puño derecho, lo levantas y echas el brazo hacia atrás poniéndolo en posición de L, adelantas la pierna izquierda y flexionas la

rodilla para tener un buen apoyo, cierras los ojos, coges impulso y dejas que todo tu cuerpo se desplace como uno solo adelantándose su parte izquierda a la derecha, dejando que el brazo en forma de L se convierta en una línea recta horizontal que necesariamente debe golpear el careto del receptor, y justo ahí llega tu cerebro y manda la orden de aflojar, que te puedes hacer daño.

Joder, si de lo que se trata es de hacer daño al otro.

Y pegas, claro que pegas, pero ni de coña con la fuerza y presión que debería tener el golpe. Ese puño cerrado que era hierro ahora es mantequilla. Tu cara lo dice todo, hay una mueca de miedo donde debería haber determinación porque, a la hora de la verdad, te has cagado. Mira que es difícil cambiar la programación de un puto cerebro que ha sido educado toda su puta existencia para ser merecedor de la visita de los Reyes Magos.

Sólo falta que el receptor se ría, y lo hará con ganas porque sabe que como no le has noqueado – ni siquiera le has hecho más daño que la picadura de una mosca que se cree avispa – ahora le tocará a él y, vaya por dios, casualmente sí tiene experiencia en peleas físicas.

Se pasan muchas cosas por la cabeza en muy poco tiempo si ese mismo espacio temporal lo estás gastando en esperar en las sombras vestido completamente de negro, con un pasamontañas también negro y un bate de béisbol. Teóricamente tiene que pasar por allí, como siempre hace cada día, el merecido receptor al que has decidido recordar que es mala idea no pagar a alguien que ha hecho bien su trabajo.

A mi lado espera Ciudadano Z, también vestido de negro y sonriendo bajo su pasamontañas. Acaricia otro bate de béisbol.

Sé que sonríe el muy cabrón.

¿Qué haría si no?

Al fin y al cabo es otro de esos que sí que ha tenido peleas físicas.

Hace frío, se ha levantado un aire molesto y caen algunas gotas. Se podría decir que es la noche de perros ideal para dar palizas. No me imagino a Jason Voorhees matando a machetazo limpio a plena luz del día. A esas horas la gente normal hace cosas normales: los jubilados pasean a sus perros, los niños comen helados, las divorciadas mueven el culo y las tetas de forma acompasada a sus piernas, los drogatas toman el sol mientras despachan unas litronas y el chico tímido del quinto coquetea con la hija de la vecina, a la que ha estado espiando desde que se mudó: habla con ella de cosas triviales con la simple excusa de haber coincidido yendo a comprar el pan y acaba contándole que una buena forma de socializar es jugar en red con la playstation al World de lo que sea, que conoce a mucha gente en internet pero no a chicas como ella, que le ha costado mucho atreverse a decirle algo, que le da vergüenza mirarla a los ojos, que es como un ángel en un mundo hermoso y que a él le gustaría ser especial porque ella es súper especial, que él es un tirado y un bicho raro y que no sabe realmente qué está haciendo aquí porque no pertenece a este lugar. Le suelta todo el discurso y la chica le dice que tiene prisa, que ya se verán, se da la vuelta y se larga dando

saltitos mientras piensa que el vecino es efectivamente un colgado que se ha creído que no iba a reconocer la canción de Radiohead, lo cual automáticamente le sitúa en la lista de chicos que no tendrán nunca una oportunidad con ella porque es más de Andy y Lucas, lo que casualmente también la sitúa a ella, sin saberlo, en la lista de potenciales adolescentes que Jason Voorhees descuartizaría justo en el momento posterior a quitarse el sujetador y enseñar las tetas al primer subnormal con mocasines que le diga “Ey, nena, me gusta cómo perreas”. Probablemente la mataría en una noche de perros ideal como aquélla en la que la parejita buscaría las sombras para jugar a las palmas. También lo mataría a él, seguramente antes que a ella, y la sangre del subnormal con mocasines caería sobre esos pechos desnudos que en breve se enfriarían para siempre, porque lo que no puede dejar de haber en una película de terror mínimamente comprometida con su público es sangre y tetas y sangre sobre tetas.

Ni Ciudadano Z ni yo nos parecíamos a Jason Voorhees ni teníamos machetes, pero portábamos bates de béisbol y estábamos dispuestos a usarlos, uno más que el otro, pero dispuestos al fin y al cabo.

Pasado un rato deja de chispear y en su lugar empieza a tronar. Se ha convertido en la noche ideal para que te parta un rayo.

22. FIGURAS DE LICHTENBERG (I)

Cierro los ojos y ya no estoy en el parque.

Ahora estoy soñando y en el sueño es lunes, un jodido lunes soleado.

Hemos dormido juntos. El calendario nos ha regalado un puente y no hemos tenido problema en transformar el domingo en nuestro sábado.

Me levanto a darme una ducha.

Al volver a la habitación la encuentro boca abajo, medio tapada por las sábanas, acabando de masturbarse, temblorosa y con la respiración entrecortada. No se masturba de forma abrupta ni se introduce apenas los dedos. Se acaricia con suavidad y lentitud y se recorre sin prisas. Una vez puse mis dedos sobre los suyos y le pedí que hiciesen su camino, su boca cerca de la mía, el aire caliente de su respiración chocando contra el aire caliente de mi respiración. Luego llevé mis dedos a su boca y después a la mía. Me preguntó si todas las chicas sabían igual. Le dije que no y añadí que me gustaba su sabor.

En ese momento, viéndola masturbarse en la mañana, no se lo digo, sólo le doy un beso en la frente, pero me parece hermoso verla disfrutar, así, de su sexualidad.

Ella permanece tumbada en la cama con los ojos cerrados y yo salgo al patio. Amanece claro y sin nubes.

Enciendo un cigarro y le doy una calada.

Entonces cae el rayo. Sin aviso. Supongo que lo tendría justo encima y el trueno y el relámpago estallaron a la vez. Ni un segundo de diferencia.

Es un día soleado, sin una jodida nube.

Pero a mí me acaba de dar de lleno.

Es como cuando tropiezas siendo joven y contra todo pronóstico te rompes la cadera. Cayendo de tus propios pies, de tu altura. En teoría, eso sólo pasa una de cada demasiadas veces, pero ahí estás tú para desoír esa puta estadística de mierda.

Es así de simple: suena un trueno y se ve un relámpago y tú… Tú no eres capaz de levantarte del suelo.

Mientras, ella sigue dormida y desnuda en la cama sin tener ni idea de que a ti, sí, a ti, te acaba de partir un rayo.

23. LIMPIEZA

Esa idea mundialmente predeterminada de que siempre vas a tener la urgente necesidad de meterte con la ropa bajo la ducha, lloriquear y frotarte fuerte con jabón de lagarto cuando has hecho algo que se supone que es malo, es mentira.

Realmente, lo que te entra son ganas de correr, gritar, descargar esa adrenalina electrizante que se te ha metido dentro justo en el momento que cruzaste la línea.

Me fui a casa por senderos oscuros y alejados de rotondas, entidades bancarias, casas de gente adinerada y cualquier otra edificación, zona de edificios públicos, comisarías y áreas turísticas donde estratégicamente pudiera haberse colocado cámaras. Guardé la ropa en una bolsa que escondí bajo la cama para deshacerme de ella otro día, lo antes posible, antes de que se me olvidase. Me puse el pijama, me acosté sin cenar y cerré los ojos intentando dormir, pero no pude. Pasé la noche dándole vueltas a todo lo sucedido y esperando a que la policía llamase a mi puerta. Al final amaneció y yo seguía de los nervios, acelerado, como si me hubiese tomado diez cafés seguidos, así que me levanté, me puse el chándal, metí el bañador, la toalla, las chanclas y el gorro de silicona en una mochila, salí de casa y a las ocho de la mañana ya estaba nadando sin controlar la respiración ni el ritmo, frenético, hasta que me sentí lo suficientemente agotado para salir del agua, ducharme, ponerme el chándal, regresar a casa, tender el bañador y la toalla, desnudarme y volver a acostarme.

Ese día no trabajé y nadie vino a buscarme.

24. FIGURAS DE LICHTENBERG (II)

Sobreviví al rayo sólo para darme cuenta de que era un milagro que una persona salga viva de esto y que era casi imposible que lo hagan dos porque los milagros suelen ser una experiencia personal e intransferible raramente compartida. Por eso la gente piensa que los agraciados con la lotería celestial están tarados o son unos farsantes sacaperras o están fumados, o todo a la vez.

Ella se levantó de la cama y me arropó todo lo que pudo hasta que llegaron los servicios de emergencias. Siguió haciéndolo en la ambulancia y los días posteriores durante mi hospitalización. No estaba allí pero lo hizo con sus palabras. Lo siguió haciendo al principio de mi recuperación, pero sería cínico y nada realista pensar que se puede sobrellevar a algo así cuando no te pueden dar lo que necesitas, sea lo que sea lo que necesites.

Creímos que habíamos sobrevivido al rayo.

Ella se dio cuenta de la realidad antes que yo.

En cuanto a mí, me dejó un bello tatuaje natural, sin tintas ni colorantes. Figuras de Lichtenberg lo llaman.

Las consecuencias de que te alcance un rayo pueden ser muchas y variadas. Además, todas ellas son una auténtica putada:

Sufrir heridas es inevitable, normalmente quemaduras de hasta tercer grado, y el pelo y la ropa pueden acabar totalmente chamuscados.

En algunos estudios se concluye que el cuerpo humano puede recibir y sufrir un impacto tan brutal que equivaldría a soportar temperaturas de hasta veintisiete mil grados centígrados, unas cinco veces más que la de la superficie del sol. La hostia es tan fuerte que puedes perder audición, pero no como cuando sales de un concierto en el que el volumen ha sido tan exagerado que te pitan los oídos toda la noche y no oyes al del puesto ambulante cuando te pregunta si quieres ketchup o mostaza. Esto es más serio. Se te pueden llegar a romper los tímpanos, y eso duele. La imagen que se me viene a la cabeza, cuando hablo de tímpanos, es la de ese jodido adolescente sordomudo en la película “Pesadilla final, la muerte de Freddy”, al que literalmente le estalla la cabeza tras clavársele en la oreja un audífono diabólicamente modificado para ampliar el sonido a su alrededor. Freddy empieza dándole por culo lanzando alfileres al suelo desde una altura considerable y acaba rematándolo al pasar sus garras en plan “dal cela pulil cela” sobre una pizarra.

Lo curioso de que te impacte un rayo es que no es una muerte segura. Si la palmas, la causa principal suele ser parada cardíaca, aunque previamente puedes convulsionar y soltar espumarajos por la boca. Si tienes suerte, tendrás un paro respiratorio rápido. Si no la tienes, se te quedará frito el cerebro y te parecerás a Jack Nicholson al final de “Alquien voló sobre el nido del cuco”. Si la balanza no cae ni de un lado ni de otro, quedarás en coma, y si despiertas esto es lo que te espera: dolencias neurológicas difíciles de explicar hasta para la ciencia y los médicos, trastornos de la personalidad, cambios de humor e

incluso pérdidas de memoria. Si nos ponemos chungos, sufrirás algo parecido al Parkinson o tendrás un dolor crónico hasta el fin de tus días.

Sea como fuere, no pinta bien. Además, si te quedas en coma serás como un vegetal, te alimentarán vía intravenosa, te pondrán pañales, te cambiarán de postura cada cierto tiempo para que no te salgan llagas, heridas y rozaduras en la piel, te afeitarán, te peinarán y te dejarán saludable…

La parte física está controlada, hasta el fenómeno de las Figuras de Lichtenberg tiene explicación: ese dibujo que se crea en tu cuerpo configurando la imagen de un árbol con raíces extraordinariamente profundas no es más que la consecuencia material de que te haya atravesado de arriba abajo toda esa energía. Sin embargo, de la parte mental se siguen diciendo muchas cosas, la mayoría de ellas sin sentido.

En realidad, en el sentido literal, no me cayó ningún rayo encima, pero sí lo hizo en el sentido emocional: me atravesó el alma de extremo a extremo y me tatuó una bella imagen.

25. FIN DE LA ESPERA

Y otro trueno me devuelve a la realidad.

Joder, chaval, hasta has roncado, dice Ciudadano Z. Creía que era imposible que alguien pudiese quedarse dormido sobre sus pies y no caerse.

¿Cuánto tiempo ha pasado?, pregunto mientras recobro la consciencia y el sentido de la orientación.

Apenas dos minutos, pero créeme: ha sido espectacular.

Ambos nos reímos.

Vuelve a tronar y en algún lado un relámpago ilumina la noche. Ciudadano Z se había tomado la molestia de buscar un lugar donde no funcionase la farola más cercana, así que el resplandor del relámpago permitió que pudiese distinguir bien sus ojos, su boca y el pasamontañas.

¿Cómo llega alguien como yo a dejarse llevar por un tío así? Me pregunté, y estaba empezando a encontrar respuestas cuando su voz me devolvió a la realidad.

Ahí está ese cabrón, dijo, y se fue a por él.

26. LA POLLA

Estás en un bar con algunos de tus amigos pasando una agradable tarde de sábado.

De fondo suena Eskorbuto.

Ocupáis varios taburetes con su respectiva mesa llena de jarras de cerveza vacías.

Al rato entra un grupo de personas vestidas con elegancia, ellas con vestidos de noche y ellos con trajes. Su edad de media ronda los casi cincuenta.

Aprovechando que algunos de tus acompañantes están fumando en la calle, cogen los taburetes de tu mesa sin tan siquiera preguntar si están ocupados y los acaparan para su uso y disfrute. Como vienen como las Grecas, decidís pasarlo por alto.

Uno de los hombres se te acerca y te pregunta si te importa si puede coger una aceituna de las que hay de aperitivo en un bol de tu mesa. Ya la ha cogido antes de que digas que sí o que no. Esta acción la repetirá en varias ocasiones, hasta que de tanto ir y venir de su mesa a la tuya se acaba sentando a tu lado.

Está evidentemente borracho, pero todavía es capaz de medio comunicarse. De la conversación sacas un par de conclusiones:

Él y su grupo están de boda y llevan todo el día dándole al tema.

Tiene sólo siete años más que tú pero se conserva como el culo. Un poco más y revienta el traje. Se nota que no ha pasado hambre últimamente. Se le da un aire a Bárcenas con sobrepeso.

También es abogado, con bufete en Badajoz, y te habla como si fuese un pez gordo. “No sabes quién soy, ¿verdad?”, te dice. Pues no, no sabes quién es y realmente te da igual. Se interesa por qué asuntos sueles tratar en tu despacho y acaba preguntándote si llevas “narcotráfico”. Se comporta como un pavo real a punto de lucir sus plumas.

En un momento determinado se levanta, te abraza y se dirige al resto de sus amigos y mujeres diciendo “¡Este es mi abogado!” mientras te da tres golpecitos en la cabeza con la mano libre. Sus amigos y mujeres se ríen.

Tardas unos segundos en asimilar lo que acaba de pasar. Cuando lo haces eres tú quien le abraza y empujando cortésmente te lo llevas a la barra. Le hablas con meridiana claridad: CREO QUE DESDE QUE HAS ENTRADO TE HE TRATADO CON EDUCACIÓN Y RESPETO. NO SÉ QUIÉN ERES Y ME LA SUDA, PERO TE ACABAS DE BURLAR DE MÍ Y NO TE LO CONSIENTO.

Su cara cambia radicalmente. Comprende que ha pasado en un santiamén de estar de fiesta a haberse metido en un pequeño lío. Está desconcertado. “Pe pe pero… no me he burlado de ti”, acierta a decir.

SÍ LO HAS HECHO, DESDE QUE HAS ENTRADO ME HAS FALTADO AL RESPETO QUE YO SÍ TE HE TENIDO A TI Y NO TE VOY A PASAR NI UNA MÁS.

El “pez gordo” se disculpa de forma reiterada y le despides dándole unas palmaditas en la espalda.

ALE, VETE A SEGUIR DE BODA, CHAVALOTE.

Vuelves con tus amigos y pides otra cerveza. En los minutos siguientes te fijas en varias ocasiones cómo te mira con cara contraída y expresión circunspecta. Al rato dejan libres los taburetes y se van, mientras que en el bar empieza a sonar La Polla Récords.

27. LA PALABRA “DERROTA” AL REVÉS

Si tu vida no tiene banda sonora es que no sabes vivir.

Si no has escuchado música dentro de tu cabeza mientras amabas, odiabas, follabas, herías, sangrabas...

Si no has tenido nunca en tu cama a una tía en ropa interior deseando darte lo tuyo y que le des lo suyo y en vez de eso la has hecho vestirse y la has mandado a casa sabiendo que no la vas a volver a llamar, con el aliciente de que es fin de año y las noches de fin de año se hacen muchas locuras, incluida la de salir corriendo, mientras suena música cañera de los 80 en tu cabeza, hacia esa otra tía a la que sí querrías telefonear, esquivando gente borracha vestida de gala que se gira y te mira raro porque nadie corre así salvo que le persiga la policía… Si no te ha pasado eso o algo parecido, ¿qué coño has estado haciendo con tu vida?

Como en una puta película.

Son momentos que sólo pasan una vez y que no vas a olvidar.

Así que, ¿por qué no ponerle banda sonora?

Doy un paso hacia delante y Angus Young empieza a tocar mientras Malcolm y compañía gruñen como gorrinos el reconocido “Oi oi oi”. Cuando llegamos a la altura de *el gilipollas*, Bon Scott empieza a cantar: “See me ride out of the sunset…”

El gilipollas es un armario ropero venido a menos que ha cambiado la musculatura por un flotador en la barriga. Hacía años

estaba fornido como esas personas que dan miedo sólo por su corpulencia y su cara fea, se notaba que hacía deporte y su brazo era el doble que los dos tuyos juntos. Pero ahora es un deportista que ya no hace más ejercicio que intentar correr diez de cada cien metros y dar instrucciones a otros en un gimnasio sobre cómo moverse pero siendo, al mismo tiempo, incapaz de dar ejemplo. Aun así es peligroso enfrentarle cara a cara, por eso nos situamos a su espalda. Suena rastrero, pero realmente no me importa una mierda hacer trampas con alguien que las hizo conmigo. Que se joda.

Viste un chándal gris y lleva unos auriculares orejeros bastante horteras por los que probablemente estará escuchando puto reguetón, así que ni nos oye ni nos ve venir.

Bon Scott está cantando eso de “Cause I´m T.N.T. I´m dynamite” cuando Ciudadano Z le golpea con el bate de béisbol a la altura de la articulación detrás de la rodilla derecha. *El gilipollas* emite un grito de sorpresa y cae de un lado apoyando la rodilla golpeada en el suelo. Ciudadano Z no espera para volver a pegar, esta vez a la altura de las costillas, y repite en la espalda por debajo del cuello, lo que hace que *el gilipollas* caiga. Bon Scott sigue cantando: “T.N.T. watch me explode”.

El sujeto intenta incorporarse, pero recibe más hostias en piernas, espalda y brazos.

“Ni se te ocurra moverte o va a ser peor”, le dice Ciudadano Z. Su voz es calmada. No muestra emociones, ni ansiedad, ni ira, ni miedo, ni excitación. A mí, en cambio, me late el corazón a mil

por hora y estoy sudando como un jodido cerdo. Tiemblo como cuando tuve mi primer juicio, así que agarro el bate de béisbol con todas mis fuerzas para que no se note.

“¿Y este mierda es el que te ha jodido?”, me pregunta.

No contesto, sólo observo y sigo temblando.

“Ven”, me dice mi colega, y yo voy, situándome delante de *el gilipollas*.

“Tú, payaso”, le golpea con la punta del bate para que atienda, “mira aquí”. *El gilipollas* hace caso y mira hacia arriba.

Yo miro hacia abajo y contemplo el cuerpo de un comedor de donuts indefenso.

“¿Este mierda es el que te ha jodido?”, repite Ciudadano X.

No contesto. Sigo mirando. El comedor de donuts parece tan inofensivo y vulnerable, ahí tirado, a nuestra merced, sabiendo que le hagamos lo que decidamos hacerle no tiene escapatoria, que me da hasta pena. Lo que realmente está pasando es que mi cabeza está luchando contra mi corazón y no sé quién de los dos tiene razón porque ambos me mandan mensajes contradictorios, a veces a favor de la piedad a veces a favor de la venganza y nunca poniéndose de acuerdo. En circunstancias normales tanto mente como alma se decantarían por dejarlo estar porque no merece la pena ponerse a la altura de alguien así. Integridad y superioridad moral, lo llaman. Otras veces, sin embargo, es mejor para la propia salud mental mandar los principios a tomar por culo.

“Responde, hostias”.

“Sí”.

“Pues ya sabes lo que hacer”.

Claro que lo sé, pero no me muevo.

Sigo sudando no ya como un cerdo, sino como dos.

Pasan unos segundos que parecen horas y quien sí se mueve, o lo intenta, es *el gilipollas*. Intenta incorporase muy despacio, como a cámara lenta. Si realmente se cree que no nos damos cuenta es que es más tonto de lo que pensaba. Adivino sus intenciones: “*sí, así, un poco más, en cuanto se distraigan hablando levántate de un brinco y sal corriendo de aquí*”. O eso o “*sí, así, un poco más, en cuanto se distraigan hablando levántate de un brinco y suéltales un hab, dos crochets, otros dos ganchos y rematalos con un hook*”. Ciudadano Z también se ha fijado y le da un golpecito en la frente diciéndole con un susurro “ni se te ocurra”. *El gilipollas*, viendo sus planes frustrados antes siquiera de empezar, se deja caer otra vez.

Los segundos siguen pasando y tengo un bate de béisbol en la puta mano derecha pero no saco fuerzas para levantarlo. Siento que se va deslizando y casi lo dejo caer.

“Ni de coña”, dice Ciudadano Z, y sorpresivamente me arranca el pasamontañas de la cabeza.

Esto sí que no me lo esperaba, no estaba en los planes y la cara que aparece tras la lana muestra sobresalto, sorpresa y, por un segundo, hasta miedo. ¿Estaba en los suyos? ¿Había tenido intención desde el principio de dejarme con el culo al aire?

¿¡Pero qué coño haces!?, le grito.

Ciudadano Z sonríe tras su pasamontañas. Sé que disfruta lo que está haciendo. Se lo está pasando bomba. Toda esta situación, cómo se ha producido este giro dramático, le divierte. Si estuviésemos en una serie de televisión, este momento sería un cliffhanger cojonudo para acabar el capítulo y dejar las expectativas por las nubes y a todos los seguidores mordiéndose las uñas hasta la semana siguiente.

Ahora tengo la cara al descubierto y *el gilipollas* me mira a los ojos. Su expresión no deja lugar a dudas, está tan sorprendido como yo, no se lo esperaba ni en el más raro de sus sueños. Jamás habría pensado que fuese capaz de algo así. Lo de tomarme la justicia por mi mano, lo de ajustar cuentas a la antigua usanza, lo de salirme del camino que se supone que debe seguir una buena persona, porque piensa que soy una buena persona y las buenas personas no van apaleando a la gente, eso no va conmigo. Me mira y pone cara de cordero degollado, más cara de cordero que antes, que ya es decir. "*Bro*", acierta a decir. Mi expresión va cambiando. En nada paso de la incertidumbre a la determinación, y de la determinación a la determinación acompañada de una ira cada vez más en aumento.

¿Bro? ¿Pero qué cojones? ¿Bro?

"Payaso, extiende las manos", le dice Z.

El gilipollas sigue mirándome sin comprender nada.

“No te lo voy a repetir otra vez, que extiendas las putas manos”.

Ahora sí, lentamente sus brazos se alargan y deja las manos a mi alcance. Su expresión también ha cambiado. Ahora me mira con odio. Sé lo que está pensando: ya te cogeré.

Z se me acerca y me dice al oído: “Haz que no pueda volver a boxear en su puta vida”.

Sus palabras se repiten en mi cabeza (*que no pueda volver a boxear en su puta vida*) y de repente cambia la música. La gramola salta de AC/DC a Slipknot y el espíritu de una cabra diabólica nacida en Iowa me posee. Reconozco los acordes de “Left behind” y empiezo a recordar por qué estoy aquí.

El gilipollas quería que le hiciese un trabajito del que dependía, casi literalmente, su vida tal y como la conocía. *El gilipollas* llamaba a mi teléfono varias veces al día preguntando *“¿qué hay de lo mío?”* sin tener en cuenta horarios ni días de descanso, festivos o fines de semana. Cuando conseguí lo que quería, le cobré una mierda, algo simbólico, porque era colega y me caía bien.

“All my friends have pictures made to make you cry”, canta Corey Taylor.

La segunda vez que vino a mí me volvió a dar la tabarra como un puto pesado a todas horas y todos los días (*¿qué hay de lo mío?*) hasta que conseguí lo que quería. También le cobré algo simbólico porque seguía siendo colega y me caía bien.

“As I close my eyes, I feel it all slipping away”. Corey sigue a lo suyo.

La tercera vez se la mereció, por gilipollas. Es de poco listo dejarse llevar y hacer lo que otros hacen a pesar de saber que te la puedes cargar. Hay personas que no se merecen ese tipo de lealtad. Hay congéneres que no se merecen el precio que te piden pagar. Él lo descubrió entonces, como yo lo descubrí luego. Aun así le ayudé, pero en esta ocasión tiré de criterios orientadores de honorarios y le saqué las cuentas por lo que era lo justo, ni más ni menos. No debería haberme extrañado que me pusiese mala cara, cosas de mal acostumbrar a los demás sobre todo cuando son de los que te cogen el brazo entero cuando das la mano. Cuando empecé a peguntar *“¿qué hay de lo mío?”*, desapareció.

No te preocupes, ya te pagaré, me dijo.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Sus palabras se repiten en bucle en mi cabeza.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Y a medida que se repiten mi pulso empieza a ser más fuerte y mi mano empieza a sujetar el bate con más fuerza. Mi cara tiene una grotesca mueca de máxima determinación e ira.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

“¿A qué esperas? Que no se vuelva a poner unos putos guantes de boxeo nunca más”, oigo decir a Ciudadano Z en mi oído izquierdo. “My heart is just too dark to care, I can´t destroy what isn´t there”, me canta Corey en mi oído derecho. Ha pasado de “Left behind” a “Snuff”.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Ya te pagaré.

Levanto los brazos sujetando el bate con las dos manos, con fuerza, y golpeo como Shawn Crahan, Número 6, golpearía un barril

de cerveza. Con ganas, con rabia, con mala hostia y hasta con alegría.

Clink.

Un bate de béisbol de madera chocando contra carne humana no hace Clink, sino más bien Paff, o Poff, o Puff, dependiendo de en qué parte del cuerpo se reciba el impacto, pero puedo imaginarme con una máscara de payaso satánico y con un bate de béisbol metálico golpeando un barril de cerveza en medio de un vídeo musical en el que cientos de inadaptados adolescentes hacen headbanging en señal de aprobación. Ahí sí que suena Clink.

El gilipollas aúlla de dolor e intenta recoger la mano derecha, pero Ciudadano Z ha sido más rápido y se le ha sentado encima con todo su peso para evitar que pueda incorporarse a la vez que le sujeta los brazos extendidos. Le monta a horcajadas y sólo le falta decir “arre”.

Ya te pagaré.

¿Ah, sí? ¿Cinco años después?

Clink.

El gilipollas se duele ahora de la mano izquierda y grita aún más fuerte.

Ya te pagaré.

Y una mierda.

Clink.

Ya te pagaré.

Ahora ya me da igual.

Clink.

Ya te pagaré.

Métete tu puto dinero por el culo.

Clink.

Ya te pagaré.

Claro que me lo pagarás.

Clink.

“So break yourself against my stones, and spit your pity in my soul, you never needed any help, you sold me out to save yourself”, grita Corey.

YA TE PAGARÉ.

No lo necesito.

Clink.

YA TE PAGARÉ.

¿ES QUE NO VES QUE YA ME LO ESTOY COBRANDO?

CLINK.

CLINK.

CLINK.

CLINK.

CLINK.

CLINK.

CLINK.

CLINK.

CLINK.

CLINK.

Y CLINK.

Hasta que sus manos son dos masas de carne ensangrentada que sólo contienen huesos pulverizados. Si fuese un barril de cerveza la espuma saldría disparada en todas direcciones.

Aun así, hago otro

RECLINK

Y otro a la…

“No”, dice Ciudadano Z justo a tiempo. “A la cabeza no, que no queremos que no recuerde todo esto”.

El gilipollas ha dejado de gritar y gime entrecortadamente.

Z se levanta y permite que se pueda encoger. Esconde los brazos y las manos en su regazo. En posición fetal no sólo parece gilipollas, sino también un gilipollas derrotado.

Tan derrotado como me llegué a sentir yo, y eso me jode porque una persona no debería sentirse derrotada cuando lo ha dado todo. Sin embargo, la historia está llena de ejemplos de gente cabal que acaba mentalmente hundida a pesar de no haber hincado nunca las rodillas, personas virtuosas y dignas de elogio autoras de gestas extraordinarias que ven cómo sus nombres son relegados a las últimas páginas de los libros que luego estudiarán en los

colegios, esas mismas páginas que nadie acaba leyendo porque no les da tiempo y buscan el resumen más resumido en la Wikipedia. En su lugar encontramos, sin excepción, a un grupo bastante nutrido de trepas y parásitos que se apoyan los unos a los otros en su afán por chupar de la teta hasta la última gota, mediocres sinvergüenzas que, cuando quede poco que chupar, no dudarán en acuchillarse entre ellos en una pelea fratricida hasta que sólo quede uno, y el que quede en pie, que casualmente suele ser bajito, será el que escriba esos libros escolares.

Si eso pasa en las grandes esferas, no podemos ni imaginar lo que sucede en las cloacas, donde la gente se comporta como ratas.

O en el día a día de la clase media, entendiéndose como clase media un abogado mediocre que se muerde la lengua ante un "*ya te pagaré*".

Eso hasta que te das cuenta de que la derrota es otra cosa.

Derrota es no ser capaz de darle la vuelta a la movida y no poder quedarte a gusto rompiéndole los huesos a un puto malnacido que se ha pasado de listo creyendo que no harías nada si abusaba de tu confianza. Derrota no es dejar que crean que eres demasiado buenazo para reclamar lo que te mereces, sino darles la razón no haciendo nada para demostrar que no eres tan bueno como ellos creían, entendiendo la palabra "bueno" como sinónimo de "tonto". Derrota es dejar pasar la posibilidad de devolver la moneda, aunque la devuelvas varios años después, pero la devuelves, que es lo que importa. Derrota es no darte cuenta de nada de eso y no hacer nada para ponerle remedio.

Y qué queréis que os diga, en ese momento, allí, de pie delante de *el gilipollas*, con sus llantos y sus manos de boxeador que ya no podrían usarse para boxear nunca más, ni siquiera para coger un puto tenedor, me sentía cualquier cosa menos derrotado.

A tomar por culo lo de ser Sparring.

“Míranos”, le dice Cidadano Z.

El gilipollas se sienta sobre sus rodillas sujetándose los brazos como puede. Sus manos parecen las del delincuente que acaba empotrado contra el depósito de productos tóxicos en la película “Robocop”, flácidos colgajos de pellejo y sangre. Levanta la cabeza y veo lágrimas resbalando por sus mejillas. Sus ojos desorbitados, desencajados y casi salidos de sus cuencas denotan pánico, rabia, dolor, desesperación y odio.

“Mírale”, insiste Z. “No le conoces, nunca ha estado aquí, no sabes quién te ha atacado y no lo vas a saber nunca por mucho que te pregunten.”

La cara de cordero degollado de *el gilipollas* se ensombrece por momentos.

“Porque si alguna vez tienes la tentación de recordar esta cara y esta noche, te garantizo que lo lamentarás: a mí no me conoces. Volveré a por ti y pego más fuerte que él”.

Le dejamos allí tumbado bajo las gotas de lluvia, con sus putas manos de mierda y su incertidumbre y su no saber cómo iba a explicar qué le había ocurrido mientras que en mi cabeza vuelve a cambiar la música y una jovencísima y apetitosa Diane Lane salida

de “Calles de fuego” se pone a hacer playback con la voz de Laurie Sargent interpretando “Tonight is what it means to be young”.

28. GENTE CHUNGA

Los viandantes se apartan a su paso.

Le ven acercarse, viniendo de frente, y se cambian de acera porque tiene pinta de gente chunga y a la gente de bien no le gusta la gente que no parece de bien e incluso tiene miedo de ese tipo de gente y de lo que esa gente que no parece de bien podría hacerle. Cuando llega a su altura, apartan la mirada y se dicen cosas triviales entre ellos para que no se note que estaban pendientes de él y de si de repente iba a saltar de una acera a otra con una navaja en la mano y les iba a pedir amablemente que colaborasen de forma generosa y altruista con la financiación de sus vicios, léase, drogas, alcohol y libros sobre cómo hacer bombas caseras, pero sobre todo drogas. Él lo sabe y se dibuja una sonrisa sardónica en su cara cada vez que sucede. Ciertamente, ocurre tan a menudo que hace años que perdió la cuenta y, más que darle igual, le divierte, aunque otras veces, las pocas, cuando está de mal humor… Tiene poca paciencia en esos momentos.

Esta noche sale del bar un poco antes de las tres de la madrugada. Es un garito donde se junta gente que parece tan o más chunga que él, aunque hay quien parece menos chunga también, y en el que la gente de bien entra de puntillas cuando no encuentra otro sitio donde mear y no tiene más remedio y mea y se va sin consumir aunque sea una triste cerveza sin alcohol y el dueño les mira y dice “Fuck off!” lo suficientemente alto para que le oigan todos y esa persona de bien que está saliendo de forma precipitada

del establecimiento antes de que alguien crea que es más interesante partirle la cara sin motivo alguno que disfrutar de la cerveza fría que tiene en la jarra mientras ve los mismos vídeos musicales que ya vio la semana pasada y la otra y también la anterior.

No ha bebido mucho, así que no se va tambaleando y es plenamente consciente de todos sus actos y de los del resto del mundo a su alrededor. Hace frío y se abrocha la chupa de cuero.

No hay nadie en la plaza mayor cuando la atraviesa. Ha llovido y el suelo todavía está mojado, así que pisa con fuerza y con cuidado para no resbalar y volver rodando a la casilla de salida.

Un coche de la policía local entra en la plaza por la cuesta del Ayuntamiento. A pesar de haber metros y metros de plaza y espacio de sobra, pasan a su lado muy despacio y los dos agentes que hay dentro le miran de arriba abajo. Él no se inmuta y sigue andando.

En la calle San Pedro, antes de llegar al Gran Teatro, ve cómo otro coche de la policía local sale de la Calle Clavellinas y enfila en su dirección por zona peatonal. Al acercarse se da cuenta de que es el mismo vehículo con los mismos agentes, que le vuelven a mirar de arriba abajo. Él no se inmuta y sigue andando.

En el Paseo de Cánovas, al lado del local donde una vez estuvo el Cine Coliseum, vuelve a suceder. El coche patrulla está aparcado con las luces encendidas junto a la acera por la que él tiene que pasar.

Esta vez se acerca al coche, ahí parado como quien no quiere la cosa, se agacha un poco para poder ver a los policías y que los policías le vean a él.

¿Buscan a alguien que se parece a mí, agentes?

Los dos hombres le miran de forma inexpresiva.

Circule usted.

Ya en casa, él duerme a sus anchas mientras los policías la pasan buscando gente que parezca chunga a ver si un cruce de miradas les dice que, además de tener mala pinta, también tiene algo de ocultar. Vamos, como siempre.

29. ORACIÓN AL TRUENO

Cada vez que hay tormenta, rezamos.

Ya sea en días de verano, ya en los crudos inviernos.

Empieza con un rumor lejano. Un retumbar de tambores desacompasados que poco a poco se va acelerando y acercando mientras el cielo se oscurece.

Mi abuela, asomando la cabeza por la ventana de su casita de una planta, nos llama a gritos y nos hace entrar, cerrando con llave, corriendo las cortinas y reuniéndonos a todos en el salón.

Miro a mi alrededor y veo a mis hermanos y primos sentados en las distintas sillas de la estancia, al igual que lo estoy yo, mientras mi abuela permanece hundida en un sillón orejero, donde se ha dejado caer. No sólo ha apagado la luz, sino que directamente ha cortado la corriente.

La tormenta se acerca imparable mientras su rostro se ensombrece al mismo nivel que el cuarto, hasta que la naturaleza ruge y descarga sus latigazos de luz justo sobre nuestras cabezas, colándose por los huecos de las cortinas e iluminando nuestras caras. La casa parece temblar.

En la penumbra, empieza a rezar. Es siempre una letanía monótona y repetitiva. Agacha la cabeza y ora. Como no hacemos lo mismo, se detiene y nos ordena seguirla.

Así, todos juntos conjuramos la tormenta, logrando que se vaya alejando con sus explosiones y sus fogonazos, hasta que la oscuridad deja paso de nuevo a la luz.

Es entonces, y sólo entonces, cuando nuestra abuela nos permite salir a la calle a seguir jugando, satisfecha de haber esquivado a la desgracia, contenta de evitar que, por incautos, nos parta un rayo.

Paso por el zaguán, atravieso la puerta y la luz, que ha vuelto al mundo, me da de lleno. La carne me brilla, me pica, me escuece, como cortes de cuchilla bañados con alcohol. Me arde como si me hubiesen marcado como a una res. Me miro y creo adivinar dibujos torcidos en mi piel, pero a medida que me voy acostumbrando a la luz compruebo que mi visión me ha jugado una mala pasada.

Todavía no lo sé, pero es sólo cuestión de tiempo.

30. SUERTE

Al amanecer del segundo día tampoco vino nadie a buscarme.

Desperté antes de que sonase la alarma del reloj, me duché, me lavé los dientes, me puse traje y corbata, salí a la calle con el perro, dimos un paseo, hizo sus necesidades, abrí el despacho, le hice entrar, cerré el despacho, bajé a la cafetería de al lado, me tomé un café y leí la prensa, volví al despacho, revisé los mensajes y llamadas perdidas dejados en el contestador y en el móvil, tomé nota de las llamadas que tenía que devolver y personas a las que explicar que no había dado señales de vida el día anterior porque me puse muy malo con fiebre y todo, menos mal que no tenía señalamientos ni plazos urgentes, revisé el correo electrónico, eliminé los emails que era spam y descargué y ordené los de trabajo, salí del despacho y regresé a la cafetería, me tomé otro café mientras miraba de reojo a una chica que trabajaba en una tienda del barrio, tenía una cara preciosa y le habría dicho algo si no supiese que estaba casada y tenía un hijo, aunque lo del hijo no me importaba pues a veces empezar una relación con una madre tiene ventajas, como que no tienes que pasar por tantas noches sin pegar ojo ni cambiar pañales ni educar a un chaval o chavala porque en algún lugar a veces indefinido del mundo ya tiene un padre al que llamar papá y esa no es ni tu tarea ni tu misión, así que le di la espalda a la chica de cara preciosa que se está tomando café a mí lado y pasé de intentar nada porque no se había divorciado en los últimos dos minutos y seguía teniendo

marido, y eso sí era un problema para mí, por lo que en cuanto acabé el café y estuve de vuelta al despacho ocupé el resto de la mañana con tareas puramente administrativas, llamé a las personas que tenían cita el día anterior y reorganicé la agenda, redacté un par de emails, hice otro par de escritos sin mucha relevancia, apagué los ordenadores y me planté en el bar de la esquina donde pedí primero un vino y luego varios más mientras hablaba con el dueño, el cocinero y algún que otro habitual mientras escuchaba Rock FM y a veces hasta tarareaba e incluso cantaba alguna que otra canción mientras pedía otro vino y me ponía a hablar con una jovencita que podría ser mi hija y como la charla era agradable y se alargaba decidí no comer y pedir otro vino y luego otro más, hasta que se hizo demasiado tarde y comento que mi perro tiene que salir de paseo, así que la chica decide acompañarme porque quiere conocer a mi perro, que es muy “salao” y tiene hasta página de Facebook, vamos a mi despacho, recogemos a mi perro y lo paseamos por el parque, y en un momento determinado del paseo acerco mi boca a la suya y ella se aparta y yo me disculpo porque estoy muy borracho y hace rato que no sé qué coño estoy haciendo y ella dice que no pasa nada, que lo he hecho porque me ha salido así y que se siente halagada pero que está colada por otro tío de su edad y que no le interesan los sugar daddies y que espera que lo que acaba de pasar no haga que la trate de manera distinta a como lo estaba haciendo porque tengo una charla variada y entretenida y que mi perro también es muy mono, y se acaba el paseo y llevo a mi perro de vuelta al despacho y decido que es hora de que tome café así que me planto otra vez en el bar de la esquina, donde está la

chavala que hace un rato me ha hecho la cobra, pido ese café y lo bebo pausadamente mientras la observo, sentada a una mesa con dos taburetes, hablando con otra chica que digo yo que será su amiga porque se ríen y charlan de forma animada, y cuando acabo el café me entran ganas de dormir un poco, así que me levanto con tan mala suerte que cuando lo hago toco con el hombro el borde del marco de un espejo que hay en una de las paredes y el marco y el espejo se descuelgan y cae golpeando el suelo estrepitosamente y el cristal se rompe en mil pedazos que salen despedidos por toda la estancia sin que afortunadamente corten a nadie y el dueño y el cocinero y los clientes habituales me miran y me dicen al unísono que romper un espejo equivale a tener siete años de mala suerte y yo me río porque después de diez años de mierda otros siete no son nada y me voy riéndome hasta llegar por enésima vez al despacho, donde me dejo caer en el sofá, con mi perro tumbado a mis pies, hasta que me despierto y veo que han pasado dos horas y media y que toca irse a casa, por lo que cierro el despacho y en vez de coger el camino directo doy un rodeo por el parque para que el perro haga sus necesidades, cosa que hace, y tras hacerlas me mira con cara de pensar que soy muy lento y además me tambaleo y se pone a andar delante de mí camino de casa porque sabe que en cuanto lleguemos le voy a poner comida y agua en sus respectivos cuencos y es precisamente eso lo que hago y el perro come y bebe y luego pasa de todo y se va a su sofá a dormir lo que pueda y más, que es lo que debería hacer yo dado mi estado, pero como creo que es demasiado temprano para meterme en la cama me desnudo y me meto en la ducha y abro el grifo y dejo que el agua caiga sobre mí y eso

hace que me espabile un poco y me entren ganas de meterme en la cama pero no solo, por lo que cierro el grifo, salgo de la ducha, me seco con la toalla, me pongo la bata y voy hasta el salón donde cojo mi cartera, la abro y saco una tarjeta que alguien que sabía de estadística dejó en el parabrisas de mi coche y en los parabrisas de todos los coches de mi calle, que eran muchos, la miro y leo que ofrecen masajes orientales veinticuatro horas al día con salida a domicilio por cien euros más taxi y pienso en Texxas y en que me están entrando ganas de resarcirme y también pienso en otra mujer en concreto y me miro las cicatrices y vuelvo a pensar en esa otra mujer y en que me gustaría llamarla a ella pero como aunque pueda hacerlo ni debo ni voy a hacerlo, decido llamar al teléfono de la tarjeta pero no con mi móvil porque no quiero que se asocie mi número a restaurantes de comida china a domicilio, más aún cuando no sabes quién está escuchando ni quién puede guardar el número y no sé si en algún momento de mi vida me voy a dedicar a otro tipo de vida pública en la que a algún rival le interese sacar trapos sucios contra mi persona, aunque realmente dudo que me llegue a dedicar a la vida pública porque ya tengo trapos sucios suficientes sin necesidad de incluir éste, así que me pongo unos calzoncillos, unos vaqueros y una sudadera y voy a salir a la calle y me acuerdo de que tengo algo metido debajo de la cama, por lo que lo saco de debajo de la cama y lo meto en una bolsa negra de plástico para basura porque en ese tipo de bolsas no se ve lo que hay dentro y nadie va a saber que ese algo que acabo de guardar es la ropa de la noche en la que jugué al béisbol, y ahora sí salgo a la calle y tiro la bolsa al primer

contenedor que pillo sabiendo que si me buscan es probable que también curioseen en el lugar donde es casi seguro que tire la basura pero me da un poco igual porque eso de las probabilidades ahora mismo me la suda y busco una cabina telefónica pero no hay cabinas telefónicas porque todo el mundo tiene móvil y ando un rato hasta la estación de trenes donde resulta que sí hay un teléfono público por lo que lo uso y llamo y tras dar tono y sonar tres veces me contesta una voz de mujer que habla un castellano sin erres y bien podría haber encargado arroz tres delicias, sushi y pollo al limón, pero en su lugar pido uno de esos masajes orientales que anuncian que vendrán acompañados de una oriental que ojalá sea joven y mayor de edad y doy mi dirección y cuelgo y vuelvo a casa y voy a la cocina y abro una botella de vino y espero en el salón, sentado en el sofá, viendo una película ochentera de vampiros que no ha soportado muy bien el paso de los años mientras degusto el vino hasta que llaman al portero automático y me levanto y abro y espero a que el ascensor llegue a mi planta y a que toquen al timbre y que ningún vecino vea quién viene porque es más probable que piensen que me están trayendo comida a que me haya echado un ligue oriental pero luego se fijarían en que no trae recipientes en bolsas blancas y empezarían a dudar sobre qué tipo de especialidad alimenticia me gusta, y antes de que esto suceda abro la puerta y me encuentro cara a cara con una mujer de pelo negro, liso y corto a la altura del cuello que por la cara podría tener treinta o treinta y cinco o cuarenta o cuarenta y cinco años con un anorak gris, embutida en unos vaqueros negros que acaban en unos zapatos de tacón negros, le

digo hola, me dice hola, la hago pasar, cierro la puerta, se quita el anorak y bajo el mismo lleva un top también negro, da dos pasos y se para cuando mi perro viene trotando por el pasillo y se le queda mirando, mando a mi perro de vuelta al salón y yo también voy al salón y ella me sigue, hago que el perro se tumbe en su sofá y el perro observa cómo ella deja el anorak en la silla que le indico, y nos sigue mirando cuando le pregunto cuánto es y ella me dice que cien euros más veinte euros más del taxi, que son veinte euros porque incluye ida y vuelta, saco la cartera, le doy los billetes, los cuenta y los guarda en un bolsillo del anorak y me pregunta por el servicio, le digo que me siga y me sigue y ya en el servicio se quita el top y no tiene sujetador y lo entiendo porque tiene unos pechos pequeños, diminutos, con unos pezones oscuros que parecen gominolas que no necesitan sujetador que los sostengan, y eso me gusta y siento que me empiezo a empalmar y ella se sigue desnudando y se quita los zapatos de tacón y los vaqueros ajustados y el tanga también negro y veo que está depilada y me hace un gesto para que me desnude así que lo hago y me señala el bidé pero yo le indico la ducha y ella asiente y se mete en la ducha y yo también me meto y cojo una esponja y le echo gel y abro el grifo y nos mojamos y ella me coge la esponja espumosa de las manos y se frota las tetitas y el coño y me frota la polla y el culo y la raja del culo y yo le señalo mi pene erecto y ella se arrodilla en el plato de ducha y se mete mi pene en la boca y empieza a chuparlo y me alegro de que esta vez sí que se me levante, no como cuando conocí a Texxas, y disfruto con su buen hacer y se traga mi polla entera, lo cual no es muy difícil,

y cuando está haciendo una buena garganta profunda todavía es capaz de sacar la lengua y lamerme los huevos y eso me pone más cachondo todavía y me entran ganas de penetrarla, por lo que le doy dos golpecitos en el hombro para que me mire y cierro el grifo, se incorpora, nos secamos y la llevo a mi dormitorio y me tumba en la cama y continúa chupándomela y durante unos segundos le agarro la cabeza y la empujo hacia abajo mientras me impulso hacia arriba y se atraganta pero no deja de chupar y cuando me da unas palmaditas en el muslo la suelto y dice las palabras “con don” pero no así exactamente y abro un cajón de la mesilla y saco un condón y se lo doy y lo abre y lo saca, me lo pone y se sienta encima de mi polla y empieza a moverse y me hace tra tra y dos quiebros de cadera bien dados y le cojo los pechos con las manos y los lamo y los estrujo y los aprieto y me caben enteros en la boca y es como si en cualquier momento fuesen a despedir un zumo fresco y ácido y cuando me quiero dar cuenta me estoy corriendo y le estoy diciendo que no necesito un masaje cuando me lo ofrece y me quito la goma, le hago un nudo y la dejo en el suelo a un lado de la cama y volvemos al cuarto de baño y nos volvemos a meter en la ducha y me vuelve a dar con la esponja y se vuelve a dar con la esponja y me entran ganas de mear y por un momento pienso en ponerla otra vez de rodillas y mearle las tetitas pero no se lo digo y no lo hago porque aunque sea una opción interesante me parece excesiva, así que nos secamos y yo me pongo una bata mientras ella se viste y volvemos al salón donde mi perro nos sigue mirando desde su sofá y coge el abrigo y comprueba que el dinero que le había dado sigue en el bolsillo y la guío hasta la

puerta y nos decimos adiós y cierro la puerta y pienso que ahora los chinos saben dónde vino, que no tienen mi número de teléfono pero siguen sabiendo dónde vivo, además de lo que acabo de hacer, incluido lo que me gusta hacer y que me hagan y cómo me gusta hacerlo y que me lo hagan y eso que esta vez he sido muy tradicional. Saben que tengo tatuajes y cicatrices que sólo puede causar un rayo y también saben el tamaño de mi pene, saben que tengo perro y que el perro tiene sofá propio, saben que pago en efectivo y que en mi ducha caben dos, y sabiendo estas cosas no es difícil que tarden en conocer mis rutinas y en descubrir ese número de teléfono que no quiero que sepan porque al fin y al cabo son chinos y están en todas partes y así, de este modo, cuando vaya a China, si es que alguna vez voy a China, que no me importaría porque China está lleno de chinas y las asiáticas me siguen poniendo cachondo, me obligarán a instalar una app espía en mi terminal y tendrán mi careto incluido en su inmensa base de datos del segurísimo que tienen sistema de reconocimiento facial y mandarán a alguien a mi habitación de hotel después de que me la haya chupado alguna de sus fieles seguidoras al partido para pedirme amablemente que empiece a trabajar gratuitamente para sus compatriotas que residen en Cáceres primero asesorando jurídicamente en temas mercantiles y después, si hace falta, en los tribunales caso de que algún administrador de alguno de sus negocios no tan mercantiles se haya desviado un poquito de lo podríamos llamar el modo convencional en el que se tienen que llevar los negocios mercantiles y no mercantiles, y me lo pedirá con sumo respeto, a lo que me negaré porque no trabajo gratis,

pero me recordará que una vez llamé a una china desde un teléfono público y esa china vino a mi casa y me hizo tra tra y que después de irse de mi casa se fue a uno de sus restaurantes y allí un médico chino que se hace pasar por cocinero chino sacó de su boca, sus pezones y su vagina muestras de mi ADN mediante un sofisticado método que no existe aún en España, muestras que conservaron guardadas en la cabina refrigeradora del restaurante con muestras de ADN de otros puteros y de todas esas parejas y familias que van a comer allí porque es barato sin olvidarnos de todos los que piden comida a domicilio y pagan con billetes y así igual en todos los restaurantes y lupanares chinos, y que si no aceptaba ese trabajo de voluntario usarían mi ADN congelado para clonarme y agilizar con otra nueva técnica el crecimiento del clon hasta que en tiempo récord tuviese mi apariencia de edad y fuésemos iguales no sólo en cuerpo sino también en mente y conocimientos porque los métodos chinos de aprendizaje son la hostia de efectivos y cuando el clon estuviese listo mandarían al más mindundi de la menos poderosa de sus triadas a despacharme y hacerme desaparecer como si fuese un gato callejero habiendo elevadas posibilidades de que acabase en estómagos ajenos y el clon ocuparía mi lugar y se dedicaría a trabajar gratuitamente para los chinos residentes en Cáceres primero asesorando jurídicamente en temas mercantiles y después, si hacía falta, en los tribunales caso de que algún administrador de alguno de sus negocios no tan mercantiles se hubiese desviado un poquito de lo que podríamos llamar el modo convencional en el que se tienen que llevar los negocios mercantiles y no mercantiles, pero para qué llegar a ese extremo

si es más fácil, cómodo y sobre barato que todo eso lo haga el original, y teniendo en cuenta que valoro, aunque poco, mi cuello, sé que acabaré aceptando, pero para eso queda mucho todavía, por lo que regreso al presente justo al momento en que la china se ha ido de mi casa y cierro la puerta y vuelvo al salón pero no sin antes volver al dormitorio a recoger el condón y tirarlo a la basura y cuando por fin estoy en el salón me sirvo otro vaso de vino mientras mi perro me mira desde su sofá y me lo bebo y me sabe a gloria porque la polla y la cabeza me han funcionado y no como cuando estuve con Texxas y además no ha venido nadie a buscarme por lo que hice hace ya dos noches y eso es un alivio muy grande porque tengo la extraña y agradable sensación de que la mala suerte que me perseguía parece haberse detenido aunque sea un rato y la mala suerte por haberme cargado un espejo parece no haber llegado.

31. VERDADES INCÓMODAS

Es un hecho verídico que unas Navidades hace ya bastante años un grupo de personas desplegó una pancarta en una abarrotada Puerta del Sol y que muchos viandantes se tomaron a mal lo que ponía y exteriorizaron su malestar agrediendo verbal y físicamente a los transgresores.

En la pancarta se podía leer que “los Reyes Magos son los padres” o algo así.

Y es que hay verdades tan incómodas para nuestras costumbres, creencias y tradiciones que hay quien mataría y mata para que nunca salgan a la luz.

Como aquella otra Navidad que Amunike (le llamaremos Amunike porque no hay cristiano que sea capaz de escribir o pronunciar correctamente su verdadero nombre, y muchos menos las dos cosas), un negrito poco hablador que se dejó la simpatía en su país de origen y que vivía en una caseta de dos metros cuadrados sin luz ni agua en Fuente Concejo y que se ganaba la vida con la chatarra, se encontró en un contenedor de la basura un disfraz de Papá Noel, se lo puso y se paseó por la ciudad sin decir un solo “Ho Ho Ho” hasta llegar al bar donde trabajaba la blanquita de diecinueve años de la que estaba enamorado. Entró, pidió en su nefasto castellano una cerveza y antes de que pusiese varias monedas en la barra las personas que había a su lado se apartaron porque Amunike olía francamente mal, cosas de no tener agua en la caseta de dos metros cuadrados en la que hemos quedado que vivía y no es plan de

que se bañe en las sucias aguas del riachuelo que recorre Fuente Concejo.

La chavala blanquita de diecinueve añitos le puso la cerveza y mostró una sonrisa forzada por exigencias del guion y cuando fue a recoger las monedas el negrito extendió la mano para tocar sus dedos.

Ella retiró el brazo como si le hubiese picado un alacrán y los parroquianos, que estaban tensos, se pusieron más tensos todavía.

El negrito bebió un sorbo de la cerveza y todo se podría haber quedado ahí si no hubiese sido porque en ese momento entraron tres Reyes Magos, y bien es sabido que los Reyes Magos y Papá Noel no se han llevado bien en la vida, sobre todo cuando los tres Reyes Magos son blanquitos y el que hace de Baltasar no se molesta en pintarse la cara porque no está científicamente demostrado que hubiese un Rey Mago negro, aunque cree a pies juntillas que los Reyes eran unos magos cojonudos y que seguían a una estrella por GPS mental y obvia el hecho empíricamente probado de que nadie que tenga oro se va a recorrer miles de kilómetros dejándose el culo entre las jorobas de un camello de mierda para acabar regalando ese oro a un puto niño que no va a llegar a viejo para disfrutarlo, entre otras cosas porque ese oro probablemente se lo fundan los padres en hachís, que Belén tiene pinta de parecerse a cualquier ciudad de Marruecos y en Marruecos tienen tanto excedente que lo exportan con catapulta a España, que el

estrecho de Gibraltar no se llama estrecho por nada y con una catapulta les sobra y basta. Así, a la antigua usanza.

Y a pesar de todo eso todavía se podría haber quedado ahí si no hubiese sido porque además de ser tres Reyes Magos blanquitos que no creían en Reyes Magos negritos, uno de ellos, el Baltasar blanquito, era, para más inri, el padre de la hermosa blanquita de diecinueve añitos y los parroquianos tardaron nada y menos en contarle al oído que el Papá Noel negrito había estirado la mano para tocarla lascivamente, lo que hizo que el Baltasar blanquito entrase en cólera, gritase que este bar es mío y hueles a camello y a mi hija no la toca un lapón de mierda y se liase a dar de hostias con un taburete al Papá Noel negrito, siendo tan brutal el escándalo que alguien tuvo que llamar a la Policía porque veía venir que esa noche no le iban a dejar regalos en los calcetines.

Así pues, llegó la Policía, primero los locales y luego los nacionales, y ninguno de ellos entendía qué coño hacían por la calle tres Reyes Magos blanquitos un veinticuatro de diciembre, hasta que les explicaron que habían decidido salir así vestidos para reivindicar las sagradas tradiciones españolas frente a las banales exportaciones porque los niños exigían sus regalos no la noche del cinco de enero como había sido toda la vida sino esa puta noche, y eso no se no puede permitir, y que todo era culpa del Papá Noel negrito porque olía mal y le habían pedido que se fuese del bar y el negrito se había negado y se había puesto agresivo y había llegado hasta a sacar una navaja que ahora no aparece por ningún lado y había cogido a la hija del Baltasar

blanquito y le había puesto la navaja que ahora sigue sin aparecer por ningún lado en el cuello y había intentado violarla hasta con ropa allí delante de todo el mundo porque el whatsapp es un arma que la carga el diablo y claro, el padre Baltasar blanquito, viendo a su tierna y bella hija blanquita de diecinueve años en peligro, tiró de instinto de protección y cogió lo primero que pilló, o sea, un taburete, y lo descargó varias y repetidas veces, eso sí, sin saña, que no sabemos qué tiene que ver esa comida en todo esto, contra la cabeza del Papá Noel negrito y ahí le tienen ustedes, señores agentes, descalabrado en esa esquina para que se lo lleven esposado y sin que ofrezca resistencia, aunque eso sí, peazo navaja llevaba el joío, seguro que algún compinche suyo se la ha llevado sin que nos diésemos cuenta, que había mucho barullo.

Así que se lo llevaron a comisaría y al día siguiente le pasarían a disposición judicial no sin antes pegarle cuatro manguerazos a lo First Blood, que va hasta a agradecerlo la mofeta tostada ésta y siempre tras haber tomado declaración a la preciosa chavala blanquita de diecinueve años, que va a corroborar sin fisuras palabra por palabra todo lo que ha declarado su padre porque le han dicho bien clarito lo que tiene que contar y no esa verdad que sólo ella y el negrito que vive en una caseta de dos por dos metros cuadrados conocen, y es que un día él estaba recogiendo chatarra y ella se estaba fumando un cigarro y él le pidió uno y ella se lo dio y se pusieron a hablar y a ella le dio morbo saber si era verdad eso que se decía de los negritos porque ya hemos dicho que el whatsapp es un arma que la carga el diablo y

ya todo el mundo se piensa que todos los negros, tengan whatsapp o no tienen la misma herramienta, y así se pasaron varios meses dándole que te pego de rodillas porque tumbados no cabían en la caseta de dos metros cuadrados y era un secreto que ella quería seguir manteniendo en secreto y por eso le apartó la mano cuando se presentó esa nochebuena en el bar, porque ella no se iba a ir ni formal ni legal ni visiblemente con un negrito, que su padre era mucho padre y que sí, que la canción de Albert Pla era muy bonita, pero que aquí ser buena gente no tenía nada que ver y que sí, que el negro tenía un pollón.

Y es que hay verdades tan incómodas para nuestras costumbres, creencias y tradiciones que hay quien mataría y mata para que nunca salgan a la luz, como que ese bar estaba maldito, no sólo por el Papá Noel negrito de polla larga que se trajinaba a la preciosa blanquita de diecinueve años hija del dueño y que si la gente se entera va a decir que es mentira porque esas cosas no pasan en el primer mundo, sino porque un parroquiano, tiempo atrás, había puesto una bomba en Madrid y la había palmado por novato, así que tocaba callarse que los bares malditos se acababan quedando sin clientela, sobre todo si ponen reguetón.

32. ALGO PARECIDO A BREAKING BAD

Hay placer en eso de cruzar la línea porque una línea es el límite de algo y a veces pasarse de la raya mola.

Joder, hay líneas en todas partes.

Ya nada más nacer las líneas del peso marcan lo mucho que hemos engordado en la tripa de nuestras madres y las líneas del biberón determinan cuánta leche podemos tomar antes de estar oficialmente atiborrados y morir de empacho como si fuésemos tiernos corderitos a los que el pastor ha dejado chupar tetilla más de la cuenta.

Nuestra infancia está llena de líneas pintadas con tiza en el suelo de las que no podemos salir, ni nuestros pies ni nuestros bolindres, porque si lo hacemos perdemos el juego y los bolindres. También hay líneas en los cuadernos de caligrafía y pintura de las que también debemos respetar porque estamos aprendiendo y aprender es bueno y si no queremos aprender o aprendemos mal un señor muy malo, con bigote estilo Aznar, nos va a suspender y jamás seremos personas de provecho y tampoco nos traerán regalos los Reyes Magos.

Si eres de los que ya ha sobrepasado el cincuenta por ciento de su expectativa de vida es más que probable que en tu adolescencia te hayas dejado la vista juntando todas las líneas codificadas del Canal Plus porque contaba la leyenda que si las veías como un conjunto podías contemplar lo que sin duda eran

culos y tetas y falos entrando en vaginas. Aunque aún no hubieses visto nada de eso en persona, tenía que serlo. Al principio siempre dudabas, porque aunque esos ruidos chirriantes que acompañan a las líneas en movimiento efectivamente parecían gemidos, tu subconsciente los asociaba a esas visitas a la residencia de ancianos a ver a la bisabuela, donde los pasillos estaban llenos de sonidos guturales que se escapan de las distintas habitaciones. Por entonces fantaseabas con que toda esa gente mayor se estaba convirtiendo en zombis, pero después, cosas del crecimiento, comenzabas a asociar también los gemidos a vaginas penetradas por falos y acababas aprendiendo a masturbarte y descubrías que tú también gimes cuando te tocas la pilila y no sólo cuando te duele algo.

Finalmente, la mayoría de edad. Ahí sí que hay líneas. Líneas en la cantidad de normas de todos los colores que tienes que acatar por el mero hecho de ser un supuesto adulto, porque si te pasas de la línea no cobrarás el sueldo con el que pagarás todos tus caprichos y el coche y la casa que compartes con quien sea ni los pañales del bebé que has tenido con quien sea y las demás facturas y las líneas de farlopa, que por mucho que te guste tampoco te puedes pasar de la línea metiéndote más de la cuenta porque en nada que canta un gallo te vas para el otro barrio echando leches dejando a quien sea llorando y ahí, en el otro barrio, también hay una línea, pero esta línea parece ser infranqueable porque hasta ahora, que se sepa, descontando a esos suertudos que son reanimados con masajes cardíacos, con

desfibriladores, con milagros y hasta con soplitos, nadie ha podido volver.

Así pues, entre líneas anda el juego.

El problema surge cuando no te gustan las reglas de ese juego, aunque para que no te gusten primero tienes que ser consciente de que estás jugando, algo de lo que no es casi nadie. Vamos por la vida levantándonos cuando suena el despertador del móvil y acostándonos condicionados por la hora a la que nos vamos a tener que volver a levantar cuando suene, otra vez, ese mismo despertador del móvil. Nada de abrir los ojos cuando sale el sol y de meterse en el catre cuando se pone, a la antigua usanza, como hacían nuestros antepasados. Maldito el descubridor del reloj y de los despertadores y de las alarmas de los móviles porque nos ha hecho ir contra natura.

Vamos por la calle haciendo las cosas como se supone que tenemos que hacerlas, porque alguien nos dijo que las cosas se hacían así y asá y porque está escrito con buena letra en un montón de libros llenos de líneas y si no las hacemos del modo estipulado somos ovejas negras y unos antisociales y háblale bien a la señora mayor que sin ser tu abuela ni estar impedida ni tener artritis ni dolores se quiera ahorrar un paseo y te ordene que vayas a por un litro de leche porque no le da la gana de ir ella misma y tampoco va a mandar a su nieto, que casualmente está a tu lado, porque su nieto es demasiado guapo y demasiado listo para gastar su tiempo de ocio en mover el culo hasta la tienda y ayudar a la hija de la gran puta de su abuela y está destinado a grandes

cosas en el futuro, como por ejemplo maltratar a otros compañeros de clase. Si no le hablas bien a esa señora y no vas a por el litro de leche va a venir tu padre y te va a pegar una colleja y te va decir que hay que tener respeto a las personas mayores incluso cuando se aprovechen de ti y no te den ni las gracias ni propina. O háblale mal a tu profesor, por mucho que tenga bigote estilo Aznar, o discute sus directrices en clase y quéjate a tu padre cuando te haya puesto mala nota por copiar en el último examen, que también vendrá tu padre y te pegará ora colleja, o no, que a veces las líneas se mueven de forma misteriosa y hay padres que parecen haberse pasado de la línea en eso de la farlopa.

Es entonces, cuando otras personas borran las líneas que tú creías sagradas y las pintan donde les sale de los santos aparatos urinarios y reproductores, cuando te das cuenta de que no todos estamos jugando al mismo juego y que, dependiendo de quién seas o creas que eres o crean que eres, las líneas, sean de la índole que sean, no valen un pimiento y que el juego de tu vida no es el mismo juego de la vida de otros y que aunque alguien a quien no conoces puso y sigue poniendo líneas para que nadie se salga del redil, el seguirlas, si te importan un bledo las multas, sanciones, reproches, recriminaciones, miradas aviesas desde el otro lado de la barra, que se te eche encima Hacienda o te envíen a un chabolo, es potestativo y no preceptivo.

Cuando comprendes eso, eres libre para elegir qué línea respetas, cuál no, y por qué.

Entre líneas anda el juego y hay juegos a los que ya no te gusta jugar, sobre todo esos juegos en los que los demás han hecho trampas y esas trampas te han afectado, lo cual te da licencia absoluta para bajarte los pantalones y mear sobre esa línea dibujada en la tierra hasta que se borre totalmente y sólo quede barro. Sí, lo propio es que ya que has llegado hasta este extremo, cojas un poco de ese barro y se lo untes en la puta cara de mierda al mierdas de turno. Te insistirán en que hay otras líneas que no puedes cruzar, que el que te hayan hecho trampas no significa que te tengas que tomar la justicia por tu mano, que para eso hay otras líneas que te guían por el camino correcto. En ese camino hay otras personas, con líneas diferentes y límites más lejanos de lo habitual, generalmente gente con uniforme y cargos públicos, que determinan cuánto se ha pasado de la línea el mierdas y si procede dibujar nuevas líneas, inclusive físicas, a modo de sanción por haberse saltado los tratados internacionales de convivencia e interactuación entre humanos. Si sigues esas líneas, te dicen, a veces se hará justicia. Otras no.

Pero… ¿Quién coño está hablando de justicia cuando de lo que se trata es de venganza?

El odio es un combustible que arde de puta madre y cuando has prendido fuego a la manta con la que se arropa quien antes te la ha liado… Sienta tan bien que es imposible resistirse a repetir.

Así que me bajé los pantalones, me bajé los calzoncillos, me agarré la picha, apunté hacia la línea que había dibujada en el suelo justo delante de mí y meé hasta hacerla desaparecer. Joder,

hasta hice fuerza para que el chorro saliese disparado con más intensidad.

Una vez borrada, di un paso primero y luego dos hasta que mis pies estuvieron en el otro lado. No sentí nada raro, no vino nadie a decirme que qué coño acababa de hacer ni nada de eso. Es como cuando te cuentan que si no te duermes la siesta va a aparecer, buscándote, el hombre del saco y te tiras toda la infancia cerrando los ojos por la cuenta que te trae, hasta que una tarde no eres capaz de dormir por mucho que lo intentas y ves pasar los segundos cada vez más acojonado y estás pendiente de las sombras que nacen y mueren al otro lado de la ventana, tras la persiana y las cortinas medio echadas, convencido de que un tío muy feo con un saco y con un bigote a lo Aznar va a asomarse y se te va a llevar, pero al final nunca se aparece y no pasa nada y descubres la falacia y empiezas a respirar aliviado.

Por lo tanto, cogí el bate de béisbol y le solté al boxeador todas las hostias que me pidió el cuerpo.

Le voy a situar en el décimo puesto de mi ranking particular, no porque sea el menos importante, que no lo es, sino porque me voy a limitar a ordenarlos temporalmente.

Yo, que pensaba que jamás sería capaz de algo así salvo por las fantasías raras que a veces se me ocurrían por culpa de leer libros de Chuck Palahniuk y Michel Houellebecq, crucé la línea y lo disfruté. Mucho. Muchísimo. Joder, fue la leche, un orgasmo multiplicado por cien, meter la polla en la boca de una chavala y follarle la garganta tan a lo bestia que la pobre se pase dos días

con molestias al tragar alimentos sólidos. Requetejoder, hasta salté y pateé y repateé con tanta fuerza la tierra en el lado opuesto al lado de los mansos que casi se hunde el suelo bajo mis pies.

Como para no repetir.

Así pues, repetí varias veces durante los meses que vinieron después.

En el noveno puesto de mi ranking personal situamos a un tío que muchos años atrás se creía el rey del mambo. Nada poco habitual, por cierto. Trabajaba de noche en tugurios de mierda y dejaba pasar, o no, a quien le salía del nabo dependiendo de si estaba buena, de si tenía cosas chulas que meterse por la nariz que compartir con él, de si no llevaba zapatillas y, ya de paso, de si hablaba español de España, lo cual no importaba si eras tía. Daba igual en qué puto idioma hablases o qué puto acento utilizases si estabas bien dotada por delante y por detrás.

Se sentía un dios, incluso sin tener titulación alguna que le habilitase para ello, no para ser dios, que todavía no han sacado el cursillo, sino para trabajar de portero. A sus jefes se la sudaba porque les salía más barato que contratar porteros normales que se lo toman en serio, de esos que tienen sus cursos y

titulaciones y que sólo les falta licencia de Su Majestad, a lo 007. Éste era, además, un dios desequilibrado, más propio del Antiguo Testamento que del Nuevo, del “ésta sí, ésta no, ésta me gusta me la como yo”. Era realmente la prueba viviente de que cualquier persona, tenga el trabajo que tenga, puede creerse omnipotente y volverse un pequeño dictador. El “¡No pasarás de aquí!”, de Gandalf versión cine quinqui en la que el Balrog tiene forma de cualquiera que no encaje en su perfil teniendo en cuenta que el perfil es poco más que aleatorio y se podría delimitar con muchas palabras acabadas en “ista” de ésas que si las pronuncias sólo enfada a los fascistas. “El poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente” que diría Lord Acton, lo cual habría sido bastante apropiado si hablásemos de un establecimiento de ocio nocturno que estuviese de moda, con colas comprensibles o incomprensibles dependiendo de quién lo mire, fila very important person incluida, y no de un antro al que sólo iban todos esos que, cuando dejasen de aspirar y les diese un poco el aire, buscarían una salida a sus putas vidas de mierda aspirando, una vez más, a algún trabajo donde se pueda usar pistola. De ahí que eso de creerse un dios y tener el cerebro tan corrupto tampoco tuviese mucho sentido.

Una de esas noches se cruzó en el camino de dos recientes mayores de edad y les dijo que no, que a ese local no pasaban porque no y ya está. Cuando los nuevos adultos protestaron e intentaron hacer valer su derecho al libre acceso porque no había razón para lo contrario ni iban borrachos ni estaban armando bronca ni llevaban zapatillas ni hablaban español que no fuese de

España, la respuesta la recibieron en forma de varios puños, por lo que se fueron al médico con los morros coloraos y las narices hinchadas y después del médico se pasaron un rato por comisaría porque ya que les habían jodido la noche no tenían otra cosa mejor que hacer esa madrugada que formular una denuncia que acabó transformándose en un procedimiento de Juicio de Faltas.

El tío que se creía el rey del mambo vino a mí porque el hermano de su novia me conocía y qué mejor idea que contratar a alguien que sabía lo que era la noche porque acababa todos los sábados poniéndome las gafas de sol cuando llegaba el momento de irse a dormir la mona. Como yo tampoco tenía nada que hacer salvo fiarme, decidí asistirle y dejamos eso de cobrarle para cuando acabase el procedimiento porque el hermano de su novia era un tío guay que me dejaba quedarme en el garito bebiendo birra incluso cuando cerraban las puertas y se ponían a limpiar y a veces tenía hasta suerte y una camarera me llevaba a casa y cuando eso sucedía normalmente tenía más suerte todavía y esa camarera subía a arroparme y cantarme nanas hasta que me quedaba frito, lo cual no era muy difícil dado el espléndido y reluciente estado, bañado por los rayos de sol, con el que llegaba. Estaba para que me adoptasen, y si había hambre, hasta para que me comiesen.

Pues dejamos lo de pagarme hasta el final y claro, llegó el final y creo que se olvidó porque no me llamó ni me cogía el teléfono ni nada. Ni que fuese el cobrador del frac. Al poco, desapareció de Cáceres.

Pero los tiempos cambian y como ahora la gente usa las nuevas tecnologías y las redes sociales para estar todo el día conectado subiendo sus tonterías y ver las que publican los que son el resto del mundo, no fue especialmente difícil localizarle. Había perdido el poco pelo que tenía, efecto secundario de tanta gomina, y seguía teniendo la misma cara de gilipollas que siempre. Eso no había cambiado. En su perfil de Facebook tenía una foto de un pitbull con orejas operadas y una rubia teñida con tetas también operadas. Sé que la hizo él mismo porque si la ampliaba se adivinaba su careto reflejado en las gafas de sol de la maniquí. Tampoco me fue especialmente difícil averiguar dónde vivía. Había cambiado el posar para el respetable en las playas de Mallorca, con un bronceado digno de un cáncer de piel, por el posar en la entrada de un local de apuestas de cierta zona muy conocida de la ciudad. Identificar su domicilio sólo me llevó el ratito de controlar la entrada de ese negocio hasta que pasó por allí y seguirle como los detectives privados siguen a los maridos y mujeres que echan canas al aire fuera del matrimonio o a los compañeros del mismo partido político para ver cómo hacerles caer en el momento más oportuno, es decir, haciendo con que leen un periódico mientras evitan golpearse contra las farolas. Así que una noche nos volvimos a vestir de negro y le rajamos las ruedas de su Ford Fiesta blanco y le metimos mierda de mi perro en el buzón de correos. Bueno, lo hice yo mientras Ciudadano Z me animaba y se reía porque había conseguido llevar hasta allí caca de chucho sin mancharme. Probablemente cambiar las ruedas no le costaría inicialmente nada si denunciaba el acto vandálico y daba

parte al seguro, lo cual era lógico que hiciese. Eso provocaría que la renovación con la aseguradora se encareciese un poquito. O la asumía y pagaba o tendría que cambiar de compañía. Sea cual fuere el caso, ya sólo el tiempo que tendría que perder merecía mi esfuerzo. Ahora, lo de la mierda en el buzón… Eso era otro cantar. Haber visto su cara mientras lo limpiaba bien habría valido repetir su juicio y no volver a cobrarlo.

En el puesto octavo de la lista vamos a situar a un abogado de los mayorcitos que siempre miraba por encima del hombro, no daba ni los buenos días, creía que para hacer bien su trabajo no debía confraternizar con otros abogados enemigos y no se adaptaba ni se adaptaría jamás a las nuevas tecnologías. Seguía usando su máquina de escribir, a la que tenía mucho cariño y había sobrevivido a su esposa. No iba a dejar que se muriese de pena por falta de uso como la primera, por lo que seguía dándole a las teclas y pasaba el escrito a una becaria con rodilleras que por dos duros lo copiaba al ordenador y enviaba y recibía lo que hubiese que enviar y recibir, además de, una vez a la semana, preferentemente los lunes a primera hora, por eso de empezar la jornada con optimismo, contribuir altruistamente a preservar el ego y la masculinidad de su benefactor.

Le hice desaparecer, al descuido, la agenda con la que controlaba toda su vida, esa agenda que sólo él gestionaba porque era demasiado celoso de todo lo que hacía y había oído que si

metías en un ordenador lo que planeabas hacer lo iba a acabar viendo un chino, comunista por definición, y quién sabe lo que haría un amarillo rojo con datos tan sensibles, quizás chantajearle para que empezase a trabajar gratuitamente para sus compatriotas que residían en Cáceres primero asesorando jurídicamente en temas mercantiles y después, si hacía falta, en los tribunales, caso de que algún administrador de alguno de sus negocios no tan mercantiles se hubiese desviado un poquito de lo podríamos llamar el modo convencional en el que se tienen que llevar los negocios mercantiles y no mercantiles.

Creo que Ciudadano Z regaló la agenda a un grupo de chavales de la parte chunga de Las Minas para que se hiciesen porros con las hojas. Poco les duró el cuaderno.

Este señor, aparte de ser bastante gilipollas en el trato personal y laboral, no me había hecho realmente nada, pero a veces actuar por pura maldad… Qué os voy a contar, sólo mirad a vuetsro alrededor.

El número siete creía tener el don de la oratoria fácil y la capacidad de convencer a los demás de que un limón no era un limón y para cuando la gente ponía voz de Meat Loaf y gritaba eso de life is a lemon and I want my money back ya no había dinero que devolver porque lo había gastado para comprarse naranjas.

Cincuentón de larga duración que ya no es ni madurito atractivo ni madurito resultón con nariz enrojecida gracias a su exquisito gusto por el vino tinto, no dudaba en abordar con también exquisitas palabras a cualquier chica con un mediano atractivo que estuviese en el radio de acción de su radar, es decir, la barra de cualquier bar que frecuentase.

Se arrimaba a la mujer de turno, estuviese acompañada o no, le decía que le disculpase pero que la había visto de lejos y le había parecido muy elegante y que además de eso la había escuchado hablar (no de forma intencionada, sino que su melodiosa voz había llegado por el aire de forma accidental a sus finos y experimentados oídos) y consideraba que se expresaba con la misma elegancia con la que vestía, que vocalizaba con claridad y que podría doblar a cualquier actriz de Hollywood que se propusiese menos a Whoopi Goldberg y Gracita Morales. Hacía la gracieta sobre las actrices y se reía él solo entre dientes. Nadie más lo veía divertido. Si hubiese imitado a Chiquito habría rematado la faena, y si además hubiese hecho un Tony Leblanc con el espectáculo de pelar, cortar y comerse la manzana en Televisión Española en 1977, habría quedado como alguien culto. La chica de turno, que en el 77 no era proyecto de nada, no solía saber quién era ese tal Tony, quizás un filósofo o uno de esos que escriben esas cosas que tienen tantas hojas como los árboles y que ya nadie usa.

Se seguía arrimando a esa misma chica de turno y pasaba, tras los halagos gratuitos, a la fase siguiente, es decir, venderle la moto.

Ella, con su porte, su tacto, su buen hacer y su forma de expresarse, digna de un ruiseñor, podría venderle otra moto a quien se propusiese, por lo que toma esta tarjeta y ven a verme a mi despacho una tarde, que vas a hacer un curso intensivo de una semana sobre técnicas de venta que incluye dos jornadas de sesiones intensivas que sólo se pueden cursar en Madrid, gastos pagados no incluidos, en un hotel muy cómodo de mi elección porque ya he estado allí muchas veces y te vas a sentir arropada y apoyada en esta nueva empresa, porque sí, eres una emprendedora nata, no lo sabías pero lo llevas en la sangre, es tu destino emprender cosas y tener aventuras y créeme, estás preparada y no te quieres perder esta oportunidad que te estoy ofreciendo.

Normalmente las chicas desconectaban a los pocos minutos. Pocas llegaban a la mitad del discurso, y si no cortaban ellas lo hacían bien el novio que se estaba empezando a mosquear muy mucho y le decía al colega eso de “colega, o nos dejas en paz o te pongo la nariz roja de verdad”, bien las amigas utilizando la táctica del “tenemos que hablar con ella de cosas personales, por favor, no moleste”, y ésa era la versión educada, que a veces siempre llegaba la amiga borde y le despachaba con un “contigo no, bicho”.

Mentiríamos si dijéramos que se libraban todas. A decir verdad, un pequeño porcentaje, con frecuencia mujeres con grandes cargas económicas y personales, le cogía la tarjeta y acudía a la primera cita con la esperanza de que no le saliese rana el intento porque realmente lo necesitaba y total, por probar no iba a pasar nada, pero es que probaban y con rascar un poquito enseguida se

caía el telón que destapaba el cutre truco de magia y quedaba al descubierto un Mago de Oz en calzoncillos de Ghlain Klain (transcripción literal). El producto era una mierda que sólo se podía encajar a potenciales compradores que fuesen de naturaleza incauta además de ingenua, se drogasen mucho y no sabían en que utilizaban la tarjeta de crédito, o directamente a personas dignas de ser incapacitadas judicialmente pero que todavía no lo habían sido porque sus parientes consanguíneos más cercanos en línea directa o colateral pasaban de ellos y porque los servicios sociales estaban saturados. Y eso sin decir nada del profesor de nariz pintona y sus técnicas infalibles copiadas de un presentador de la teletienda norteamericana especializado en espaldas mojadas que, con tal de sentirse aceptados en la cultura yanqui, le comprarían un cenicero absorbe humos a Randall Peltzer, padre de Billy Peltzer, trabajador sin futuro en un banco de Kingston Falls, pequeña localidad que casualmente tiene una Plaza del Ayuntamiento idéntica a la de Hill Valley, y amiguito de un bicho raro al que no le puede dar el agua que si no se lía parda.

Pues eso, que al final todas huían.

Al final el negocio, fuese cual fuese, que nunca nadie lo tuvo claro, se fue resintiendo y el dinero ya no entraba con fluidez porque la gente es más difícil de engañar de lo que parece, aunque a veces parezca y se demuestre lo contrario. Al colega le empezaron a venir mal dadas, así, en el último tramo de su vida laboral, con lo que él había sido. Llegaron las deudas y las reclamaciones de terceros y las demandas judiciales y todo lo

que le podía venir por cauces legales sin meternos en la vía penal, que de esa se libró.

Se hizo lo que se pudo intentando que no le quitasen mucho, con la promesa de inmediato pago cuando vendiese un terreno libre de cargas que seguro que le quitaban de las manos con facilidad porque la parcela era muy jugosa y estaba bien situada, a pesar de ser rústica y tener tantos peñascos que con ellas podrías construir, como si fuese un puzle, un Comepiedras gigante.

Acabó como todos los demás, no cogiendo el teléfono, dejando de frecuentar la zona por la que yo me movía y enfrentándose a varias juras de cuenta de abogado, por impago de honorarios.

Una vez fue a un bar y preguntó si yo lo frecuentaba y a qué horas pasaba. Daba la casualidad de que yo era un habitual bastante habitual de los que se bebe sus buenos vinos cada mediodía y por ello era bastante apreciado en el local. Él lo sospechaba y por eso preguntó, para ver si podía conciliar sus visitas al establecimiento con no coincidir conmigo. De seguido preguntó si le podían fiar, que ya pagaría al día siguiente, que se había dejado la cartera en casa, y le dijeron que no porque alguien, no sé quién, le había comentado al dueño que era un mal pagador, así que se fue y no volvió.

Fui tras él judicialmente todo lo que pude. Algo le pillé pero no lo suficiente, por lo que puse mi ojo en la mujer y… Resulta que el gilipollas estaba casado en gananciales y que también sus deudas eran posteriores al matrimonio.

A pesar de ello, no sentí que fuese suficiente.

Le seguí en la oscuridad una noche que salió, tajado, de un bar donde aún no le conocían, con su nariz roja y su balanceo de lado a lado al andar. Llegó a unas escaleras pronunciadas, empinadas, eternas, cerca de Ronda del Carmen. Eran habitualmente utilizadas por grupos de menores de edad para hacer botellón, fumarse unos porros y descubrir sus primeras mamadas, menos esa noche, que hacía demasiado frío para estar en la calle. Bastó con pasar a su lado y darle un leve golpecito en la espalda para que cayese rodando (bueno, no tan rodando) y se rompiese un algo que no sé qué sería porque no me paré a mirar ni pregunté ni tampoco volví a saber nada, pero romperse seguro que algo se rompió, porque sonar a roto sonó. Espero que fuesen sus dos putas piernas y sus dos putos brazos, y de postre, su puta nariz de mierda. No es como si le hubiese atravesado un rayo pero menos da una piedra.

No salió ninguna reseña en los periódicos ni se oyeron comentarios en el barrio. Es como si nunca hubiese sucedido y este hombre se hubiese transformado en un fantasma que nadie conocía y a nadie importaba, salvo a la petarda de su mujer, o no. Lo más probable es que al despertarse en el hospital sintiese extrema vergüenza por estar en aquella situación, le echase la culpa de la aparatosa caída y de la laguna mental a lo que hasta entonces creía que no era tanto exceso de alcohol y pidiese a las enfermeras que le drogasen más para que no darse cuenta de que el tiempo pasa mucho más lentamente en los hospitales, que tendría gracia si se hubiese caído en unos Carnavales disfrazado del Robin de Batman mientras intentaba rescatar a un minino y más aún de un Robin viejales, pero caerse sin disfraz, una noche cualquiera y

con una explicación que no le dejaba precisamente bien… Más drogas, please.

El sexto tenía ovejas, así que pensé en quedarle sin ellas. Así, sin filtros.

Es que jode que además de chulear a medio mundo te vanaglories de ello y no te escondas para desarrollar actividades no legalizadas con las que ganas un dinero que no se te puede embargar porque no figura en ningún lado.

Tras acabar de realizar el trabajo encargado, el cliente se declaró insolvente para el mundo y se lo tomó tan al pie de la letra que lo aplicó a la hora de abonar mi minuta, lo cual no le impidió ponerse, varios días después, a hacer de pastor a jornada completa con un rebaño de ovejas de las que su hijo era propietario y con las que se ganaba billetes privados y públicos gracias a los benditos consumidores de leche, queso y lana y a las benditas instituciones que promovían la creación y mantenimiento de negocios difícilmente sostenibles en la España profunda con benditas subvenciones a las que se abrazaban desesperadamente los pocos emprendedores que se resistían a irse a una ciudad y no tan desesperadamente los que ponían el negocio a nombre de terceros por evidentes motivos económicos y luego se iban al campo con sus botas camperas y su transistor a reírse de los demás porque le habían ganado la partida al capitalismo y a eso de pagar tras comprar un rebaño mediante cuatro pequeñas trampas de las que

nadie se va a dar cuenta, especificando que cuando decimos “nadie” nos referimos a acreedores varios y a funcionarios encargados de controlar el uso adecuado de las subvenciones, porque el resto del pueblo sí que sabía lo que se cocía.

Lo de quedarle sin ovejas era una idea cojonuda. Al principio valoré colarme en el recinto con un cuchillo entre los dientes y una corbata en la cabeza. Las degollaría una por una. Ciudadano Z sonrió cuando se lo planteé, pero enseguida lo descarté porque, aparte de ser muy sucio, sangriento y más que potencialmente peligroso por la cantidad de rastro que dejaría, las pobres ovejas no tenían culpa. Así que nos acabamos colando igualmente sólo para abrir la cancela. El tío era tan tonto y confiado que no tenía ni candado, sólo una cuerda con doble nudo.

Los animales, que estaban dormidos, salieron en tropel en cuanto les azuzamos un poco. Después, nos fuimos amparados en la oscuridad.

Los periódicos, en su versión digital primero y posteriormente en su versión impresa, se hicieron eco de la que se montó: cuarenta ovejas descontroladas metiéndose por todos lados, comiéndose lo que no se tenían que comer y durmiéndose donde no se deberían dormir. Una de ellas se puso a roncar en medio de la carretera nacional y un coche de la guardia civil se fue a una zanja al intentar esquivarla. Los guardias no resultaron heridos, pero se les puso una mala hostia… Durante unas horas el deporte local favorito de los paisanos del pueblo más cercano fue la captura de ovejas. Como quien captura pokemons.

Varios días después la provincia entera se enteró de que al dueño del rebaño, o sea, el hijo de mi “amigo”, que era quien figuraba en los papeles, le iban a meter un puro cojonudo no sólo por las consecuencias de la gran evasión, sino porque ya que estaban, a los guardias civiles que se habían ido contra la zanja y al inspector de turno y a la Junta de Extremadura por completo les dio por ver si los papeles estaban en regla y había más irregularidades que en la financiación de los partidos políticos, unos más que otros, o casi.

No era difícil pronosticar el resultado final: a tomar por culo negocio, a devolver subvenciones y a empezar de cero si es que puedes, porque ya de inicio no tienes pasta para pagar las sanciones, y si tienes mala suerte, que deseo que la tengas, a lo mejor te abren una investigación penal, incoan unos preciosas diligencias previas, tú y tu familia (que el más burro tiene que ir delante) os sentáis delante de un juez a explicar cómo hicisteis trampa para que os diesen las subvenciones y, si tienes más mala suerte aún, te condenan. No caerá era breva, pero a que sería bonito.

Y llega el turno del quinto.

Siempre me han gustado los videojuegos. De pequeño sentía una fascinación extraña por ellos. Era atraído por las imágenes y los sonidos como el metal a un imán. Desde los invasores del espacio, las dos rayas que tienes que imaginar que son jugadores de tenis

pasándose una pelota de lado a lado y que no se pierda por el fondo que eso es punto para el otro, la rana que quiere atravesar la carretera y demás juegos de los que disfrutaba gracias a una consola de las que no son originales de verdad porque eran caras de cojones, pasando por el ajedrez en mi primer ordenador marca Dragón hasta las máquinas de recreativo en las que me gastaba todas las monedas de veinticinco pesetas que caían, delante de las que echaba horas y horas viendo a gente más apañada jugar y pasarse los niveles a los que yo nunca llegaría.

Era ver una máquina de ésas y perder el culo.

Adicción.

Jugase o no.

A esa edad tan temprana.

El paso siguiente era el lógico: las máquinas tragaperras, con sus luces y sonidos y sus cantos de sirena.

El paso que nunca di.

Soy bueno reconociendo mis puntos débiles y posibles adicciones. No lo soy tanto esquivándolas y huyendo de ellas.

Aun así creo que me libré porque era bastante mediocre a la hora de manejar los muñequitos. Ni con el pac-man.

Hablando de comecocos, recuerdo el día que tuve la sensación de estar metido en esa maquinita, circulando con mi coche por las calles de Aldea Moret, intentando no meterme en una donde hubiese un fantasma con forma de vehículo provisto de luces azules.

De copiloto llevaba a un chaval sobre el que pesaba una orden de busca y captura por los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado.

Haga usted lo que pueda. La frase a la que más se recurre y la que más oigo por parte de ciertas personas de distintos colectivos pero con el denominador común de hacer fiestas y tocar las palmas enorgulleciéndose, encantados, de estar entre los más desfavorecidos de la sociedad porque a veces dar pena es suficiente para vivir y para drogarse un poco de vez en cuando y qué más da si donde hubo dientes ahora cabe una polla, tan grandes son los huecos que deja la caries, porque total, imitando un ladrido y moviendo el rabo ya vendrá alguien de los servicios sociales a darles lo que sea que necesiten. Casi nunca pasa, o al menos a unos menos que a otros, pero esos otros, los que de verdad saben jugar al juego, terminan viviendo mejor que ciertos perros que viven mejor que muchos humanos, a mesa puesta.

Haga usted lo que pueda.

Así que metí al chaval en el coche y nos pusimos a dar vueltas completamente ilógicas por toda la barriada esperando no cruzarnos con ningún fantasma, que no sé por qué le tenían la cara muy vista. Y ganas, también le tenían ganas.

Pues dando vueltas y vueltas por un circuito imaginario, faltando sólo que sonase como banda sonora la musiquita de las máquinas que hacen palomitas de maíz, acabamos llegando a los juzgados y pidiendo audiencia con el Juez de lo Penal que había dictado la orden de busca y captura, quien se avino a retirarla

porque por fin se pudo comunicar al infractor que le condenaban a un añito de cárcel por nada serio. Cinco meses y medio llevaban intentando notificarle la sentencia de turno y no hubo otra que mandarle a la poli.

Ahí sí que corrió para darse por notificado.

Haga usted lo que pueda.

Como yo podía hacer muchas más cosas, conseguí, además, que suspendiesen la pena privativa de libertad. Después le dije a su familia: Hagan ustedes lo que puedan. Lo que ellos pudieron hacer, vaya por dios, resultó ser nada.

¿Qué haces para vengarte de alguien así?

Pues eso mismo andaba pensando cuando sonó el teléfono y escuché, tantos años después, el tan manido, repitamos todos, “haga usted lo que pueda”.

Soporté, armándome de mucha paciencia, a la afligida madre, que seguramente estaría acompañada, al otro lado de la línea, del resto de compungidos familiares. Cuando hubo acabado de hablar, desempolvé mi carpeta de facturas sin cobrar, vi lo que se me debía y lo multipliqué por cuatro. Por adelantado.

Tardé poco en colgar.

Busqué el listado creado Colegio de Abogados para la designación de las guardias de turno de oficio para asistencia a detenidos, vi a quién le toca y, como entre compañeros a veces nos llevamos bien, no me fue difícil enterarme de cómo estaba el percal y que esta vez, teniendo en cuenta las pruebas más que

evidentes y los antecedentes no cancelados, el chaval no se libraba del chabolo durante una larga temporada, sin obviar que las penas suspendidas, estando la suspensión en vigor, se las iba a comer, también, con patatas.

Y sonreí.

¡Qué cojones, claro que sonreí!

Cobrar no cobraría, pero el karma…

A veces basta, para sentirse satisfecho, con saber que los hay tan tontos que, teniendo la capacidad de evitar el futuro, creyendo haberlo hecho, actúan contra sí mismos hasta que el futuro se les cae encima, sobre sus cabezas. Sólo lo habían aplazado.

Sé que podría tirar de refranero para dejar de estar alegre, pero esa alegría, aunque breve, me supo a gloria.

Las tres P. No podían faltar. Los pobres y las putas tienen un pase. Lo de los parientes, bueno, lo de algunos parientes, no tanto.

Es normal que los pobres busquen un abogado cuando lo precisan. Evidentemente, dadas sus circunstancias económicas, en el noventa por ciento de los casos tiran de la asistencia de oficio. El otro diez por ciento de ocasiones hacen un esfuerzo sobrehumano para que un letrado de su confianza asuma la defensa, porque en estas cosas, como en temas médicos, la confianza en el

profesional es vital y prefieren sacar dinero de donde no lo hay antes que jugársela a ver quién les toca, que les puede caer en suerte alguien que se preocupe o alguien a quien se la sude, que en el turno de oficio, como en cada casa, hay de todo y cada uno tiene la forma de trabajar que le venga en gana.

Cuando un pobre hace un esfuerzo económico para que cojas su caso hay que reconocérselo y, si se puede, ayudarle. Por ejemplo, podemos acordar un pago fraccionado para que la cuesta no se le haga tan inclinada. Eso sí, es aconsejable saber con quién te juegas los cuartos y distinguir a quién le puedes dar facilidades y a quién no, que entre los económicamente desafortunados también hay caraduras. No dudes que el pobre legal va a pagar religiosamente.

Putas que tiren de abogado de oficio hay pocas, y las que hay no suelen ser tan putas como esclavas de otras necesidades mundanas y privadas. Las que tienen abogado particular generalmente no padecen sufrimientos económicos pero sí de otra índole, así que lo de meter a las putas en las tres P es discutible. Como mucho, me he encontrado a alguna pobre mujer que ha querido pagarme haciendo de puta. Una insinuación y un “quizás pueda pagarle de otra manera” o un “le he dicho a mis amigas que me ha tocado un abogado muy atractivo”. Ante esto, cierre de cremallera con candado y balones fuera. Ahí sí que hay que hacer caso al refranero, por muy buena que esté alguna y tenga las tetas tan bien puestas, aunque sean postizas. Al fin y al cabo, tampoco son asiáticas.

Y luego, los parientes. Esos familiares con sus “no te preocupes que te pagaré lo que sea” y que nunca cumplen o, cuando lo hacen, es a regañadientes, poniendo mala cara a pesar de haberle hecho precio especial. Es habitual que vengan rebotados de otro abogado y tiren de uno como último recurso, y claro, ¿cómo no vas a echarle un cable a quien no se ha acordado de ti de primeras? Pues se lo echas, porque eres así de bueno, o de gilipollas, o las dos cosas, y cuando se lo echas te das cuenta, más tarde que temprano, que el cable es más largo de lo que inicialmente creías y la asistencia se hace eterna y lo de ver un duro va para largo. Porque hay parientes que tienen más peligro que un talibán con una metralleta.

Para colmo, no lo dudes, son los más pesados, los menos pacientes y los que más lata te dan a pesar de que no hay nada nuevo que decir. Suena el teléfono y no puedes evitar pensar que “seguro que es otra chorrada que no saben resolver por sí solos, y mira que son mayorcitos, y joder, que es que se ahogan en un jodido vaso de agua”. Atiendes la llamada, das el consejo de turno y cuelgas sabiendo que no te va a hacer ni puto caso porque no te lo ha hecho hasta que no ha tenido más remedio y mientras no se trate de órdenes y crea que puede actuar con autonomía sin que se fiscalice su economía porque quién soy yo para decirle cuánto vino puede beber… Pues eso, que ni puto caso porque tener un abogado es sinónimo de tener un milagrero de tu lado.

De ahí esa premisa que es tan difícil de seguir: no hago trabajos para familia.

Pues aquí sigo, pensando no ya en vengarme, sino en cómo quitarme de encima este marrón. Mientras tanto, el otro día pasó por el despacho y le hice firmar un documento en el que me otorgaba derecho de representación para actuar en su nombre frente a la administración. ¿Era eso o se trataba de un reconocimiento de deuda por seis mil euros como pago por todos los servicios devengados hasta la fecha?

Quizás no pueda abonarlo ahora, pero lo bueno que tienen los parientes es que también se mueren, sobre todo cuando son mayores que uno, y cuando se muera sus hijos aceptarán la herencia y allí estaré yo, no sólo para tramitarla sino para incluir en el pasivo esta deuda.

Es sólo cuestión de tiempo.

Hay una fina línea entre el chantaje y el conseguir, con fundamentos de dudosa legalidad, que alguien haga lo que le pides. Olvidándonos de esos cuestionables fundamentos, la diferencia está en el objetivo, determinar si lo que quieres que haga esa persona es lo correcto, que lo tenía que haber hecho voluntariosamente por sí sola o si, por el contrario, la obligas a hacer algo ilegal.

Si para conseguir que haga algo justo y correcto, como es cumplir con sus obligaciones contractuales para conmigo y desembolsar la cantidad dineraria que me corresponde por ley y

porque, qué carajo, la he sudado… Si para lograrlo tengo que utilizar métodos ilegales…

De perdidos al río.

A estas alturas ya me estoy acostumbrando.

Así que llamo al sujeto número tres de mi lista y le cito en mi despacho. Le digo que es por un problema que ha surgido en el juzgado con su caso. Sí, varios meses después, yo también creía que estaba cerrado, ya, qué le vamos a hacer, estas cosas pasan, seguro que tiene solución, ven a verme que te lo cuente.

Pongo mi móvil sobre la mesa y empiezo a reproducir conversaciones mantenidas tiempo atrás en las que narraba su intervención activa en ilícitos, tejemanejes y chanchullos varios, de esos que de uno en uno no es mucho pero que si te pones a sumar son varios añitos de vacaciones.

Su voz es inconfundible. Ese timbre tan peculiar acompañado de esa erre que no sabe pronunciar. No hay espacio para la duda, diría cualquiera, letrado o iletrado, agente de la autoridad o tabernero.

El menda no era parco a la hora de facilitar datos. Describía con todo lujo de detalles sus andanzas, cuándo, cómo y, sobre, cuánto, con tanta precisión que era facilísimo dibujar el cuadro entero y los protagonistas, tanto víctima como verdugo. El por qué era lo de menos. Eso no importa a nadie, sobre todo cuando conoces la respuesta: porque puedo, porque me da la gana, porque me gusta y porque me forro con esto.

Un chantaje digo un buen discurso encaminado a convencer a alguien de que haga algo que no quiere hacer pero que tendría que haber hecho y no le dio la gana porque además de no darle esa gana disfrutaba saliéndose con la suya y se lucraba injustamente manteniendo en su bolsillo unas monedas que ya no le correspondían, no es un buen discurso si no va acompañado de una amenaza. Es imperativo para que funcione. De nada sirve el mejor discurso si no da miedo. La amenaza debe ser creíble y real. Lo de que si no te comes las lentejas te va a castigar dios ya sólo se lo creen los niños pequeños de familias muy tradicionales.

Además, si amenazas, pon tu mejor cara de póker. Pero no la cara con la que te marcas los faroles, sino el rostro con el que dices que tienes un puto repóker de ases más comodín y no vas a dudar en usarlo. Esta gente está tan curtida que sabe cuándo mientes, así que, si amenazas, que sea a conciencia, porque es probable que tengas que cumplir tu palabra.

Eres como los curas, me dijo, tienes que respetar el secreto de confesión, o como se diga.

Me la suda tres cojones el secreto profesional.

Eso.

Eso te digo, que me la suda tres cojones.

Luego le explicas que ahora, gracias a las nuevas tecnologías, se hacen maravillas con los archivos de audio y que puedes cortar aquí, pegar allá, y crear un bonito documento que podría llegar de forma anónima a los picoletos, que sé que a ti te

dan más respeto los picoletos que los nacionales. Seguro que ellos se alegran mucho porque van a poder cerrar varios expedientes abiertos y abrir muchos más con buenas perspectivas de resolución. Todo eso gracias a que eres un puto bocazas y hablas más de la cuenta con cualquiera.

Si lo haces todo bien, seguro que accederá a un acuerdo satisfactorio para ambos. Él se irá sabiendo que hoy en día todo el mundo lleva a cuestas una grabadora, tú serás un poquito menos pobre y su odio, porque te odiará a muerte, te la sudará, como le habías dicho, tres pueblos, porque su odio será siempre menor que su miedo a que, por una vez, seas tú quien hable más de la cuenta.

De los tres bates de béisbol sólo me quedaba uno.

Tras jugar a hacer polvo los huesos del boxeador, Ciudadano Z y yo nos fuimos cada uno por nuestro lado, que dos personas vestidas totalmente de negro en la mitad de la noche llaman más la atención que una que bien podría ser un paseante nocturno aquejado de insomnio.

Z se llevó los dos bates y se encargó de hacerlos desaparecer. No preguntes, me dijo, basta con que ya no son bates. Me los imaginé reconvertidos en estacas de madera, yo qué sé, para matar murciélagos gigantes.

Usé el bate que quedaba con el siguiente de la lista.

No en él directamente, sino en su bien más preciado: su cuatro ruedas deportivo.

No me hables de coches. No entiendo de marcas, prestaciones, limitaciones, caballos… Casi no entiendo de gamas y colores. Por no saber, no soy capaz ni de recordar la marca y la matrícula de mi vehículo, y la verdad, me da igual. Interés cero.

Tampoco entiendo ese afán, casi fanatismo, casi fetiche, de algunos con esto del motor. Coches o motos. The fast and the furious o Sons of Anarchy, tanto monta monta tanto. Música tecno, camisetas de tirantes y cuero cabelludo rapado a lo Vin Diesel o rock n´ roll, chalecos de cuero y tatuajes de calaveras. Las tías buenas que no falten, que cuando hay coche o moto chula más de una pierde el culo y moja las bragas haciendo bueno eso de la atracción del tío malo, aunque en el fondo sea un tirao, pero total, dónde irían ellas si no.

Uno de estos tiraos fue mi cliente y el asunto tuvo precisamente que ver con su vehículo. Tuvo un accidente de tráfico del que no fue culpable sino víctima. Un camionero giró de forma más brusca de lo normal mientras maniobraba en una rotonda y la carga se le fue a un lado, con la mala pata de golpear al deportivo, que pasaba por allí a una velocidad indeterminada, y le mandó a una velocidad mucho más indeterminada contra unas vallas y un terraplén y un muro que se vino abajo.

El coche quedó bastante dañado y él sufrió varias contusiones, traumatismos y otros dolores que tardaron demasiado en curar.

Lo cierto es que cuando acabó todo se llevó un buen pico que gastó, íntegramente, en reparar el coche y tunearlo un poco más de la cuenta, por lo que cuando le extendí mi minuta no tenía, pobre hombre, con qué pagarme.

Me prometí que se la devolvería, y así fue pasando el tiempo hasta que un día sonó la campana.

Estaba yo tan tranquilo en el despacho cuando de una correduría de seguros preguntaron por este señor. Tenían mi teléfono de contacto de cuando el accidente, pues me tocó a mí terciar con la compañía, así que me llamaron para ver si podía localizarle pues el recibo del seguro había sido devuelto por el banco hacía ya más de un mes y no tenía cobertura, algo muy serio, oiga. Comuniqué que ya no tenía nada que ver y que me borrasen de su base de datos.

Esa noche, golpe tras golpe con el bate de béisbol, dejé su coche peor que cuando lo sacaron de debajo de los restos del muro de la rotonda. Mira que hice ruido, que era imposible que nadie se enterase de la que estaba liando, pero sorprendentemente, o no, que aquí la peña va cada día más a su bola y no se mete donde no la llaman, nadie se asomó a las ventanas.

Esto de hacer una lucha de guerrilla contra los caraduras de mi vida, desde el boxeador hasta el fanático de las ruedas, no pasó en dos días, sino que entre el primero y el último mediaron

bastantes meses en los que, poco a poco, fui sintiéndome menos pardillo y más cabroncete. Era un Breaking Bad a mi manera, pequeñito y disimulado, sin llamar la atención, sin llegar realmente a creer que era un tío chungo o que me estaba volviendo malo. Más bien me fui convenciendo de que de vez en cuando hacer un poco de justicia personal mediante malas acciones era necesario. Al fin y al cabo, mis malas acciones no eran sino la consecuencia de las malas acciones de otro hacia mí. Era como el Karma. Recibes lo que das. Además, el asunto no iba más allá de las dos personas afectadas, el caradura y yo, sin joder a terceros, salvo que esos terceros se hubiesen beneficiado de la mala fe de mi contrario. No había consecuencias para otros.

Sabía que no era verdad, pero pensarlo era fácil. Sin complicaciones. Sin moralina. Me jodes y te jodo, así de simple.

Mientras, entre acto de venganza y acto de venganza, hacía vida normal, aunque poco a poco, matiz tras matiz, dejaba de ser el mismo. Salía a la calle, paseaba al perro, hablaba con los vecinos, sonreía a la gente, bromeaba con el camarero, era educado y procuraba ser diligente en el trabajo, trasnochaba los fines de semana, intentaba ligar con todas, mentía para que me lamiesen y casi nunca se dejaban engañar, algunas noches sueltas me daba por privar y bebía más de la cuenta, me acordaba de mis cicatrices, que cada vez dolían menos, hasta me equivocaba a menudo, para qué variar las costumbres. Era el típico tío de mediana edad que pasa fácilmente desapercibido porque hay demasiados tíos de mediana

edad en mis circunstancias, solteros o divorciados, con hijos o sin hijos, a los que nadie, salvo el perro, espera en casa.

Ciudadano Z asistía divertido a mis idas y venidas, viendo cómo era incapaz de estarme quieto y montaba una y otra vez en mi montaña rusa emocional particular, sin término medio. Observaba desde una distancia prudencial cómo intentaba ser un buen profesional en mi día a día y cómo luego lo tiraba todo por la borda los fines de semana. Económicamente era todavía difícil salir a flote porque eso de que la crisis se había ido era una verdad a medias y la frustración acaba regresando. Era ese el momento ideal para vengarme de alguien. Mis acciones de guerrilla no sólo nivelaban la balanza haciendo mi mundo un poco más justo sino que servían para canalizar mi ira y mi rabia y mi ofuscación y… Y eso, que qué bien me sentaba, leches. Seguía atrapado en mi particular parque de atracciones mental, inestable, quebrado, descolocado, averiado, necesitado de chapa y pintura, de revisión integral en el taller mecánico. Seguía jodido, pero no es lo mismo estar sólo jodido que jodido pero contento.

Recuerdo la primera noche y la primera mañana y los días siguientes a romperle las manos al boxeador. Estaba acojonado, temeroso y hasta asustado, temiendo que viniesen a por mí, ya fuese la pasma o el primo de Zumosol.

Ahora ya no, ahora dormía a pierna suelta convencido de que, de alguna manera, era intocable. Mis actos no eran sino obras encaminadas a hacer justicia divina, y como tal, estaban respaldados por algo superior a las propias leyes. Me hallaba

legitimado moralmente. No por esa moral de chichinabo según la cual tienes que poner la otra mejilla y no hacer daño al prójimo. No le hagas a nadie lo que no quieras que te hagan a ti, que para que esta sociedad funcione hay que ser civilizado y seguir las buenas costumbres y creer en valores comunes y no pasarse de la línea trazada ni blablablá. Había otro tipo de moral, la del ojo por ojo, diente por dente, y si la sociedad y su ley no son capaces de darte justicia, tómatela tú si puedes, porque nadie lo va a hacer por ti.

Me había acostumbrado a cruzar la línea y cada vez me sentía más cómodo al otro lado.

No me consideraba malo, ni siquiera un delincuente. Bueno, un poco delincuente, si miramos desde el prisma de las leyes a las que antes hacía referencia, sí. Ahora bien, esa sensación de clandestinidad, esa cana al aire echada cada cierto tiempo, ese desmelenarme y ser travieso con dramáticas consecuencias para otros, era un bálsamo para mis heridas. Negar que a veces me apetecía volver a visitar esa parte oscura de mi alma sería ridículo. Es lo que hay.

Ciudadano Z lo sabía. Había abierto una puerta que quizás no podría cerrar.

Está estadísticamente probado que cuando cruzas la línea una vez y no hay consecuencias negativas, es muy probable que vuelvas a hacerlo. No te han pillado. Ha sido fácil. Te dices que esa primera vez no tenías más remedio, que necesitabas hacerlo. Te mientes y lo sabes, porque siempre hay otras opciones. Es normal

ese autoengaño porque es así como tu cabeza intenta justificar lo que estás haciendo, que sabes que no es matemáticamente correcto, pero tu mente inicia un protocolo no escrito de autodefensa para darle la vuelta a la historia y acabar concluyendo que es bueno para ti, que dos y dos son cinco si quieres, que como mínimo te hace sentir mejor, que te hace más fuerte, que antes eras un blandengue, tanto física como mentalmente, y que ahora ya no te pueden hacer daño, al menos no el mismo daño que antes, porque has sacado las uñas a pasear y están afiladas y ay de quien se meta contigo, porque, chaval, han ido a jugársela al hombre equivocado. Es como una droga, eso de estar al otro lado. Al final quieres volver, repetir, porque, sobre todo, es justo y necesario.

Hablando de drogas, acercándonos ya al momento temporal actual, me acabé acordando de otra persona que me debía pasta. Siempre pasta, para qué variar.

La habían agarrado trayendo mierda a Cáceres desde Madrid. Varios kilos de perico.

El asunto llegó a mi despacho de rebote. Su abogada habitual tenía conflicto de intereses por otros temas que no tenían nada que ver con el perico pero que aconsejaban que se apartase del tema. A veces nos da por seguir los criterios deontológicos más básicos, qué le vamos a hacer. Así que me la derivó.

Logramos convencer a los jueces de la Audiencia Provincial de que el viajecito con el equipaje de marras había sido un acto puntual, que se encontraba en una situación económica muy delicada, que había contactado con ella una persona a la que no

podía identificar porque si lo hacía habría consecuencias nefastas para ella, que la habían mandado a un polígono del extrarradio de Madrid en el que nunca antes había estado donde se encontró con otra persona a la que no conocía de nada y que aunque la conociese no la podría identificar porque si lo hacía habría más consecuencias nefastas, que le habían dado el paquete y le habían dicho que tenía que llevarlo a cierto sitio de Cáceres donde debía entregárselo a una tercera persona que, entiéndanlo ustedes, señorías, tampoco puedo identificar porque si lo hago me tiran a un vertedero.

Digo que logramos convencer a los jueces de esta historia, pero lo que realmente pasó fue que no se logró probar, aunque lo sospechaban, que no era su primer viaje, que llevaba haciéndolo un par de años, que se conocía a todos en el circuito, que no se lo tenía que entregar a nadie al regresar a Cáceres sino que ella misma se encargaba de sacarle provecho y vendía a todo su barrio manteniendo un perfil bajo con muy pocos caprichos y pagando la renta, los suministros y casi todo lo que tenía que pagar, tarde y mal, para que se pensase que andaba pelada. Era tan discreta y se llevaba tan bien con la gente del barrio que la policía no encontró a ningún drogadicto que quisiese señalarla como su doctora personal y tampoco encontraron una triste balanza con la que pesar las papelinas ni material para hacerlas, porque no tenía montado el tinglado en casa y nunca dijo, ni a mí, dónde trabajaba. Tampoco encontraron el dinero, esa pasta gansa que había amasado a lo largo de esos dos años, que claro que lo había pero tampoco dijo, ni a mí, otra vez, dónde lo escondía, que era

para asegurarse una vejez tranquila, que el mundo se iba a la mierda y que el sistema económico nacional y mundial no se iba a sostener mucho más, que no habría pensiones ni nada y qué te voy a contar yo. Me pagó la provisión de fondos y poco más, alegando que no debía acercarse al dinero porque seguro que la policía la tenía controlada. Que lo sentía mucho pero no podía pagarme porque no iba a arriesgarse, que ya tenía bastante con comerse un tiempo en el trullo, que de qué serviría si además perdía sus ganancias. No podía jugarse que la siguieran y que el tiempo a la sombra no valiese para nada.

La sentenciaron a tres años de privación de libertad porque traficar había traficado, aunque sólo fuese para llevar la mercancía de un sitio a otro. Poca cosa si tenemos en cuenta la parte real de la historia, ésa que no contamos.

Cumplió poco más de la mitad de la condena y empezó a salir a la calle.

Me enteré porque me llegaron varias notificaciones vía Lexnet. Abrí el mensaje, descargué el pdf, vi que se trataba de su ejecutoria y la fijé automáticamente como nuevo objetivo. Asignada diana por méritos propios.

Sin embargo, esta vez fue distinta.

Cuando le hablé a Ciudadano Z de ella y le conté toda la historia, haciendo énfasis en que tenía un especial interés en devolverle la jugada, le dio un trago a la cerveza, se giró, me miró con la mejor de sus caras y una sonrisa brillante como un diamante y me dijo:

¿Quieres dejar de ser pobre?

Claro, ¿por?

¿Qué te parece que montamos un negocio?

Y así fue como nos metimos en el mundo de la droga.

CONTINUARÁ…

SOCIÓPATA SOCIETY

Una novela de

JOSÉ VIERA CÁNDIDO

WWW.DEFORMOLOGIA.COM

joseviera@deformologia.com

C/ García Plata de Osma nº 7, 3º B

10001 Cáceres

Tlfno: 607940593